

«EL DEBER DE LA ESPERANZA»

065/03 Diciembre 2006

PRIMER DOMINGO DE ADVIENTO

1ª lectura (Jeremías 33,14-16): *Suscitaré a David un vástago legítimo.*

2ª lectura (1ª Tesalonicenses 3,12-4,2): *Que el Señor os fortalezca interiormente.*

Evangelio (Lucas 21,25-28.34-36): *Se acerca vuestra liberación.*

Cualquier creyente sabe que una diferencia entre judíos y cristianos consiste en que los judíos esperan la venida del Mesías, viven todavía en la espera de su liberación; mientras que los cristianos creemos que ya vino, vivimos de la fe en su venida y de la esperanza de que volverá. La venida de Cristo partió en dos la historia humana en un **antes** y un **después**. Vivir de espaldas al Evangelio es vivir de hecho **antes** de su venida; vivir según sus enseñanzas es vivir **después**. Es decir, sabemos que estamos redimidos y que caminamos al encuentro del Señor. Es ésta una buena síntesis de nuestra fe: **«Esperamos al Señor que viene... caminando a su encuentro».**

Con el Adviento comienza de nuevo la celebración de los misterios de nuestra redención. Pero...

¿Tiene el mundo necesidad de redención?

¿Necesita el mundo ser liberado?

¿Necesitamos los hombres de hoy ser liberados del algo?

Que no vivimos en un mundo santo, está claro. Que el mundo no es como podría ser y como deseamos que fuera, lo sabemos muy bien. Como también sabemos que somos amados por Dios, pero estamos al mismo tiempo expuestos a los vientos del mal que entorpecen o bloquean la respuesta de amor que deseáramos darle y que, por el contrario, nos confirman en nuestros egoísmos, celos y recelos, orgullos y depresiones. San Pablo nos lo describe en su conocida duplicidad de la ley: **«No ejecuto lo que quiero y en cambio, hago lo que detesto»** (Romanos 7,15). Nuestro mundo tiene cimas de paraíso con muchos valles de lágrimas. **¿Es inevitable que sea así?**

Hay quien desentendiéndose de la pregunta, se posicionan frente al mundo como si todo fuera blanco o negro, bueno o malo, sublime o diabólico, y busca la manera de hacer su vida en la convicción de que el mundo es como es y nada lo puede cambiar. Es una concepción fatalista y pagana, que habla de un destino irrevocable, de que la suerte está echada, que no hay posibilidad de marcha atrás ni posibilidad de cambio.

El Evangelio nos habla de la actitud inconsciente de los que no saben o no quieren ver, de los que quieren adormecerse con el estupefaciente de las drogas, el alcoholismo, el súper activismo... con todo lo que se piensa que ayuda a disfrutar del tiempo presente aunque produzca stress e infartos.

Todos participamos de alguna manera en la convicción de que lo único que cuenta es vivir, pasar, disfrutar, hasta que un día tocamos el suelo de nuestras fronteras humanas. Alguien desaparece de nuestro lado, sufrimos una decepción... y nuestra fortaleza se agrieta y se derrumba. O participamos de la segunda interpretación del mundo concebido como algo donde uno puede sentirse útil, elemento activo con capacidad para remediar algo. Si el mundo es malo es porque lo hemos hecho así, pero podemos contribuir a hacerlo mejor poniéndonos en el camino de la verdad. Aunque la experiencia de impotencia para remediar los males, nos puede hundir en el pesimismo, necesitamos incluir las convicciones de la fe en Dios padre y providente, presente a nuestro lado, con deseo de salvar el mundo y, de alguna manera, necesitado de nuestra entrega como instrumentos de su poder y de su amor.

La virtud del Adviento es la **esperanza**: Dios viene a nosotros en su Hijo para hacer más habitable este mundo, tal y como todos desean y por lo que muchos se afanan y trabajan. **«Levantaos, alzad la cabeza; se acerca vuestra liberación»** (Lucas 21,28). Levantar la cabeza para ver lo que acontece. No que escondamos la cabeza debajo del ala o bajo tierra como los avestruces, para no enterarnos de nada. Porque podemos levantar la cabeza para mirar al pasado en lugar de al futuro y eso nos incapacitaría para distinguir los signos de los tiempos y la niebla del miedo turbaría nuestra mirada impidiéndonos distinguir al Señor que viene.

La fe en su primera venida **—en pobreza y debilidad—** ayuda a esperar con más ansia lo que con su segunda venida quiere consumir en nosotros. La celebración del Adviento es renovación de la fe en la primera venida y esperanza en la segunda. La vida cristiana es un caminar al encuentro del Señor o, al menos, un no volverle la espalda cuando Él viene como Buen Samaritano o sale a nuestro encuentro como Padre de Hijo Pródigo. Porque sin encuentro con Él no hay liberación. Porque no se puede celebrar el Adviento sin fe profunda y esperanza ardiente. Porque no puede celebrar el Adviento quien no repite de corazón: **«ANUNCIAMOS TU MUERTE, PROCLAMAMOS TU RESURRECCIÓN. ¡VEN, SEÑOR JESÚS!»**

«MARÍA, MADRE INMACULADA»

066/08 Diciembre 2006

LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE MARÍA

1ª lectura (Génesis 3,9-15.20): *Establezco hostilidades entre ti y la mujer, entre tu estirpe y la suya.*

2ª lectura (Efesios 1,3-6.11-12): *Nos ha destinado en Cristo a ser hijos.*

Evangelio (Lucas 1,26-38): *Alégrate, llena de gracia.*

Durante todo el año litúrgico, celebramos el misterio de nuestra redención, conmemorando la vida de Nuestro Señor Jesucristo. También, celebramos las fiestas de la Bienaventurada Virgen María, la de su esposo San José, la de los Santos Apóstoles y mártires y la de tantos y tantos hermanos nuestros que, a través de los tiempos, nos han precedido en la fe y que llamamos santos.

Y así, paso a paso, día a día, celebración tras celebración, hoy, llegamos a la fiesta de la **INMACULADA CONCEPCIÓN DE MARÍA**. La Virgen madre de Jesús, el Hijo de Dios. La fiesta de nuestra «**Madre Inmaculada**».

En la fiesta de la **Inmaculada Concepción de María** no celebramos el día de un nacimiento o de una muerte, tampoco celebramos la conmemoración de un acontecimiento acaecido en la historia. Celebramos una afirmación de fe que tiene su realidad concreta en una mujer: «**Dios preparó en María una morada digna para su Hijo**» y esto, no por merecimientos propios sino gratuitamente y en previsión de los méritos de ese mismo Hijo, es decir, aplicando a **María** una redención preventiva.

Dios ha intervenido en la Historia de la Salvación por medio de mujeres en repetidas ocasiones y por naturaleza distinta, por ejemplo Sara, esposa de Abrahán, que siendo estéril dio a luz en su vejez a Isaac padre de numerosos pueblos; Judit, hija de Merarí, que cortó la cabeza de Holofernes; Ana, mujer de Elcaná, madre de Samuel; la mujer de Manoj, madre de Sansón; Ester, hija de Abijail; Isabel, madre de Juan. Pero en **María** interviene Dios de manera más prodigiosa para que su Hijo nazca en el mundo de una mujer y en ella le prepara una morada digna.

Ninguna criatura puede ser digna de Dios (es una afirmación audaz), pero si Él mismo Dios endiosa a esa criatura, si la llena de sí mismo, ya no hay nada indigno porque todo está transformado, como divinizado. A **María**, la preservó de toda mácula de pecado y como el pecado y la gracia se excluyen, lo mismo que la oscuridad y la luz, decir ausencia de pecado significa plenitud de gracia, plenitud de Dios y esto, en **María**, desde el primer instante de su existencia.

En las culturas antiguas la serpiente es símbolo de la astucia y del engaño. Siempre sale vencedora pero no vence por razones, ni siquiera por la fuerza, sino por sus ardides y artimañas. Así sucede en el Paraíso. La serpiente engaña, seduce a la mujer y ésta sucumbe a su engaño. Pero su victoria es sólo temporal y allí mismo es anunciada su derrota y por otra mujer, significativamente considerada como más débil, para que aparezca más claro que la victoria es por la intervención de Dios. En **María** sale vencedor el bien sobre el mal, la vida sobre la muerte, la mujer sobre la serpiente, la humildad y sencillez sobre la astucia y el engaño. Esa es la victoria que cantamos en la alegría de la Vigilia Pascual, recordando la victoria final de la descendencia de la mujer sobre la serpiente.

Un signo es una realidad que evoca la idea o la existencia de otra que es significada por él: «**Los colores y escudo de una bandera**», evocan la idea de la patria; el anagrama, «**A I C**», la existencia del Voluntariado de Caridad, que fundó San Vicente de Paúl; las siglas «**ONU**» la Sociedad de naciones; la «**Cruz roja**» (en occidente) y la «**Media Luna Roja**» (en oriente) una gran organización internacional de ayuda humanitaria... Pero los signos no son nada sin la idea evocada por ellos: «**El muro de Berlín**» o «**El telón de acero**» fueron signo de una ideología y de la separación de la Europa Democrática (oeste) de la Comunista (este), más cuando la ideología se desmoronó interiormente se quedó el signo sin significado y cayó por inútil; destruida la idea que evocan dejan de ser signos

La **INMACULADA** no es un signo, es una realidad que la iconografía ha expresado frecuentemente en una imagen muy bien conocida: **María** con una serpiente bajo sus pies, los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada clavada en el cielo. En **María**, la llena de gracia que será después la llena también de gloria, Dios quiere llenarnos de su gracia para hacernos aptos para la plenitud de la gloria. **María** es predecesora nuestra y al cantar sus grandezas nos gloriamos que Dios, lo haya hecho así y cantamos la esperanza en la grandeza de nuestro propio destino. «**MADRE, RUEGA POR NOSOTROS TUS HIJOS**».

«Y TODOS VERÁN LA SALVACIÓN»

067/10 Diciembre 2006

SEGUNDO DOMINGO DE ADVIENTO

1ª lectura (Baruc 5,1-9): *Dios mostrará su esplendor sobre ti.*

2ª lectura (Filipenses 1,4-6.8-11): *Manteneos irreprochables para el día de Cristo.*

Evangelio (Lucas 3,1-6): *Todos verán la salvación de Dios.*

La predicación de Juan y el nacimiento de Jesús cortan el tiempo. Ambos son personajes históricos, el uno subordinado al otro. Juan comienza su tarea en una fecha concreta, en una región delimitada, en tiempo de unas autoridades religiosas y políticas y el contenido de su predicación es la conversión a Dios. Su padre Zacarías ya lo había dicho: *«Y a ti, niño, te llamarán profeta del Altísimo porque iras delante del Señor a preparar sus caminos»* (Lucas 1,76-79).

*«Una voz grita: En el desierto:
preparadle un camino al Señor;
allanad en la estepa una calzada para nuestro Dios;
que los valles se levanten, que montes y colinas se abajen,
que lo torcido se enderece y lo escabroso se iguale.
Se revelará la gloria del Señor y todos los hombres
verán la salvación de Dios»* (Isaías 40, 3-5)

Hay un estilo pagano y un estilo cristiano de celebrar la Navidad. Celebrar la Navidad en pagano es apartar la atención del **«misterio»** para fijarla en el cortejo de novedades que lo suelen acompañar en la vida social, tales como: la iluminación de las calles, las felicitaciones, las vacaciones o el turrón. Si se quiere celebrar la Navidad en cristiano hay que hacer que el **«misterio»** ocupe el centro de todo, que la atención y las miradas se orienten a Belén para inspirar allí los motivos de una alegría interior y duradera. No hay a la larga alegría perfecta sin Dios en el corazón.

Por eso el oráculo de Isaías citado, adquiere en labios de Juan un significado nuevo. De un orden material se pasa a otro espiritual. El allanamiento de montañas y valles, el enderezamiento de los caminos torcidos y la igualación de lo escabroso, significan la preparación de los corazones para que todos podamos ver el **«misterio»** de la salvación de Dios.

El bautismo de Juan, no era un sacramento, pero sí un humilde reconocimiento de las faltas para hacer operativa la misericordia de Dios. La conversión consiste en hacer que Dios sea y ocupe el centro de la vida y de las actividades humanas.

Habla Juan poniéndonos el ejemplo de las vías públicas de comunicación en mal estado, que deben ser reparadas, porque igual sucede con las superficies interiores del alma y corazón. Allí puede haber montañas inaccesibles y valles como abismos, senderos tortuosos en mal estado que dificultan o imposibilitan la comunicación entre los corazones. Importa mucho entender que las mismas vías de comunicación que nos unen con Dios tienen que comunicar también con los hombres.

Una **montaña** o un **valle** ponen distancia por medio, separan, si es que no impiden totalmente la comunicación y lo mismo sucede con las carreteras en mal estado. Los **montes** que es necesario allanar, son todo lo que en mí se eleva sobre los demás distanciándome de ellos. Estos **montes** tienen nombre, puede llamarse orgullo, rivalidades, envidias..., todo eso que corta la comunicación humana entre los corazones y que alejan también de Dios. Los **valles** son apatía, amarguras en solitario, depresión ante nuestras propias sombras no aceptadas, ante lo negativo que hay en nosotros. Tienen una función muy negativa, pues hacen imposible la alegría del espíritu necesaria para recibir al que viene. También los **senderos** son vías de comunicación y, sin son tortuosos, hay que eliminar **curvas**. **«Que lo tortuoso se haga recto»**: Rectitud es sinceridad de conciencia consigo mismo y sinceridad de corazón con los demás. Es corregir errores de experiencias pasadas, proceder con rectitud y justicia en su doble acepción de relaciones de equidad con el prójimo y de santidad ante Dios.

Es la consigna espiritual expresada en el Adviento. Todo un programa de espiritualidad, y de inmediata tarea de allanamiento de las regiones accidentadas del alma. La espera del Adviento no es, por tanto, una espera pasiva sino una preparación laboriosa para recibir a Jesús: **Palabra que nos salva, mano que levanta al caído, camino que nos introduce en la libertad de los hijos de Dios y nos concede su gracia, para que todos vean la salvación de Dios en su Reino de Amor.**

TERCER DOMINGO DE ADVIENTO

1ª lectura (Sofonías 3,14-18a): *El Señor se alegrará en ti.*

2ª lectura (Filipenses 4,4-7): *El Señor está cerca.*

Evangelio (Lucas 3,10-18): *Maestro, ¿Qué hacemos nosotros?*

A veces hacemos preguntas que, la verdad, ni son verdaderas preguntas ni esperamos respuesta alguna, por ejemplo: cuando preguntamos: **¿qué pasa?**, al llegar a determinado lugar o **¿qué tal?**, al encontrarnos con un grupo de amigos. Otras veces sí, la pregunta es más concreta y exige inaplazable respuesta. Los que le preguntaban a Juan: **¿Entonces, qué hacemos?** (Lucas 3,10), esperaban respuesta concreta e inmediata. Juan, daba a cada uno una respuesta acomodada a su vida sin eufemismos ni rodeos: **“corrupción no”**; **“abusos no”**; **“violencia no”** – **“Compartir, respetar, cumplir la justicia, sí.”** El Bautista no busca protagonismo, no suaviza ni sacrifica la veracidad del mensaje en aras de la popularidad. Los que oían a Juan se impresionaban con sus palabras, aceptaban su orientación y muchos cambiaban de vida recibiendo el bautismo de conversión. Así se cumplía lo anunciado por el ángel a Zacarías sobre Juan antes de su nacimiento: **«Convertirá a muchos israelitas al Señor su Dios»** (Lucas 1,16).

La situación de la sociedad en que Juan vivía, no difiere demasiado de la que hoy vivimos. **Maestro, y nosotros, ¿qué hacemos nosotros?** Hemos avanzado muchísimo en conocimientos científicos, con los que hemos logrado desterrar del mundo muchas enfermedades y plagas y con los que hemos alcanzado un **“mejor bienestar”** y una mayor perspectiva de vida. Pero, si entonces existía pobreza; si entonces se tenían tensiones, incertidumbres y desorientación; si había abusos de poder e injusticias, odios y rencores; si había discriminación y marginación: si se ocasionaban enfrentamientos y guerras, **¿tenían algo que no tengamos hoy?** O seguimos teniendo, corregido y aumentado, lo mismo que ellos tenían o más.

Juan sabe que el bautismo de agua no basta para lavar y transformar el corazón humano. (Recuerdo la frase de un sacerdote que hace algunos años estuvo de párroco en nuestra comunidad, me decía: **«La verdad es que hay muchos “mojados” pero pocos bautizados.»** Porque el que bautiza es el Espíritu Santo, la única fuerza capaz de cambiar nuestro granítico corazón. Un corazón de piedra que es duro y frío, sin ojos ni oídos, insensible a los requerimientos de Dios y a las necesidades del prójimo, incapaz de percibir lo que es humano y hacer que la vida sea verdaderamente humana.

Si nos abrimos a la acción del Espíritu y dejamos que Dios entre en nuestro corazón, dice el profeta que **«sufriremos tal transformación que nuestro corazón de piedra se convertirá en corazón de carne.»** El corazón de carne es todo lo contrario. Es sensible, dulce y blando, apto para la convivencia, inclinado a la bondad y ternura, abierto siempre a las llamadas interiores de Dios. Una transformación de nuestro corazón de piedra en corazón de carne no puede conseguirlo un hombre solo sin ayuda de Dios. Pero es preciso que no nos cerremos a su intervención, que le dejemos obrar, que abramos nuestro corazón a su acción y no nos neguemos a su transformación.

Quizá que en vez de preguntarnos **¿qué tenemos que hacer?** debiéramos intentar comprender **¿qué somos?** Jesús nos invita a que miremos en nuestro interior y que nos contemplemos allí. El **“hacer”** sigue al **“ser”**. Cada naturaleza produce sus propios frutos. Si Jesús bautiza en el Espíritu Santo y por ese bautismo entramos a ser hijos de Dios, que ofrece a todos la vida en plenitud, la humanización del Hijo de Dios que vamos a celebrar es nuestra propia humanización, es decir, por ella aprendemos a hacernos plenamente humanos, tal y como salimos de las manos de Dios, **“Obra Divina”** y si tenemos clara la idea de lo que somos, ya no es necesario preguntar cómo tenemos que proceder. El primer cambio que notaremos es que nos convertiremos en seres más contentos, porque la conversión lleva aparejada la felicidad, la alegría de sabernos hijos de Dios. La alegría que brota del corazón y que se expresa exteriormente irradiando y comunicando felicidad a nuestro alrededor.

Le preguntaron al compositor Haydn: **¿Porqué la música religiosa que Vd. compone es tan alegre?** Y este respondió: **“Cuando pienso en Dios no puedo menos de sentirme indescriptiblemente alegre”** Pero sobre todo, fijémonos en María que es la figura del Adviento. Ella recibió del ángel una invitación a la alegría: **«Alégrate María, porque el Señor está contigo»** y como ella cantemos: **«Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador».**

CUARTO DOMINGO DE ADVIENTO

1ª lectura (Miqueas 5,1-4a): *De ti saldrá el jefe de Israel.*

2ª lectura (Hebreos 10,5-10): *Aquí estoy yo para hacer tu voluntad.*

Evangelio (Lucas 1,39-45): *¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor?*

El pecado, único obstáculo para la comunión con Dios, se perdona no a través de sacrificios culturales, como se pretendía en la antigua alianza, sino gracias **«a la oblación del cuerpo de Cristo hecha una vez para siempre»**, gracias a su obediencia a la voluntad del Padre y conforme a esa voluntad, todos quedamos santificados. Los sacrificios antiguos no podían resultar eficaces, por su exterioridad: **¿Qué relación puede haber entre la sangre de un animal inmolado sobre el altar y la “limpieza” de la conciencia de un hombre o de un pueblo?**

El único sacrificio verdaderamente transformador, que cambia radicalmente la situación del hombre y modifica su relación precedente con Dios, la cercanía en lugar de la lejanía, la comunión en vez del distanciamiento, es el de Cristo en la Cruz. Solamente el suyo es verdadero sacrificio. Ahora podemos acercarnos a Dios con seguridad.

La venida de Jesús no tenemos que entenderla primariamente en relación con los sacrificios sino en su función de mediador entre Dios y los hombres. Esa mediación logra la reconciliación. Con ella se hace Jesús superior a todos los sacerdotes del Antiguo Testamento y sus sacrificios. A la entrada en este mundo pronuncia Jesús las palabras del salmo 39: **«Aquí estoy, oh Dios, para hacer tu voluntad»**, y así, al final de su vida podrá decir, mirando atrás, que esa voluntad está cumplida. Ese acto de obediencia perfecta hace superfluas todas las obediencias y sacrificios del Antiguo Testamento y anuncia de manera ejemplar a la humanidad redimida un programa de vida. Repetir **«Aquí estoy, oh Dios, para hacer tu voluntad»** con sincero corazón, es convertirnos en discípulos de Jesús, capaces de **«completar en nuestra carne mortal lo que falta a la pasión de Cristo»** (Colosenses 1,24).

Al celebrar la Navidad los misterios centrales de nuestra fe aparecen a la contemplación cristiana. Hoy se nos muestran en primer plano dos figuras del Adviento: **María** e **Isabel**. Las dos están abiertas y son receptivas del que viene, si bien, de diferente manera y con distinta capacidad. Esta receptividad las capacita para la intensidad espiritual del mutuo encuentro en las montañas de Judea. Un encuentro es mucho más que un mero estar junto a otro en el espacio. No hay verdadero encuentro si no hay nada que comunicar, cuando hay comunicación hay siempre enriquecimiento y, cuando lo que se comunica es Dios, el enriquecimiento es máximo.

Intercambian las madres felicitaciones de fe y alegría, se cantan las grandezas del Señor, Jesús santifica a Juan y éste da saltos de gozo empezando a cumplir, desde este instante, su misión de precursor. En este encuentro puede la contemplación sentir preferencia por las palabras de las madres o por los signos de los hijos no nacidos. Pero siempre habrá que hacer destacar en **María** a la **«gran creyente»** como lo hace Isabel. Y juntamente con su fe hay que resaltar el amor con los servicios que inspira: ser sacramento, signo de Dios, para los demás. La fe no es un asunto privado aunque se la viva en solitario. Hacerlo así equivaldría a privar a otros de los motivos de la admiración jubilosa de Isabel y de los saltos de alegría de Juan.

La fe crece en la comunicación. La fe se simboliza por la luz, pero **«nadie enciende una luz para ponerla debajo de un cubo»** (Mateo 5,15). La fe es un regalo, un don de Dios y es también **“un obsequio racional”** de la mente. Necesita ser justificada para ser vivida, no para disecarla o reducirla a ideas y conceptos. **¿Cuándo cantamos los creyentes el entusiasmo de nuestra fe?** Cuando la fe se comunica unos saltan de alegría, como Juan en el seno materno; otros cantan con alborozo **«mi alma glorifica al Señor, mi Dios»** o **«dichosa tú porque has creído»**.

La Navidad es, de todo el año, la fiesta de la alegría en familia, la comunicación y el encuentro de los que en otras fechas del año viven separados por la distancia. Pero si durante el año no ha habido **“comunicación”** aunque sea a distancia, tampoco puede haberla en Navidad. Será una presencia formal, artificial, quizá fría.

Necesitamos relaciones humanas de vida social y familiar. Si no es así, tal vez se deba a que no llevamos dentro a Dios, creador de vínculos de amistad. Es preciso un encuentro auténtico con Dios para que los encuentros humanos sean más cordiales y sinceros. Si la Navidad no nos lleva a acercarnos a Dios, es una fiesta que, como cristianos, no nos interesa.

LA NATIVIDAD DEL SEÑOR

1ª lectura (Isaías 52,7-10): *Los confines de la tierra verán la victoria de nuestro Dios.*

2ª lectura (Hebreos 1,1-6): *Ahora, en esta etapa final, nos ha hablado por el Hijo.*

Evangelio (Juan 1,1-18): *Y LA Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros.*

Celebrar un nacimiento es dar gracias a Dios, autor de la vida. Pero hoy, cuando nos reunimos a medianoche el nacimiento que celebramos, ni es un nacimiento más ni una vida cualquiera. Celebramos el nacimiento de un niño que es vida y salvación para todos los demás. Celebramos el nacimiento de Dios que se abaja hasta nuestra condición humana.

Todo sucede en la intimidad de María y José y sólo después de nacido aparece el mensajero celestial para dar a los pastores los signos de identificación del recién nacido. *«Hoy os ha nacido el Salvador, el Mesías, el Señor»*. Jesús, el niño que ha nacido es la luz, es el resplandor de la gloria del Padre que viene a iluminar a todos los seres humanos y nosotros damos al recién nacido la bienvenida a este mundo, le saludamos con entusiasmo y nos felicitamos mutuamente por este don que se nos da. Los ángeles anuncian este acontecimiento con un canto de gran alegría para todos y su mensaje tiene dos dimensiones: *«Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra a los hombres paz»*. La gloria dada a Dios es buen presupuesto para crear la paz duradera entre los hombres.

Una luz brilló ante el pueblo que caminaba en tinieblas y la claridad del ángel del Señor envolvió a los pastores. Navidad es quizá la fiesta cristiana más relacionada con la luz: Las calles iluminadas... los árboles florecidos con luces de mil colores... los cirios y las estrellas luminosas... los ángeles de los “**belenes**”... son preparativos exteriores. Todo en Navidad nos habla de luz. Todo anuncia al que es luz del mundo. Pero, esas luces se apagarán y la vida seguirá su curso *«La luz, brilla en la tiniebla, y la tiniebla no la recibió»*.

Lo que nos nace, quien nos llega, a quien recibimos y al que esperamos es a Jesús, el Cristo. Palabra y Sabiduría del Padre. *«La Palabra que desde un principio ya existía y que estaba junto a Dios, porque la Palabra era Dios»*. Según la ciencia, el cosmos nació de un estallido de la luz, el “**Big-Bang**”, donde la materia no era casi nada y la luz es casi todo. Ese universo fue creado por Dios: *«Por medio de ésta Palabra se hizo todo, y sin ella nada se hizo de cuanto se ha hecho...En la Palabra había vida, y la vida era la luz de los hombres»*. Si acogemos en nuestro interior, si recibimos en nuestro corazón al que llega, Jesús seguirá siendo luz para todo hombre que viene a este mundo.

San Francisco de Asís veía en el “**hermano sol**” un mensajero de la luz de Dios. Algo semejante intuían los antiguos cuando se postraban ante el sol en gesto de adoración. *«La Palabra era la luz verdadera, que alumbraba a todo hombre. Y LA PALABRA SE HA HECHO CARNE»*. Cristo era luz al principio, es luz en el medio y será luz al final. Dios es luz, por eso necesitamos la luz, nos fascina la luz y todo hombre que cree en Dios y se deja llenar de Él, marchará por el mundo anunciando la gloria luminosa del Señor. Dios es amor, por eso nos seduce el amor y todo hombre que cree en Dios y se llena de su amor, amará también a todos sus hermanos, especialmente a los más débiles.

Sin ese niño que nos ha nacido en Belén, la luz de la esencia de Dios cruzaría los espacios oscuros de nuestro entendimiento sin que fuésemos capaces de verla. Pero en Cristo se refleja la luz, la gloria y el amor de Dios y gracias a Él todos podemos contemplarla. A Dios no lo ha visto nunca nadie; es el Hijo único, que es Dios y está al lado del Padre, quien nos lo ha mostrado. En Jesús vemos y comprendemos a Dios, en Él se juntan el cielo y la tierra. Dios habita en una luz inaccesible a la que sólo se abre camino a través de Jesucristo, su Hijo, que es para nosotros el camino y la verdad y la vida. En un pesebre vino al mundo el que es la luz del mundo. Los demás somos peregrinos hacia la luz. En ese camino nos precede uno en cuya historia se ha hecho luz el misterio de Dios: *«Jesús de Nazaret, nacido en Belén»*, a quién conocemos como luz y que nos provoca diciendo: “**vosotros sois la sal y la luz del mundo**”.

La Navidad la podremos celebrar de múltiples maneras, pero hay un punto de convergencia en todas ellas: **por unos días, al menos, se intenta vivir en la calle, en nuestra relación con los demás, en la familia, en el mundo, la alegría que nace de lo mejor que cada uno posee en lo más profundo del corazón**. La popularidad de las fiestas de la Navidad, quizá se deba a eso, a que una vez al año aflora en los hombres, desde lo más hondo del corazón el **DESEO DE MÁS PAZ ENTRE LOS HOMBRES Y MÁS GLORIA A DIOS**.

LA SAGRADA FAMILIA

1ª lectura (1ª Samuel 1,20-22.24-28): *El Señor me ha concedido mi petición.*

2ª lectura (1ª Juan 3,1-2.21-24): *Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos.*

Evangelio (Lucas 2,41-52): *¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?*

Toda venida de un ser humano al mundo, cada nacimiento de una criatura, además de fenómeno biológico es también una maravilla, un regalo de Dios, un milagro que efectúa nuestra naturaleza humana con la complicidad de la naturaleza divina de Dios. Y no podemos menos que exclamar, al igual que hizo Eva cuando dio a luz a Caín: **«He adquirido un varón con el favor del Señor»** (Génesis 4,1) o como Ana cuando destetó al hijo que tuvo, tras pedirselo al Señor y al que puso por nombre Samuel: **«Este niño es lo que yo pedía; el Señor me ha concedido mi petición. Por eso se lo cedo al Señor de por vida, para que sea suyo»** (1º Samuel 1,28). Tenemos que entender y comprender que cada hijo es portador de un misterio. El misterio de su propia personalidad, con una vocación personal, única e irreplicable, que no puede sacrificarse a nuestros proyectos egoístas, a nuestras ambiciones o a nuestras programaciones utilitaristas.

Todo hombre desde el instante mismo de su nacimiento, al igual que Jesús, tiene un destino que ya supera el marco limitado de la familia. **«Hijo, ¿Por qué nos has tratado así? Mira que tu padre y yo te buscábamos angustiados»** (Lucas 2,48). No hay en estas palabras enfado, indignación o agresividad. Hay extrañeza y dolor. Y es que, aunque lo hagamos por amor, no podemos retenerlo aprisionado en nuestros horizontes y esquemas limitados. Verdaderamente, tenemos que **“custodiarlo y protegerlo”** enseñándole todos aquellos valores que hemos recibido y que consideramos beneficiosos para su vida, su formación y su futuro.

Pero custodiar no significa sofocar. Seguir no quiere decir estorbar. Proteger no hay que confundirlo con sustituir al otro. Y Jesús responde a la queja de la madre con una contra-pregunta que viene a aumentar todavía más la perplejidad: **«¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?»** (Lucas 2,49). A la queja de la madre responde con una declaración de principios. Nos está diciendo que tenemos que renunciar a cualquier pretensión de posesión o dominio y a cualquier otro tipo de condicionamiento; para **«reencontrarlo»** en la libertad y en el respeto de su itinerario irrenunciable. Más tarde nos enseñará que por el cumplimiento de la voluntad de Dios se entra a formar parte de su familia como padre y madre y como hermanos (Mateo 12,50).

Igual que en la dimensión humana, ocurre en la dimensión religiosa. Nosotros intentamos transmitirles la fe, inculcarles las enseñanzas que hemos recibido, mostrarles el amor que Dios nos tiene y el camino que nos conduce a Él. Pero la búsqueda de identidad del joven necesita espacios libres, independientes y que a veces no permiten nuestra injerencia. La construcción de su propio mundo suele ser dolorosa y a veces incomprendida. Según un viejo proverbio los hijos son como huéspedes que preguntan por el camino. Quizá no todos preguntan, quizá eligen un camino sin preguntar y, si alguna vez se pierden no es precisamente en la iglesia donde se les suele encontrar.

Por eso nunca pueden los padres abdicar de su función de padres, que es **acompañamiento discreto** y, por supuesto, **oración confiada**. Nunca dejan los padres de ser padres y nunca se sabe hasta qué capas profundas del corazón ha podido calar la Palabra de Dios, dicha directa o indirectamente, con discreción y a su debido tiempo. El Evangelio nos enseña cuánto puede ayudar la fe en las opciones fundamentales. Y aunque el camino elegido no sea el recto hacia Dios, Él sale a su encuentro poniendo otros caminos convergentes, inspirándoles caminos de bien, de servicio a la justicia, a la fraternidad y a la solidaridad humana contra los cerrados egoísmos. Cada ser humano tiene algo de misterio porque también en esto está hecho a imagen de Dios.

La familia constituye el fundamento de la sociedad y si la Iglesia nos pone en estas fechas, la festividad de la Sagrada Familia a nuestra consideración es para darnos a entender, entre otras cosas, que al igual que José y María fueron los introductores de Jesús en el mundo de la fe de Israel y en la sociedad de adultos de su tiempo, enseñándole los valores del amor a Dios y al prójimo, nosotros, como familia cristiana tenemos que seguir su ejemplo.

SANTA MARÍA, MADRE DE DIOS

1ª lectura (Números 6,22-27): *El Señor se fije en ti y te conceda la paz.*

2ª lectura (Gálatas 4,4-7): *Así que ya no eres esclavo, sino hijo.*

Evangelio (Lucas 2,16-21): *Y María conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón.*

Comenzamos un nuevo año y una de las frases más manidas, quizá la más repetida de cuantas pronunciamos sea esa: **año nuevo, vida nueva**, y la verdad es que lo iniciamos con el deseo y la convicción de que algo va a cambiar en nuestra vida. Siempre que emprendemos algo nuevo, tenemos la impresión de encontrarnos ante lo desconocido, delante de misterios insondables y frente a enormes sorpresas, porque el futuro es incierto. Pero solemos mirar el futuro más que con miedo, con la esperanza de poder llenar en él los vacíos que dejó el tiempo pasado. Eso es vivir y eso indica cierta incapacidad de la vida para llenar todos nuestros deseos. Siempre estamos deseando algo nuevo para nuestra vida.

Enero es la puerta, es el mes por el que se entra en el año. Su nombre, Januarius o Jano, alude a una divinidad bicéfala mitológica encargada de vigilar la entrada de cada año y marcar su destino con un rostro sonriente o con un rostro adusto. La movida de Nochevieja tenía por objeto atraer el rostro sonriente de esa divinidad como buen presagio para el año. Los cristianos saludamos el comienzo del año de otra manera, con diferente disposición y con distintas perspectivas, porque: **«Celebramos la circuncisión del Niño y la solemnidad de Santa María, bajo el título de Madre de Dios»** En el umbral del nuevo año encontramos la doble figura de un niño sonriente, Jesús, que es Salvador, y la de su Madre, María que es saludada como **“janua coeli”** (la puerta del cielo), que por ser la introducción de Dios en el mundo, en su función maternal es madre de Dios y madre espiritualmente universal.

Celebramos su maternidad divina con todas las consecuencias de su maternidad espiritual humana. **«Cuando se cumplió el tiempo, envió Dios a su Hijo»** Es decir, en el momento del proceso evolutivo en que consideró Dios al hombre capaz de aceptar el misterio y comprender el mensaje. En ese momento envió Dios a su Hijo **«nacido de una mujer y sometido a la ley, para que recibiéramos el ser hijos por adopción»** No apareció en una fascinación deslumbrante de lo divino, ni en estado de independencia de adulto, sino en la humildad de un niño necesitado de todo. Así, María dio a Jesús lo mismo que las demás madres dan a cada uno de sus hijos, por eso la llamamos Madre de Dios y madre nuestra porque la maternidad espiritual de María se alarga también a todos los hombres, hermanos de Jesús. **«Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si eres hijo, eres también heredero por voluntad de Dios»** Él es primogénito entre muchos hermanos y viene para hacernos hijos de Dios.

Para quien logra dejar sitio a la palabra de Dios, en medio del bullicio, de la alegría obligada y del jolgorio ensordecedor del primer día del año, tiene a su disposición una magnífica bendición: **«El Señor te bendiga y te proteja, ilumine su rostro sobre ti y te conceda su favor, el Señor se fije en ti y te conceda la paz»** (Números 6,24-26). La invocación del nombre de Yavhé en cualquier circunstancia es una manera de recordar la elección del pueblo y de atraer sobre él la mirada y asistencia divina. Si Dios bendice a su pueblo es que vuelve su rostro protector hacia él.

Al bautizado se le signa en el nombre de la **Santísima Trinidad** como parte importante del rito. Lo hace el sacerdote e invita a hacerlo a padres y padrinos. En la vida repetimos muchas veces la señal de la cruz con la invocación del nombre del Señor. Los sacerdotes bendicen objetos y personas y lo hacen de manera solemne. La celebración eucarística la comenzamos con la misma invocación y al concluir la misa el sacerdote nos bendice pidiendo a Dios acompañe, a los que en ella le hemos invocado. De la misma manera, los deseos de dicha que intercambiamos en Navidad carecen de garantía si Dios no los acompaña con su benévola mirada.

Se puede dudar y preguntar: **¿Cuántos de los primeros receptores del mensaje lo entendieron y cuantos cristianos de hoy comprendemos el alcance del misterio?** Llegan primero los pastores, incultos y sencillos, comprueban lo que les ha sido anunciado y regresan llenos de gozo anunciando lo que han visto. **¿Entendieron?** Después llegan los magos buscando, encuentran, adoran y se van. **¿Entendieron?** No es cosa de saber sino de sentir **«Solo se ve bien con el corazón. Lo más esencial está oculto a los ojos»** El que no es capaz de amar no está capacitado para entender las razones del amor. **María ve a Dios, vive con Él, medita en el corazón y entra progresivamente en el misterio de Dios-Amor, y desde el amor «COMPRENDE.»**

LA EPIFANÍA DEL SEÑOR

1ª lectura (Isaías 60,1-6): *La gloria del Señor amanecerá sobre ti.*

2ª lectura (Efesios 3,2-3a.5-6): *El misterio ha sido revelado.*

Evangelio (Mateo 2,1-12): *Hemos visto salir su estrella en oriente.*

Como colofón de las fiestas de Navidad nos llega con gran algarabía lo que llamamos “**la fiesta de la adoración de los Reyes Magos**”, “**el día de la ilusión**”, “**la fiesta de los niños**”, “**el día de los regalos**”, impregnado con un gran folklore popular teñido de religiosidad, olvidándonos de lo principal.

Lo que verdaderamente celebramos es la fiesta de la Epifanía, es decir, la manifestación a plena luz de lo que hasta entonces estaba medio oculto. **La gloria de Dios que resplandece en su Hijo nacido en Belén** y anuncia la salvación universal a todos los que guiados por la fe, lo mismo que los magos por la estrella, le invocamos, lo buscamos, lo encontramos y postrándonos ante Él le rendimos homenaje de respeto y amor, y, al igual que los magos le ofrecieron sus presentes, espera que nosotros también le demos los frutos de nuestro servicio, el esfuerzo de nuestro trabajo, el aprovechamiento de nuestro tiempo, el amor por nuestros hermanos...

«*¡Levántate, brilla, Jerusalén, que llega tu luz; la gloria del Señor amanece sobre ti!*» (Isaías 60,1). Es el mensaje que da el profeta a un pueblo subyugado y exiliado en Babilonia. Intenta darles una esperanza que, aunque les parezca utópica, les levante el ánimo. Dios no se ha olvidado de su pueblo y permanece siempre fiel. Sobre las ruinas de Jerusalén volverá a brillar la gloria del Señor. La luz en la Biblia es frecuentemente, sinónimo de la salvación de Dios.

«*¿Dónde está ese rey de los judíos que ha nacido? Porque hemos visto salir su estrella y venimos a rendirle homenaje.*» (Mateo, 2,2). Es la pregunta que hacen los “**magos**” cuando tras la estrella llegan a Jerusalén. *Con este título «REY DE LOS JUDÍOS» será designado Jesús sólo una vez más, durante su pasión y ese título quedará fijo sobre la cruz.*

«*¿Dónde tiene que nacer ese Mesías?*» (Mateo, 2,4). Herodes lleno de pánico ante una posible pérdida de sus privilegios con los romanos, consulta a los sumos pontífices y letrados. *Los mismos que actuarán como determinantes de la muerte de Jesús en Jerusalén.*

«*En Belén de Judea?*» le contestaron estos. Los “**magos**” reemprendieron su camino y siguiendo la estrella llegaron a Belén. La estrella se paró encima de un pesebre, entraron y «*encontraron al niño con María, su madre, se llenaron de alegría y cayendo de rodillas lo adoraron.*» (Mateo, 2,11). El resto de la población, ni se enteró. *Como si fuera un signo premonitorio del rechazo del Mesías por su pueblo.*

Si la interpretación histórica y la astronómica del fenómeno de la estrella siguen siendo un misterio, la comprensión del mensaje resulta diáfana y clara. *La antítesis entre la aceptación de los cristianos procedentes del paganismo y el rechazo del pueblo de las promesas en la Antigua Alianza.*

Jesús no es sólo el Mesías de Israel sino la luz y la salvación de todo el género humano y, como representantes de toda la masa innominada de los pueblos que han de salvarse llegan unos “**magos**” a Belén en busca del recién nacido y tras muchas peripecias lo encuentran... y *postrándose ante Él le ofrecen sus dones.*

Esa luz prometida sobre Jerusalén brilla en Jesús, resplandor de la gloria del Padre, a quien los magos han buscado en representación de todos los pueblos deseosos de creer. Jesús es salvador de todos y en adelante la elección de Dios debe entenderse universalmente y sin limitaciones a un solo pueblo.

Dios ha curado en Jesucristo a toda la humanidad. La herencia prometida en su origen a Israel es compartida ahora en la abundancia de Cristo por todos los pueblos de la tierra. Sin excluir a nadie de sus dones y promesas, *Dios nos llama a todos a formar parte, como miembros del cuerpo místico de su Hijo, el Salvador.* Todos hermanos y unidos en: «*Un solo cuerpo, un solo espíritu, una fe, un bautismo, un solo Dios y Padre.*»

EL BAUTISMO DE JESÚS

1ª lectura: (Isaías 42,1-4.6-7): *Mirad a mi siervo, a quien sostengo.*

2ª lectura: (Hechos 10,34-38): *Jesús, ungido por Dios con la fuerza del Espíritu.*

Evangelio: (Lucas 3,15-16.21-22): *Tú eres mi Hijo, el amado, el predilecto.*

«El Rey de los judíos» nacido en Belén, que crecía en Nazaret no era un niño como los demás aunque parecía como los demás. Lo extraordinario permanecía oculto. El niño de Belén, el adolescente y el joven de Nazaret, hecho ya hombre maduro, aparece en su más íntima realidad. El Hijo, ejecutor del proyecto, se somete al rito del bautismo en las aguas del Jordán. Dios Padre le presenta ante el mundo como su Hijo querido y Maestro universal. El joven desconocido hasta entonces se convierte en «*el Cristo*», el ungido por el Espíritu Santo. Él se presenta ante Juan para ser bautizado y solidarizándose con sus hermanos los hombres empieza a actuar como su Mesías y Salvador.

«*Mirad a mi siervo, a quien sostengo; mi elegido, a quien prefiero. Sobre él he puesto mi espíritu, para que traiga el derecho a las naciones*» (Isaías 42,1). Nos describe el profeta el amor que tiene el Padre por su siervo fiel, el contenido de su actividad y el programa que, en cuanto Mesías de los hombres desarrollará como enviado de Dios. Habla de la promoción de la vida, la justicia y la paz como credenciales suyas. «*Te he formado y te he hecho alianza de un pueblo, luz de las naciones. Para que abras los ojos de los ciegos...*» (Isaías 42,6b-7a). Nadie que obre de otra manera puede presentarse y hablar en nombre suyo. Donde se defiende la vida, se implante la justicia y se trabaje por la paz, allí se está actuando en nombre y con el Espíritu del Señor, y quien así lo hace puede presentarse como embajador suyo.

Jesús, en su predicación nos invitará: «*Acercaos a mí todos los que estáis rendidos y abrumados, que yo os daré respiro. Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy sencillo y humilde; encontrareis vuestro respiro, pues mi yugo es llevadero y mi carga ligera*» (Mateo 11,28). Es muy importante saberse querido y aceptado, saber que se es algo para alguien. La conciencia del amor del Padre marca toda la obra de Jesús. Saberse amado por Él le gratifica y da valor para enfrentarse con las horas negras de su vida. Ni siquiera en la suprema soledad y abandono de la cruz se olvida de volverse llamándole confiadamente «*Abbá*». A continuación del bautismo empieza Jesús su ministerio público, como voluntad del Padre de la que hace su alimento, revelándonos al Padre en cuanto «*padre*» y anunciando a todos la universalidad de su amor.

«*Realmente voy comprendiendo que Dios no hace distinciones, sino que acepta al que le es fiel y obra rectamente, sea de la nación que sea*» (Hechos 10,34). La Epifanía del Señor en el bautismo del Jordán, es una manifestación cristológica de un alcance universal. «*Conocéis lo que sucedió en el país de los judíos, cuando Juan predicaba el bautismo*» (Hechos 10,36). La efusión del Espíritu Santo sobre Jesús en el Jordán le designa como Mesías e inaugura los tiempos nuevos, ruptura con lo antiguo, incluso con Juan. «*Me refiero a Jesús de Nazaret, ungido por Dios con el Espíritu Santo, que pasó haciendo el bien*» (Hechos 10,38). Desde ahora el mensaje debe ser anunciado a todos.

Oración y Espíritu son dos temas que aparecen en los principales episodios de la vida de Jesús. La «*oración*» aparece en el bautismo, transfiguración y agonía, como principio, medio y fin respectivamente de la actividad mesiánica. El «*Espíritu*» aparece en la Encarnación, al comienzo de la vida pública y en Pentecostés, comienzo de la Iglesia. «*Al principio de la Creación el Espíritu de Dios flotaba sobre las aguas*» (Génesis 1,2). Al comienzo de la redención desciende sobre María. Al inaugurar Jesús el ministerio público y al nacer oficialmente la Iglesia se hace presente el Espíritu en figura de paloma o lenguas de fuego.

Cuando el pueblo expectante pregunta a Juan si es el Mesías esperado. Juan subraya la primacía del que viene que es más fuerte que él, pero sin hacer mención de su nombre. Confronta el bautismo de Jesús con el suyo para resaltar la superioridad de aquél. El bautismo de Juan recibido por Jesús es una disposición moral que tiene el significado de introducir al bautizado en la sociedad de los que esperan al Mesías y forman ya parte del nuevo pueblo de Dios. Jesús, sin mancha, cumple en el bautismo un rito de justicia (Mateo 3,15) y mientras Jesús oraba: «*Se abrió el cielo, bajó el Espíritu Santo y se oyó una voz: Tú eres mi Hijo, el amado, el predilecto*» (Lucas 3,22).

DOMINGO II DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura: (Isaías 62,1-5): *A ti te llamarán “mi favorita”.*

2ª lectura: (1ª Corintios 12,4-11): *Hay diversidad de dones, pero un mismo Espíritu.*

Evangelio: (Juan 2,1-12): *En Caná de Galilea Jesús comenzó sus signos.*

Jesús acompañado de sus discípulos, asiste con su madre a las bodas de unos parientes. Con su presencia en ésta boda manifiesta su decisión de estar presente en las alegrías humanas y con el hecho de transformar el agua en vino deja clara su voluntad de ayudarnos a salir de nuestros conflictos. Aunque no ha llegado su hora, muestra ya claramente su preocupación por todos nuestros problemas así como la firme decisión de su entrega por amor. Este primer “**signo**” está apuntando al último “**signo**” cuando llegue su hora, la de pasar de este mundo al Padre y en ella amarnos hasta el extremo.

Una boda es considerada en todas las culturas como una fiesta. Quizá no exista en la vida social, otro evento que mejor exprese y en que más se busque la temporal satisfacción de la alegría. Jesús mismo se sirve de comparaciones de bodas para hablar de la dicha del Reino de los Cielos. En Caná, como en los países mediterráneos, a la esencia de la fiesta pertenece la comida y el vino. Jesús hizo su primer “**signo**” en una boda y la realzó con buen vino y en abundancia. Su presencia y actuación allí, no parece ser la del aguafiestas, sino la del mantenedor de la alegría de la fiesta. **¿Fue el vino un elemento casual o intencionado?**

Lo que pudo terminar en pequeña tragedia familiar terminó en general regocijo porque María y Jesús estaban allí y con su intervención se salvó el desarrollo del banquete. Pero el tema “**boda**” es aquí secundario. El tema no es más que el marco o escenario en que se desarrolla la acción principal: Jesús da abundancia y garantía a la alegría de la fiesta. Esta boda excede del marco de mero episodio porque el cambio (milagro) acaecido tiene el valor de “**signo**”.

De este “**signo**” arranca la historia de muchas historias humanas y el auténtico sentido del matrimonio-sacramento. En Caná pudo aguarse la fiesta por un acontecimiento banal. Muchas tragedias familiares empiezan por semejantes acontecimientos. Demasiadas veces se acaba el vino de la alegría nupcial demasiado pronto. Tras el acontecimiento banal de una enfermedad, una decepción, el cansancio, un pequeño detalle doméstico, se acaba la comunicación, la ternura, la comprensión... el amor. Pero invitando a Jesús a la boda se manifiesta un ardiente deseo de que Él se quede allí para remediar lo que algún día puede parecer irremediable. Del agua de las decepciones puede Él sacar siempre sabroso vino.

Jesús dice: **«Yo he venido para dar vida y para darla no de cualquier manera sino en abundancia»** (Juan 10,10). Jesús aceptaba invitaciones a bodas y comidas porque celebrar, cantar, reír... pertenecen a la alegría en el Reino de Dios. La boda de Caná sirve a Jesús para explicar cómo sus discípulos no deben vivir innecesariamente la austeridad ascética del Bautista, sino la alegría de la presencia de Dios. Un “**signo**” externo de la alegría sin límite es el volumen de las ánforas y la calidad del vino. Jesús estuvo presente y contribuyó a la alegría de todos. Jesús no empezó su actividad con un discurso deslumbrante, ni con la curación de un enfermo, sino con la participación en una fiesta. Si Jesús ama a los hombres tiene que amar también su alegría. **«Donde está Jesús debe haber alegría y es necesario que esté Él para que la alegría no se acabe».**

Los que no entendieron el “**signo**” hablarían largo tiempo de la calidad del vino, abundante, generoso y gratuito, Quizá también de pequeños abusos. Muchos de los invitados a la boda de Caná gustaron el vino y eso fue todo. Los discípulos en cambio, saborearon el vino, por el vino comprendieron el “**signo**”, y por el “**signo**” se abrió su mente y creyeron en Él. No creyeron en el vino sino en el autor del cambio del agua en vino y no sólo como un autor de prodigios sino como “**alguien**” relacionado con ellos en relación interpersonal, de persona a persona, de alguien con “**algo**” que comunicar y tan decisivo que transformará sus vidas de la vulgaridad del anonimato a la celebridad de testigos. Los apóstoles creyeron en Él, se fueron con Él. Le acompañaron, le anunciaron y murieron por Él. Se dejaron iluminar y siguieron los caminos de la luz y **«ASÍ, EN CANÁ DE GALILEA, COMENZÓ JESÚS SUS SIGNOS, MANIFESTÓ SU GLORIA, Y SUS DISCÍPULOS CREYERON MÁS EN ÉL»**

DOMINGO III DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura: (Nehemías 8,2-10): *Leyeron el libro de la ley. ¿Qué significa la alegría de la fe?*

2ª lectura: (1ª Corintios 12,12-30): *Vosotros sois el cuerpo de Cristo.*

Evangelio: (Lucas 1,1-4; 4,14-21): *Hoy se cumple esta escritura que acabáis de oír.*

La **Sagrada Escritura**, fuente de la historia del hombre y de su relación con Dios, es también luz y guía en el camino de vuelta hacia nuestro Creador. Cada vez que el hombre establece un contacto con Dios, no tiene más remedio que reconocer su propia miseria y arrepentirse como **“hombre de labios impuros”**, advirtiéndolo, casi **“sintiendo”** la santidad divina. En la celebración eucarística que es la fiesta de la comunidad de creyentes, es donde Jesús se hace más plenamente presente en medio de nosotros y, la escucha de su Palabra y la comunión de su Cuerpo nos compromete más a unir comunitariamente todas las energías y los corazones en un esfuerzo por comunicar al mundo su salvación.

La **Palabra de Dios** como espada de doble filo, es palabra que penetra, que desgarrar, que hace daño, porque pone al descubierto las acciones, incluso las intenciones secretas de los corazones. Es una **“Palabra reveladora”**, en cuanto que pone de manifiesto la confusión que hay dentro de nosotros, arrancando el velo de nuestras apariencias y tirando la máscara de nuestra hipocresía. Ante la **Palabra**, queda uno al descubierto, indefenso y la postura natural es el temor. La **Palabra de Dios** desemboca también en un llanto saludable. Es como semilla sepultada en el surco de la amargura que fecundada por las lágrimas, lleva a una cosecha de alegría. **«No estéis tristes, pues el gozo en el Señor es vuestra fortaleza»**. Y el gozo del Señor nos dispone a tomar en serio la **Palabra** para comprenderla en todo su sentido y llevarla, actualizada a nuestra vida como norma de salvación. La **Palabra de Dios** meditada comunitariamente tiene más fuerza que meditada en privado porque compromete *con y ante* los demás.

En nuestras comunidades cristianas, que viven una mezcla de culturas, mentalidades y razas y en las que hay tanta diversidad e independencia, es normal y hasta cierto punto lógico, que se produzcan controversias y que existan distintas formas de ver y encauzar la vida. Pero lo que no puede ni debe darse es intolerancia, discriminación, privilegios, ramificaciones o divisiones. **«Todos nosotros, judíos y griegos, esclavos y libres, hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un solo cuerpo. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu»**. Si somos seguidores de un mismo Cristo, si hemos sido bautizados y elegidos para formar el pueblo de Dios, si podemos llamar a Dios **“Abbá”** porque todos somos hermanos **¿cómo podemos tratarnos tan mal unos a otros?**

Al pensar en el principio de unidad aceptamos que de esa misma unidad, nace la virtud del compromiso en solidaridad. **«Si el pie dijera: “No soy mano, luego no formo parte del cuerpo”, ¿dejaría de ser parte del cuerpo?»**. Cualquier acción de un miembro repercute para bien o para mal, en todo el organismo y este principio carga de responsabilidad cada acción personal. **«Los miembros son muchos, es verdad, pero el cuerpo es uno solo»**. La función más noble no puede ser motivo de privilegios o de favores y la atención más detallada la merecerán siempre los miembros más débiles y necesitados. **«Lo mismo que el cuerpo es uno y tiene muchos miembros y todos los miembros del cuerpo a pesar de ser muchos, son un solo cuerpo, así es también Cristo»**. Y al reconocer el hecho de ser miembros del Cuerpo de Cristo nos estamos obligando, así mismo, a reconocer la igualdad en dignidad de todos y cada uno de los miembros del pueblo de Dios.

Jesús llega a Galilea con la fuerza del Espíritu, y su fama se extiende rápidamente por toda la comarca. Jesús de Nazaret, criado y formado en esa Escritura, vuelve a su pueblo y enseña en las sinagogas y todos lo alababan. Jesús el Nazareno, entra en la sinagoga como era costumbre los sábados, se pone en pie para hacer la lectura, le entregan el libro del profeta Isaías y desenrollándolo, encuentra el pasaje y lee: **«El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido. Me ha enviado para anunciar el Evangelio a los pobres, para anunciar a los cautivos la libertad»** y en el comentario a la lectura ve cumplida en su persona las esperanzas de Israel. Es su discurso inaugural o programático, la gran obertura de los temas fundamentales de su futura predicación. Según Levítico 25, se debe celebrar un año de gracia y de perdón cada 50 años. Esa utopía empieza a ser realidad con Jesús. En Él los ciegos ven, los cojos andan, todo enfermo recibe salud y todo deudor encuentra perdón. Y no tiene más remedio que exclamar: **«HOY SE CUMPLE ESTA ESCRITURA QUE ACABÁIS DE OÍR»**.

DOMINGO IV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura: (Jeremías 4,7.17-19): *Te nombré profeta de los gentiles.*

2ª lectura: (1ª Corintios 12,31-13,13): *Lo más grande es el amor.*

Evangelio: (Lucas 4,21-30): *Jesús no es enviado sólo a los judíos.*

En las sinagogas de hoy, se conserva la misma liturgia y rituales que en tiempo de Jesús. Un rabino –levita, sacristán, responsable– se levanta y se dirige al pueblo: **«Si alguien tiene algo positivo que decir, que se acerque y hable»**. Aquel día se levantó Jesús, un joven desconocido, y leyó una homilía sobre el pasaje de Isaías por donde estaba abierto el libro, o que Él eligió intencionadamente. Era el programa de su vida que no ha elegido Él sino que le ha sido entregado por el Padre. Al terminar su comentario inauguró el tiempo mesiánico con estas palabras: **«Hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír»**.

El comentario de Jesús en la sinagoga de su pueblo fue incisivo y recibido inicialmente con aplausos. Sus paisanos pasaron luego ilógicamente de la admiración al desprecio. Ante esta falta de sinceridad cita Jesús los ejemplos de la viuda de Sarepta (1ª Reyes 17) y de Naamán el sirio (2ª Reyes 5), y se va a anunciar el mensaje a gentes mejor dispuestas, lo mismo que hicieron más tarde Pablo y Bernabé en Antioquia (Hechos 13). El Evangelio es un **DON** y los que no lo aceptan se hacen a sí mismos responsables de su rechazo.

Jesús anuncia la buena noticia pero la **“buena noticia”** es Él. Mensaje y mensajero son de hecho inseparables. Cuando se trata de otro maestro, filósofo, político, se puede separar la persona del mensaje y quedarse con uno sin el otro. Eso no es posible con Jesús. Nadie puede entusiasmarse con el sermón del monte y prescindir del que lo pronunció ni a la inversa. Esta separación hicieron los paisanos de Nazaret: **doctrina sí, persona no**. Y como no es posible rechazarle a medias, el rechazo total tuvo su expresión en un conato de linchamiento. **«No hizo milagros por su falta de fe»**, los milagros no producen automáticamente la fe; es más bien la fe la que arranca los milagros.

Lo que sucedió en la sinagoga de Nazaret tuvo un desarrollo extraño. Primero hubo expectación y curiosidad en espera de algún prodigio. Luego la curiosidad se transformó en admiración y aplausos ante el inteligente comentario de la Escritura. Al final degeneró en decepción: **¡No queríamos eso!** Y como no cedió a sus caprichos de hacer prodigios, le silbaron y le descalificaron por su origen humilde: **“conocemos a sus padres”, “no tiene títulos académicos”, “es un don nadie”**, e intentaron lincharle. No lo lograron entonces pero fue un aviso. Le matarán más tarde. Ahora le expulsaron, le hicieron alejarse y esto es siempre grave.

Para aceptar a Jesús es necesario tener el corazón limpio y la mente libre de todo prejuicio. Podíamos preguntarnos **¿Qué pienso y que piensa la mayoría de la gente cuando recita el Credo?** El Cristo real tiene sus dificultades, pero las mayores nacen de injustificables e ilógicas razones del corazón o de la comodidad, Jesús fue rechazado en Nazaret porque no hizo milagros. **¿Tiene Dios que ceder a los caprichos humanos y someterse a nuestras condiciones?** Dios no puede ser sometido a chantajes. **“Muchos piensan en milagros cuando creen que Dios ha cumplido sus deseos; el milagro se cumple cuando tú cumples la voluntad de Dios”** (Antony de Mello). Es una falsa representación de Dios pretender ver en Él **un dios-espectáculo, o un dios sobornable con nuestros pequeños dones**. La sencillez de un corazón sin otro interés que encontrarle es la condición para conocerle.

El mensaje de Jesús es amor: **«Mirad cuanto nos ama el Padre para llamarnos “hijos suyos”»**, **«En eso notaran que sois discípulos míos, en que os amáis unos a otros como yo os amo»** y desde esa libertad del amor anunciarlo a todos los hombres, **llevando la libertad a los cautivos, la luz a los ciegos, el consuelo a los tristes y anunciando la paz y gracia del Señor**. Donde hay libertad, amor, defensa de la vida, allí está Dios o hay mensajeros de Dios.

Porque como nos dijo la escritora alemana Louise Rinser: **«Tenemos alas más poderosas de lo que pensamos. No tenemos más que abrirlas y agitarlas. Pero no nos atrevemos a volar y nos resulta más cómodo contentarnos con nuestros proyectos a ras de tierra, más cómodos pero con renuncia a la inmensidad del espacio libre»**

DOMINGO V DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura: (Isaías 6,1-8): *Aquí estoy, envíame.*

2ª lectura: (1ª Corintios 15,1-5): *Esto es lo que predicamos.*

Evangelio: (Lucas 5,1-11): *Dejándolo todo, le siguieron.*

La vocación es algo muy complejo y que tiene diferentes maneras de presentarse. La “**llamada**” a una vocación la sentimos algunas veces con absoluta claridad y desde temprana edad; mientras que otras veces es necesaria toda una vida para vislumbrarla con nitidez. En unas ocasiones se nos presenta de manera imperiosa, exigiéndonos una respuesta inmediata y en otras la sentimos poco a poco, va calando nuestro ánimo y se adentra en nuestro ser de manera reconcentrada y la respuesta la damos diferida en el tiempo tras un detallado y minucioso estudio.

Fijémonos en tres diferentes formas de llamada: la del profeta Isaías, que oye la llamada de Dios en el templo, la del apóstol Pedro a quien le viene de Jesús viva y directamente, junto al lago de Genesaret, y, la que a Pablo le llega en el episodio deslumbrante del camino de Damasco. Son tres llamadas muy distintas para tres distintas formas de autorrealización.

La llamada es única: «**gastar la vida en el servicio a los demás**» y con un mismo ideal: «**la misión de proclamar la Palabra**», una única llamada para tres vidas desiguales y por tres diferentes caminos. Tres hombres elegidos: **Isaías, Pablo y Pedro**, llamados y enviados y a los que se le habló claramente y a los que de ninguna manera se les garantizó el éxito en su trabajo.

Muchos decidiríamos con entusiasmo pedir ser enviados como Isaías; otros muchos, preferiríamos fuese como Pablo y desgastarnos día a día por el bien de la Iglesia, y a otros nos gustaría lanzarnos a la ventura por la alta mar del mundo para, como Pedro, “**pescar hombres**”. Pero, todos somos seres concretos, objeto de los planes divinos. Y sobre cada uno, Dios tiene dispuesto su propio proyecto de vida. Descubrir ese proyecto es un problema personal que lleva a realizarnos plenamente.

¿Qué ocurre? Hay muchos peces nadando libres por el amplio mar... y también hay muchos estómagos con hambre y espiritualmente vacíos, que no encuentran quien les dé de comer. Como hay infinitas noches de trabajo inútiles, muchas redes vacías, innumerables ilusiones truncadas y excesivo tiempo perdido.

La lista de proyectos iniciados y que no llegaron nunca a su fin puede resultar excesivamente larga. En esa lista, pueden figurar los fracasos o decepciones laborales, profesionales, humanas. Puede ser el caso del joven sin trabajo que lo ha intentado todo una, dos... veinte veces, **¡y nada!**; o la del adulto que a sus 45 o 50 años ya no es aceptado por no ser laboralmente rentable, o la de los padres que han hecho todo lo posible por sus hijos y estos, sin embargo, van por otros caminos. La lista sería interminable.

¿Qué ocurre, no se dan visiones y estamos sordos? Quizás no distinguimos con claridad la voz de quien nos llama o quizás es que no estamos en disposición de oír la llamada porque estamos ocupados en otros menesteres o que conscientemente desoímos la llamada porque nos da miedo el compromiso y por eso no estamos disponibles.

¿Qué ocurre, que no hay pescadores para echar las redes? Miremos a Pedro, él es un hombre de mar, avezado y curtido en mil y una peripecias. Toda su vida la ha pasado en la mar, conoce o al menos cree conocer todo sobre la pesca. Se ha pasado toda la noche bregando y no ha pescado nada y llega “**el nazareno**” un hombre de tierra adentro y le dice: «**Rema mar adentro y echa las redes**» y cogieron tal redada que las redes se rompían, se ha producido “**el milagro**”. Pero “**el milagro**” no es el hecho de que las redes estén repletas de peces hasta reventar. El “**Milagro**” ya se ha producido antes, se produjo con la declaración de Pedro, en esa estupenda respuesta: «**Pero, por tu palabra, echaré las redes**». El milagro está precisamente en esa **disponibilidad**, en el hecho de echar las redes únicamente fiado en su palabra.

Pedro antes de la pesca llama «**Maestro**» a Jesús, después le llama «**Señor**». Primero obedece, después descubre su poder y suplica: «**Apártate de mí, Señor, que soy un pobre pecador**» Pedro ve y aprende que es la fe en la palabra de Jesús y es su disponibilidad la que ocasiona una recompensa tan abundante y... cuando lo ha descubierto, debe de abandonar su oficio: «**Desde ahora lo que pescarás serán hombres**» y vuelve a obedecer, saca las barcas a tierra y dejándolo todo: **LE SIGUE.**

DOMINGO VI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura: (Jeremías 17,5-8): *Maldito quien confía en el hombre; bendito quien confía en Dios.*

2ª lectura: (1ª Corintios 15,12.20-26): *Si Cristo no ha resucitado, vuestra fe no tiene sentido.*

Evangelio: (Lucas 6,17.20-26): *¡Dichosos los pobres, ay de los ricos!*

Cuando acabamos un proyecto o terminamos con éxito un trabajo, cuando se celebra cualquier acontecimiento o culmina algún periodo de nuestra vida, nuestros allegados, familiares, amigos y demás seres queridos, suelen expresarnos su agrado y alegría con esta frase: **¡Muchas felicidades!** Y algo así es lo que expresan las Bienaventuranzas:

- *Dichosos los pobres, que no ansiáis los bienes materiales...*
- *Dichosos los que tenéis hambre y buscáis la verdad...*
- *Dichosos los que lloráis porque os consideráis limitados...*
- *Dichosos vosotros que olvidando egoísmos os entregáis a los demás...*

Mientras que Mateo pone ocho bienaventuranzas en versión más personal y para público mejor preparado por su formación clásica al judaísmo, Lucas pone sólo cuatro, las más sencillas, porque escribe para griegos menos formados en la ley de Moisés. Si Mateo propone el ideal de una vida piadosa y desprendida, Lucas anuncia una evolución de las bases con un cambio de estructuras y de situaciones. Si Lucas beatifica a los pobres, hambrientos... y el orden vigente de cosas ha de cambiar, se deduce que los hartos y ricos deben estar muy vigilantes para hacer un uso más razonable de las cosas de este mundo, por eso, añade las correspondientes paralelas contra-bienaventuranzas, que no aparecen en Mateo:

- *¡Ay de vosotros...! los ricos..., porque no poseeréis nada.*
- *¡Ay de vosotros...! los saciados..., porque viviréis en la duda.*
- *¡Ay de vosotros...! los que reís..., porque os encontraréis tristemente solos.*
- *¡Ay de vosotros...! Los famosos..., porque sentiréis desamor.*

La Palabra de Jesús se formula dentro del estilo y marco costumbrista del Antiguo Testamento: **Dichoso el que con vida intachable... Dichoso el que no sigue el consejo de los impíos...** Tales expresiones se repiten en los salmos y, en la literatura griega son frecuentes expresiones parecidas. La originalidad de Jesús no está en la forma o formulación en expresiones lapidarias que se repiten fácilmente de memoria. La originalidad y grandeza está en su contenido. Estas bienaventuranzas más que originales son chocantes, desconcertantes, paradójicas y provocativas.

¿Feliz el que llora? Invitar a un ciego a contemplar un cuadro, a un sordo a oír un concierto, o a un tullido a dar brincos de alegría, parecería humor negro o sarcasmo. Pero Jesús no tiene humor negro, ni es cínico ni cruel. **¿Dónde está la verdadera alegría y cómo es posible conseguirla?** Porque es posible ser feliz en lo poco y muy desgraciado en la abundancia. Es sin duda mejor cantar harto que cantar para distraer el hambre. Y cantar dando saltos es mejor que cantar sobre una silla de ruedas. Jesús lo sabe muy bien. Pero también es cierto que es mejor reír que llorar, aunque el que ríe lo haga sobre una silla de ruedas y el que llora intente ocultar sus lágrimas con irisaciones de diamantes. La alegría, si es verdadera, tiene que salir de dentro.

Jesús, con las bienaventuranzas ni canoniza ni dice que sea buena la pobreza, el llanto, el hambre, sino a los sujetos de esas necesidades, es decir, a los pobres, a los hambrientos, a los llorosos. Tampoco pretende oponer o enfrentar dos mundos, el de los buenos y el de los llamados malos, para enseñar que después se invertirá el orden y posiciones en la vida. Lo que pretende es integrar y decirnos que: es feliz el que sabe estar y comportarse en su situación real pobre o rica, si bien el carecer de apoyos humanos ayuda a ponerse en las manos del Padre celestial, mientras que los medios humanos generan autosuficiencia con tendencia a hacer innecesario a Dios y a olvidarnos de Él.

La bienaventuranza de Jesús asegura la presencia de Dios al lado de los que lloran, tienen hambre, son perseguidos y sufren.

«Yo creo que la vida es algo más que comer y beber, salud y bienestar, más que saber y triunfar. Yo creo que a la vida pertenece la esperanza, la confianza en las posibilidades de la vida, la paciencia incansable y el esperar sereno, vivir la propia vida y no al dictado de otros... Yo creo que la vida pertenece a Dios que me la dio. ¡Señor, te doy gracias rendidas por la vida!» (Hubert Hohmann).

DOMINGO VII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura: (1ª Samuel 26,2.7-9.12-13.23-24): *No he querido atentar contra ti.*

2ª lectura: (1ª Corintios 15,45-49): *Nosotros, imagen del terreno, lo somos también del celestial.*

Evangelio: (Lucas 6,27-38): *Sed compasivos como vuestro Padre.*

Amar a los que nos aman, hacer el bien a los que nos hacen bien y conceder préstamos a los que nos dan suficientes garantías de restitución, es un programa hasta cierto punto aceptable y razonable. Solemos decir que ir más allá es cosa de otro mundo y nosotros somos humanos. Y en verdad que no descubrimos nada nuevo. Somos humanos, estamos formados de tierra y somos muy limitados. Pero al igual que hizo Adán en el Edén, acorazamos nuestro corazón, lo blindamos para que nada nos dañe y nos hacemos “**sensiblemente**” expertos en descargar nuestra conciencia. **¡Todo es culpa de los otros, de las estructuras, de los que gobiernan, de los poderosos de este mundo...! «Nosotros, no somos culpables de nada».**

En cuanto que somos seres humanos, todos participamos de las mismas limitaciones. Pero por ser discípulos y seguidores de Jesús somos una nueva creación, una raza especial llamada a marcar diferencias en el ejercicio de las virtudes del espíritu, según las enseñanzas de Jesús y la imitación de su ejemplo. Como cristianos, nos sentimos aludidos e invitados a un esfuerzo de superación de las limitaciones humanas para imitar las perfecciones de Dios. A pasar de ser hombres de tierra para ser hombres celestiales.

Entre el hombre de tierra y el hombre celestial, hay una gran diferencia y casi una insalvable distancia. El regirse por la ley del talión: “**ojo por ojo y diente por diente**”, ya no es lo correcto. El “**hombre bueno**” hecho a imagen y semejanza de Dios, no debe contestar al mal con el mal, e incluso, aunque nos parezca cosa de héroes, tiene que perdonar al malvado que le causa daño. Y, la cuestión no termina aquí, va más allá. Si nos atenemos al evangelio, el discípulo de Jesús tiene no sólo que perdonar al enemigo y no hacerle daño, sino que además tiene que **amarlo**.

El cristiano, debe intentar recorrer el mismo camino que siguió Cristo y siguiendo sus enseñanzas, superar la distancia entre los dos mundos enlazando cielo y tierra, uniendo lo humano a lo divino. Ya no se trata sólo de perdonar a quien está causándonos daño y a no contestar al mal con el mal. **Se trata de amar a nuestro enemigo, de hacer el bien a quien nos odia, de bendecir al que nos maldice y orar por el que nos injuria y nos hace la vida imposible, y al que nos pegue en una mejilla presentarle la otra.**

Jesús no sólo habla de paz, sino que lleva hasta el heroísmo el amor a la paz con la doctrina del amor incluso a los enemigos. La **no-violencia** no se identifica con la **no-justicia**, al contrario, Jesús inculca la mansedumbre, el respeto y el amor, la convivencia en paz dentro de la civilización cristiana, que es la civilización del amor.

Las palabras de Jesús no admiten ambigüedades: *«Tratad a los demás como queréis que ellos os traten. Pues, si amáis sólo a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores lo hacen»* Si se devuelve mal por mal, se dispara la espiral de la violencia hasta que una de las dos partes conflictivas quede eliminada. Esa ha sido la historia humana escrita en clave de guerras y batallas: **Perdón no, victoria sí.**

Jesús no propone como ideal la destrucción del enemigo sino su transformación. Es más heroico dominar a una persona que derribar una fortaleza, y dominar por amor es mucho más grande que dominar por la fuerza. **¿Se puede sentir el orgullo de ser hijos de Dios sin hacer nada que acredite esta filiación, sin distinguirse de los buenos paganos?**

Los cristianos no se distinguen por hacer las cosas como los demás, sino por hacer las cosas por encima de los demás. Vivimos en contacto con hombres de otras culturas y religiones donde hay indudablemente mucha **gente buena** y muchas **cosas buenas**.

Lo que nos identifica y nos une es el **humanismo** y esto significa respeto, amabilidad y solidaridad. No basta vivir el humanismo horizontal sin la motivación vertical y ningún signo lo expresa, tal vez mejor que el amor a los enemigos. **«Los discípulos de Jesús sabemos que tenemos a Dios por Padre y debemos reflejar en nuestra conducta las perfecciones de ese Padre imitando las virtudes del Hijo»**

CUARESMA

«Rasgad los corazones y no las vestiduras; convertíos al Señor, Dios vuestro, porque es compasivo y misericordioso, lento a la cólera, rico en piedad; y se arrepiente de las amenazas» (Joel 2,13).

La **Cuaresma** es un tiempo de gracia más que un tiempo de amenazas y el ayuno que se nos pide no mata o «mortifica» sino que da vida. Este ayuno pretende reunir al pueblo. Jóvenes y mayores tienen que salir de sus egoísmos para celebrar juntos la vida, y vivenciar la presencia de Dios en medio de su pueblo.

Nuestra sociedad ya no es «oficialmente» cristiana, por eso, la vida cristiana tiende progresivamente a vivirse más como comunidades minoritarias en diáspora que como cristiandad masiva. Pero esta circunstancia obliga más a descubrir la presencia de Dios en medio de su pueblo y a clamar en toda necesidad colectiva o individual.

La renovación litúrgica siguiendo las directrices del Concilio Vaticano II ha introducido en las celebraciones cuaresmales motivos bautismales que reflejan, quizá mejor, y dan una verdadera y más cercana catequesis para motivarnos a realizar la conversión de nuestro corazón.

- El **primer domingo** se proclama, en los tres ciclos, el pasaje de las tentaciones de Jesús en el desierto, según el relato de Mateo, Marcos y Lucas respectivamente. El prefacio alude a la victoria de Jesús y agradece la ejemplaridad de la victoria que nos anima a prepararnos para la celebración de la Pascua. La primera y segunda lectura completan el mensaje evangélico y en la oración se pide el don de hacer transparente en nuestras vidas la gracia de la redención.
- El **segundo domingo** tiene también el mismo contenido de la transfiguración del Señor según el triple relato sinóptico. La gloria del Tabor es garantía de que la humillación de la pasión y muerte no son término sino paso necesario para llegar a la gloria. En el prefacio se resalta este pensamiento fundamental. Las lecturas del Antiguo Testamento hablan de las promesas de Dios a Abrahán. Las del Nuevo Testamento elaboran una esperanza de futuro en la seguridad de que Jesús Resucitado transformará nuestro cuerpo según la imagen de su cuerpo glorioso.
- A partir del **tercer domingo** cada ciclo litúrgico tiene su temática propia. Puede decirse con toda seguridad que los textos litúrgicos han sido muy acertadamente seleccionados y escalonados, formando los tres ciclos un todo completo.
 - En el **ciclo A** se leen los pasajes de la Samaritana (3º domingo), de la curación del ciego (4º domingo), y el de la resurrección de Lázaro (5º domingo). En un clímax ascendente se llega, por la fe, a la aceptación de Jesús que calma la sed de vivir y que es la luz, la resurrección y la vida.
 - En el **ciclo B** se leen pasajes alusivos a la transformación operada por la fe en los que creen en Jesús, los cuales se convierten en templos sagrados de Dios (los vendedores expulsados del templo 3º), reciben una vida nueva del agua y del Espíritu (diálogo con Nicodemo 4º), y se exponen las condiciones para hacer fecunda esa nueva vida (fecundidad del grano de trigo 5º).
 - El **ciclo C** expone una catequesis sobre los peligros a que está expuesta la nueva vida con posibilidad de morir por el pecado pero también de recuperar esa vida por la conversión y perdón. Son los pasajes de la higuera infructuosa (3º), del hijo pródigo (4º) y de la mujer adúltera (5º).

La **Cuaresma** pide una conversión a Dios y un cambio de conducta para encontrar la vida. Pero la conversión sólo es posible en la medida en que se reconocen los errores pasados, las causas de la insatisfacción presente y los medios necesarios para alcanzar los objetivos que se pretenden. Siempre hay alegrías que matan y sufrimientos que dan vida y siempre se da por bien empleado el esfuerzo que conduce a la meta. Con el tiempo de **Cuaresma** comienza para todos nosotros un tiempo de gracia que nos puede llevar a una afirmación en la fe, a una renovación de nuestro corazón, a una transformación de nuestra forma de pensar y a una evolución de nuestra manera de actuar.

Cuarenta días de Cuaresma son el marco apto para introducir cambios en la vida, siempre que se esté dispuesto a efectuarlos.

DOMINGO PRIMERO DE CUARESMA

1ª lectura: (Deuteronomio 26,4-10): *Profesión de fe del pueblo escogido.*

2ª lectura: (Romanos 10,8-13): *Profesión de fe del creyente en Jesucristo.*

Evangelio: (Lucas 4,1-13): *Fue llevado por el Espíritu al desierto y fue tentado.*

«Jesús no sólo es hijo de Dios sino también hijo de Adán: Verdadero Dios y verdadero hombre». Esta afirmación no es superflua porque el relato de las tentaciones nos reproduce, sin duda, una enseñanza directa de esta dualidad de Jesús. La expresión literaria refleja en imágenes una experiencia de Jesús que pudo ser espiritual e interior. Los evangelistas sitúan esta experiencia entre el bautismo y el comienzo del ministerio público. No se trata de una curación milagrosa, ni de un discurso programático, ni siquiera de un enfrentamiento dialéctico con sus habituales adversarios, los fariseos, sino que Jesús va al desierto para ser tentado. Este procedimiento no es fortuito, porque la tentación de Jesús viene a dar explicación a todas las tentaciones de los hijos de Adán. La vida es milicia y se hace necesario un continuo entrenamiento espiritual al que dan pleno sentido las prácticas cuaresmales. La penitencia cristiana es práctica permanente de conversión constante a Dios.

Las tentaciones en el desierto sintetizan las dificultades que Jesús tuvo que superar en su vida para llevar a término la obra encomendada por el Padre. En la Epifanía del bautismo en el Jordán se oyó la voz del Padre llamando a Jesús «Hijo querido» y después ese Hijo querido va al desierto conducido por el Espíritu. Y pudo dudar: **¿Será Dios o no?** La tentación y su comportamiento, pondría en evidencia su personalidad y disiparía toda duda. Si cede al materialismo, a la vanidad, si dobla la rodilla, es un hombre cualquiera y todo lo demás es un montaje. Si Jesús hubiera aceptado la triple sugerencia: **riqueza, imagen, poder**, se hubiese situado en la dinámica de este mundo y hubiera fracasado en su misión. **Hubiera evitado la cruz, pero no nos hubiera adquirido la gloria.**

Él prefirió quedarse en el desierto hambriento, solitario y anónimo, en oración íntima y comunicación con el Padre para madurar sus planes, solidario con su pueblo cuya historia se fragua en el desierto en contacto con Dios, protector y guía providente. «*Si eres hijo de Dios...*» Parecido reto oír de los judíos en la cruz: «*Si eres hijo de Dios baja de la cruz y te creeremos*» El hijo de un poderoso lo puede todo. El desafío podría formularse introduciendo una ligera variante: «**Si Dios es tu padre... sálvate a ti mismo. Qué se salve a sí mismo si tiene por padre a Dios**» El tentador da por supuesto que existe Dios y que cualquier hombre puede relacionarse con Él con sentimientos de hijo ante cualquier necesidad. Éste es el núcleo de la cuestión.

Entre nosotros, los hombres, nos formulamos, unos a otros, esta pregunta: **¿Cree usted en Dios?** Muy pocos o nadie hay que niegue la existencia de «**algo superior**», es decir, de algo que está por encima y es más de lo que se puede ver, oír, palpar, y manipular en un laboratorio. Cuando la gente deja de creer en Dios no significa que ya no crea en nada; significa que cree en todo, aunque sea en lo absurdo: cree en horóscopos, en astrología, en magia, en mensaje de sectas, en pequeñas divinidades o sus ídolos son los astros y las estrellas de turno en el pequeño mundo de la celebridad. En realidad no se trata de creer o no creer, sino de creer en Dios o en los ídolos. **Porque donde decrece la fe, fácilmente y sin obstáculos crece la superstición.**

La verdadera pregunta no debería ser: **¿Cree usted en Dios?** Sino más bien: **¿Qué es Dios para usted?** No es si existe algo o no, sino si ese «**algo**» es «**Alguien**», y si nos podemos relacionar con ese «**Alguien**» y cómo. En la profesión de fe cristiana juntamos dos palabras inseparables: «**Creo en DIOS-PADRE**» y podemos dirigirnos confiados a ese «**Alguien**» como a un «**tú**» y agradecerle, pedirle, amarle y sentirnos amados y protegidos por Él. Podemos pedirle el pan de cada día, que venga su Reino, que no nos deje caer en la tentación o que nos ayude a vencerlas como las venció Jesús. Y si falta el pan, el prestigio o el poder, no por eso tenemos derecho a sentirnos lejos de Él. Por ser hijos de Adán nos vemos envueltos en la lucha dramática; por ser redimidos de Jesús debemos enfrentarnos al mal con la misma voluntad decidida de Jesús confiando en la victoria.

«*Nuestra vida en medio de esta peregrinación no puede estar sin tentaciones, ya que nuestro progreso se realiza precisamente a través de la tentación, y nadie se conoce a sí mismo si no es tentado, ni puede ser coronado si no ha vencido, ni vencer si no ha combatido, ni combatir si carece de enemigo y de tentaciones*». (San Agustín)

DOMINGO SEGUNDO DE CUARESMA

1ª lectura: (Génesis 15,5-10.17-18): *Dios hace alianza con el fiel Abrahán.*

2ª lectura: (Filipenses 3,17-4,1): *Cristo nos transformará según el modelo de su cuerpo glorioso.*

Evangelio: (Lucas 9,28-36): *Mientras oraba se cambió el aspecto de su rostro.*

El segundo domingo de Cuaresma nos trae siempre un mensaje de alegría y esperanza. Con la gloria del Tabor se iluminan los caminos de la vida por tortuosos y ásperos que se presenten. Todo sucede en la cima de un monte, no lejos de Nazaret, con el Carmelo y el lago de Genesaret al alcance de la vista.

La transfiguración del Señor viene a ser una especie de oasis en medio de la cuaresma. Es como una parada para repostar, un respiro para tomar fuerzas y poder seguir adelante, con el mismo significado con que en la vida familiar o social se interrumpe la monotonía con celebraciones extraordinarias como los cumpleaños, los aniversarios o simplemente las fiestas laborales. El trabajo reclama descanso y las horas estelares sustituyen la monotonía ordinaria.

Tabor arriba o Tabor abajo, toda nuestra vida se desarrolla entre estas alternancias. Los montes tienen especial sensibilidad religiosa. Los griegos imaginaban la sede de sus dioses en el Olimpo y en la Biblia hay cumbres muy significativas: el monte “**Moirá**” para Abrahán, el “**Sinaí**” para Moisés y Elías, el “**Tabor**” y el “**Calvario**” para Jesús. Todos ellos son elegidos para excepcionales teofanías, manifestaciones o encuentros con Dios. Muchos han descrito a detalle el tiempo y lugar decisivos para su encuentro con Dios. Para san Pablo fue el camino de Damasco.

Para los apóstoles (Pedro, Santiago y Juan) llevados al Tabor por Jesús consigo, fue este momento de la transfiguración, sin duda, el que marcó definitivamente su vida y les permitió asegurar que no predicaban fábulas sino la verdad ratificada por la voz de Dios que oyeron estando con Jesús: *«Esta voz llegada del cielo la oímos nosotros estando con Él en la montaña sagrada»* (2ª Pedro 1,18). Esa voz proclama: *«Éste es mi Hijo, el escogido, escuchadle»* Aquí está el núcleo de la fe y de la actividad cristiana. *«Dichosos los que escuchan el mensaje de Dios y lo pone por obra»*. (Lucas 8,21). Creer que Jesús es Hijo de Dios, oír su Palabra y ponerla por obra.

Si queremos meditar, adentrándonos en este episodio, es necesario evocar el texto del domingo pasado sobre las tentaciones del Señor. El desierto descubre el flanco humano de aquel hombre, que siente hambre pero permanece fiel a la misión encomendada por Dios. La transfiguración, descubre el aspecto divino, el hombre que en el desierto defendió la fidelidad a la voluntad del Padre es su **Hijo querido** y es dado a todos como ejemplaridad de una conducta según Dios. También aquí, reaparece la fidelidad a la voluntad del Padre por cuanto, en medio de la gloria, se encuentran con Jesús Elías y Moisés, que representan la ley y son paradigma de los profetas, conversando con Él y hablan de lo que va a suceder en Jerusalén. Hablaban de la Pasión. El relato termina con una palabra significativa: **«cuando todo pasó no encontraron a nadie más que a Jesús solo»** Porque Él es el único necesario y Él solo basta.

La verdadera fe en Jesús consiste en confesarle como Hijo de Dios y hacer en la propia vida, **VIDA** de sus divinas enseñanzas. Dentro de la cristiandad, entre la Iglesia católica y las demás Iglesias cristianas puede haber discrepancias en múltiples cuestiones debatibles y debatidas de hecho. Es necesario distinguir bien entre la persona de Jesús y las cosas de Jesús o sobre Él. La **persona de Jesús** es y debe ser aceptada por todos como Hijo de Dios y Salvador de los hombres. En las **cosas de Jesús** y en la interpretación de esas cosas es donde se produce discrepancias más o menos justificables. Lo que no es justificable es separar a Jesús de sus cosas. Jesús no puede ser separado de sus enseñanzas, ya que éstas, nos muestran el camino hacia el Padre.

El camino de Jesús pasa por la pasión y si alguno desea seguirle debe ir por ese camino. Pero el camino de Jesús es realista, no catastrofista, porque al final espera la gloria del vencedor: **la resurrección**. La vida de un seguidor de Jesús puede ser camino áspero, erizado de dificultades, pero nunca es fracaso.

Y no es necesario inventar nada nuevo, basta fiarse de Él y marchar detrás de Él, porque **«Nosotros, somos ciudadanos del cielo, de donde aguardamos un Salvador. Él transformará nuestra condición humilde, según el modelo de su condición gloriosa»**.

DOMINGO TERCERO DE CUARESMA

1ª lectura: (Éxodo 3,1-8.13-15): *«Yo-soy» me envía a vosotros.*

2ª lectura: (1ª Corintios 10,1-6.10-12): *La historia de Israel se escribió para escarmiento nuestro.*

Evangelio: (Lucas 13,1-9): *Si no os convertís, todos pereceréis de la misma manera.*

El falso principio de causalidad moral difundido en todo el antiguo oriente y aceptado por los judíos por el que **«El destino de un ser humano responde a su conducta y si uno sufre se debe a sus culpas»** se somete aquí a revisión. Según este principio, los discípulos, preguntaron a Jesús sobre la causa de la ceguera de un hombre: **«¿Quién pecó, él o sus padres?»** (Juan 9,2). Jesús nos sitúa en la óptica de Dios. Hay que interpretar los signos de los tiempos. Más que analizar las causas de las desgracias de los otros hay que mirar a la propia situación interior. El pasado pecador no encadena necesaria y definitivamente a nadie porque Dios ofrece a todos su perdón.

La adversidad no es argumento de pecado ni tampoco la prosperidad es argumento de santidad ni de las bendiciones divinas. Las leyes naturales se cumplen con absoluta amoralidad sin hacer distinción de personas, razas, clases y condición. Si en las crisis de necesidad mueren más pobres que ricos, en accidentes de aviación mueren más ricos que pobres; el que no come termina por morir pero el que come en exceso sentirá molestias y enfermedades que le acercarán a la muerte; el que conduce temerariamente terminará por provocar accidentes; y el que quebranta las leyes morales termina, si no cambia de conducta, en muerte moral.

Desde estos principios es de donde hay que leer las palabras de Jesús e intentar interpretar los signos de los tiempos: las calamidades, los accidentes laborales, las inundaciones, el sida..., todas las catástrofes no son ni pueden interpretarse en clave de castigo. Son signo de los tiempos y de la condición humana por los cuales nos habla Dios.

Son llamadas a la conversión a Dios. **«Si no os convertís pereceréis como ellos»**. Los que no habéis sido víctimas no por ello sois mejores y debéis reflexionar para que no os sorprenda en este estado una desgracia como aquéllas. Por segunda vez nos previene: **«Si no os convertís pereceréis como ellos»**. Una primera lectura puede producir la impresión de hallarnos ante una amenaza, más si leemos las palabras en su contexto, veremos que baja el tono de la amenaza para ser, una vez más, **alegre noticia**.

Jesús no es un predicador de penitencia, ni siquiera un moralizador. Lo que Jesús hace es abrirnos los ojos y oídos para mirar en la correcta dirección. No pretende humillar a nadie haciendo ver incoherencias y pecados. Jesús quiere hacernos sentir el gozo del descubrimiento de nuevos horizontes y posibilidades interpretando la realidad desde la luz del Creador. Jesús dice: **«empezad a reconocer la bondad de Dios que nos quiere liberar del propio yo y abrirnos a las posibilidades de una nueva vida»**.

La parábola de la higuera confirma este principio. Debemos analizar nuestro concepto de Dios y revisar nuestros juicios de valor, ya que todo se ha escrito para nuestro escarmiento y conversión. **«Sólo Dios es amor, sólo Dios tiene todo el poder»**, a nosotros nos toca acatar que Dios haga uso de su poder por amor, que es lo mismo que usarlo no para castigar y vengarse sino para la conversión y el bien.

El mensaje de Jesús es sumamente serio porque relaciona la suerte final con la necesidad de conversión. Ésta no consiste sólo en el cambio de una conducta equivocada sino en la orientación del corazón a Dios. La conversión comprende al hombre en su totalidad con su personalidad, su pensar y su querer interior, lo mismo que en su actuar exterior: **«Ver, juzgar y actuar»** para no perecer como ellos.

La Cuaresma, en cuanto a preparación para la Pascua, es revisión de vida. Si algo se detecta incorrecto o no conducente a ese fin debe ser corregido. **El proceso se llama conversión**. Y, la conversión es algo más que un mero reconocimiento de errores y corrección de trayectoria. La conversión consiste ante todo en poner a Dios en el centro de la vida, ver la realidad desde su luz y valorar las cosas según su verdad.

La decisión de acercarnos a Dios no puede ser aplazada a un mañana indeterminado que quizá no llegue nunca. **El Evangelio nos apremia con una necesidad de urgencia a dar frutos para cuando el Señor venga**.

DOMINGO CUARTO DE CUARESMA

1ª lectura: (Josué 5,9-12): *El pueblo de Dios celebra la Pascua.*

2ª lectura: (2ª Corintios 5,17-21): *Dios nos ha reconciliado consigo en Cristo.*

Evangelio: (Lucas 15,1-3.11-32): *Este hermano tuyo estaba muerto y ha resucitado.*

Para muchas personas, la conversión representa un fenómeno excepcional y clamoroso, del que son protagonistas individuos que pasan de las tinieblas del error a la luz de la verdad, de una conducta perversa a una conducta ejemplar, sin sospechar que la conversión es un deber fundamental y habitual del cristiano, que se inscribe en el registro de lo cotidiano.

Son víctimas de un equívoco, según el cual se es cristiano y religioso de una manera definitiva. Como alguien que ha conseguido la licenciatura o el doctorado y ya es economista, abogado, ingeniero o médico por y para toda la vida. No. No se es cristiano, sino que simplemente uno intenta hacerse cristiano. Se tiende hacia una meta, que nunca se consigue de una vez y para siempre. Nadie puede afirmar que ha alcanzado de una manera estable esa meta.

La conversión es empeño de cada día. Empeño fatigoso y doloroso, porque, instintivamente tendemos a escabullirnos, a desviarnos del camino. Por eso, nunca estamos allí donde deberíamos estar. Nunca estamos donde Él está (aunque nos guste engañarnos pensando que Él está con nosotros y de nuestra parte) Siempre está un paso más adelante, marcándonos el camino, esperándonos, porque Él ama de manera distinta a la nuestra.

Entonces, convertirse significa, precisamente, caer en la cuenta de que nunca estamos donde debemos estar, casi nunca estamos en nuestro sitio. Que no estamos junto a Él. Que no estamos en su sitio. Que nuestra lógica es diferente a la suya. Que nuestros sentimientos resultan desentonados respecto de los suyos. Que nuestros pasos no están sincronizados con los suyos. Y entonces tenemos que cambiar de ruta. Debemos cambiar nuestra forma de pensar y de actuar, cambiar de cabeza, de corazón, de ojos, de oídos, de **TODO**.

Esto es la conversión, que no se reduce a un pequeño ajuste o a un retoque de fachada. Que no es hacer un minúsculo cambio que no moleste demasiado, un ligero e imperceptible desplazamiento o una modificación insignificante, sino que comporta una transformación radical. Un vuelco total, un completo cambio de arriba a abajo. La conversión es salir de toda esclavitud para vivir en la verdadera libertad, porque **«El que es de Cristo es una criatura nueva: lo antiguo ha pasado, lo nuevo ha comenzado»**

Lo nuevo es descubrir y conocer el corazón de Dios-Padre. Saber que su corazón de Padre sufre cuando estamos alejados, física o afectivamente de Él. Reconocer que su perdón **“siempre”** lo hemos alcanzado, **“siempre”** lo obtenemos y **“siempre”** nos lo concederá porque estamos **“siempre”** presentes en su corazón de Padre-Dios. La novedad es encontrar y disfrutar de ese amor de Dios-Padre.

La parábola del **hijo pródigo**, quizá es la parábola más meditada y en cada meditación nos sugiere algo nuevo: unas veces nos fijamos en el hijo pequeño: *egoísta, calavera y abusón*, que malgasta su hacienda y tras pasar algunas calamidades y penurias, arrepentido, decide volver a la casa de su padre. Otras veces miramos al hermano mayor: *inmovilista, rencoroso, envidioso* y no menos *egoísta* que el pequeño, que atrincherado en una mentalidad de justicia distributiva e insoportable “poseedor de derechos”, se encuentra como enjaulado en la ley. La verdad es que no hay gran diferencia entre ellos.

La auténtica figura, sin duda, es la del padre. Mientras el hijo pequeño habla de *pecados, amarguras y merecimientos* y el hijo mayor de *novillos, cabras y bueyes*; de lo *justo* y de lo *injusto*. El padre no ve el lenguaje de la ley. Él se coloca en una perspectiva de gratuidad y sólo piensa en el lenguaje del **amor**, del **perdón**, de la **misericordia** y de la **ternura**.

Sin embargo, a la parábola, a pesar de su gran enseñanza (aparentemente) le falta un **“final feliz”**. El padre al recobrar al hijo que creía perdido, le ha podido ofrecer, junto con su amor, un ternero cebado, un anillo, el mejor traje, unas sandalias... Pero no ha podido ofrecerle la acogida del hermano mayor. No estaba a su alcance y, sin embargo, **qué hermoso hubiera sido poder ofrecerle, también, al hijo recobrado, el bondadoso perdón de su hermano mayor.**

DOMINGO QUINTO DE CUARESMA

1ª lectura: (Isaías 43,16-21): *Mirad que realizo algo nuevo.*

2ª lectura: (Filipenses 3,8-14): *Todo lo estimo como pérdida comparado con Cristo.*

Evangelio: (Juan 8,1-11): *El que esté sin pecado, que arroje la primera piedra.*

Una realidad que nadie pone ya en duda es: que no existe una solución “**Standard**” que nos ayude a resolver todos los conflictos que las diversas situaciones de la vida nos presenta, lo mismo que no hay una respuesta “**general**” que sea válida para cualquier interrogante y en todos los casos (lo que fue válido ayer, hoy a quedado obsoleto y no sirve) «*¿No recordéis lo de antaño, no penséis en lo antiguo; mirad que realizo algo nuevo; ya está brotando, ¿no lo notáis?*» (Isaías 43,18). Ni podemos pretender y esperar que venga alguien a tomarnos de la mano para revelarnos el procedimiento indicado para solventar cada cuestión.

Debemos ser conscientes de nuestro compromiso en la vida, y, en cuantas ocasiones se nos presenta un problema, mirarlo de frente, estudiarlo responsablemente, meditar las distintas opciones conducentes a una solución, después reflexionarlas, y por último y en conciencia, intentar obrar lo más justo y rectamente posible. Pero si en ese “**problema**”, interviene o concierne a una “**persona**” conviene tenerlo muy en cuenta, para no utilizar simplemente los términos comerciales de “**pérdidas y ganancias**”, recordando que Jesús no vino a “**condenar**” sino a “**salvar**”, y utilizar la doctrina del perdón que Él nos enseñó.

Esta doctrina (del perdón) toma cuerpo en este pasaje que nos relata el Evangelio. Los escribas y fariseos traen ante Jesús a una mujer sorprendida en adulterio. La ley invocada por los acusadores es contundente y clara: «*Si uno comete adulterio con la mujer de su prójimo, los dos adúlteros son reos de muerte*» (Levítico 20,10). «*Si sorprenden a uno acostado con la mujer de otro, han de morir los dos: el que se acostó con ella y la mujer. Así extirparás la maldad de ti*» (Deuteronomio 22,22). Según la ley esa mujer ha de morir apedreada. Pero Jesús ha venido a cumplir la ley perfeccionándola desde las exigencias del amor y, según esta nueva perspectiva, esa mujer debe vivir.

Existen estructuras de pecado pero no coaccionan a nadie a ser pecador. «**Existe el pecado personal y para ese pecado siempre es posible el perdón**». El proceder de Jesús nos recuerda el de Daniel en el caso de Susana (Daniel 13,1-64) o el juicio de Salomón sobre la verdadera madre de un niño (1º Reyes 3,16-28). Jesús, inclinándose, escribía con el dedo en el suelo. **¿Quizás para negarse a dar una respuesta?** o para significar que **¿también nuestros pecados pueden ser borrados como lo escrito en la arena?** Quizás nos quiere dar a entender que, más que a la letra, hay que atender al espíritu analizando las situaciones reales. La respuesta de Jesús es sumamente instructiva.

Nos está diciendo que toda ley tiene que tener y en toda norma debemos ver:

- **QUÉ TENGA UN PRINCIPIO DE IGUALDAD.** Le traen una mujer **¿no son dos los que pecaron, dónde está el hombre?** No podemos ni debemos establecer dos distintas moralidades: una permisiva para los fuertes que pueden permitírselo todo y otra rígida para los débiles a los que no se les tolera nada.
- **QUÉ TENGA UN PRINCIPIO INSPIRADO EN EL AMOR.** Debemos distinguir entre pecado y pecador, falta y persona. El mal no puede justificarse, la persona es un valor que debe ser rescatado. «*Tratad a los demás como queréis que ellos os traten*» En la pequeña parcela de nuestro mundo individual, tendemos cada uno, a ser indulgentes con nosotros mismos hasta el exceso y duros, hasta la saciedad con los demás.
- **QUÉ TENGA UNA NORMA DE CONDUCTA.** Tenemos que exigir firmeza ante el error, que debe ser eliminado y poner comprensión y estima para el que se equivoca y al que debemos ayudar.

La fe cristiana tiene en el Bautismo y Reconciliación dos formas eminentes de perdón. Son formas personales de reconocimiento de la culpa y aceptación del perdón. **Dios, Padre misericordioso, no condena nunca.** Son los demás o nuestros propios miedos quienes nos condenan.

Jesús a la mujer le dice: «*Yo no te condeno. Anda, y en adelante no peques más*» No trata de minimizar su falta porque el pecado existe. No es una declaración de inocencia; no es una sentencia exculpatória sino absolutoria. Condena el pecado y absuelve al pecador. Regla de oro y principio de orientación práctica de nuestra conducta, porque vincula el perdón del pasado pecado, con el futuro de una vida nueva. Y Jesús sentencia: «*El que esté sin pecado, que le tire la primera piedra*» e inclinándose otra vez, siguió escribiendo.

SEMANA SANTA

DOMINGO DE RAMOS ENTRADA TRIUNFAL EN JERUSALÉN

La celebración de este Domingo de Ramos con la bendición de las palmas y las ramas de olivo, así como, la procesión del pueblo que con cantos de júbilo, recibe y acompaña la entrada de Jesús en Jerusalén, sirven de pórtico solemne y ofrecen la posibilidad de una celebración única en el año.

Este júbilo popular se extinguirá pronto, para, sólo unos días después, el mismo pueblo que hoy lo aclama, pida su muerte. El aspecto de triunfo queda recogido en la 2ª lectura que reproduce un antiguo himno de alabanza (Filipenses 2,6-11). El segundo aspecto queda reflejado en la lectura de la pasión.

Semejantes contrastes se repiten en la vida cristiana. Hay en nuestra vida entusiasmo en los días de fe luminosa con titubeos o negaciones en los días oscuros.

En su relato de la pasión, Lucas, subraya de manera específica:

- **JESÚS MUERE COMO VÍCTIMA INOCENTE**, según la declaración oficial de Pilatos: «**NO ENCUENTRO NINGUNA CULPA EN ESTE HOMBRE**», que repite tres veces (23,4. 23,14 y 23,22); y según la confesión del centurión romano «**REALMENTE ESTE HOMBRE ERA INOCENTE**» (23,47).
- **JESÚS VA VOLUNTARIAMENTE A LA MUERTE** como aceptación de la voluntad del Padre: «**PADRE, A TUS MANOS ENCOMIENDO MI ESPÍRITU**» (23, 46).

El evangelista ve y subraya con fuerza la ejemplaridad decidida y firme de llegar hasta el final a cualquier precio.

JUEVES SANTO, EL SACRAMENTO DEL AMOR

Este día, avanzada la tarde, celebramos la «**MISA VESPERTINA DE LA CENA DEL SEÑOR**». Con esta ceremonia comienza el más solemne triduo del año, el **TRIDUO PASCUAL**, en el que celebramos la **Cena del Señor**, su **Pasión**, su **Muerte** y su gloriosa **Resurrección**.

La primera lectura (Éxodo 12,1-8.11-14) describe el ritual de la pascua judía. En la segunda, de San Pablo (1ª Corintios 11,23-26) nos ofrece el relato institucional con el encargo, a todos los cristianos de todos los tiempos, de hacer eso mismo en memoria de Jesús. En este mandato y en los acontecimientos del «**primer día de la semana**» se basa la santificación del «**día del Señor**» con la celebración comunitaria de la Eucaristía, memorial de su pasión y muerte.

En el Evangelio se destaca el **LAVATORIO DE LOS PIES**, ejemplo a imitar por todos los discípulos de Jesús por cuanto significa servicio por amor, simbólicamente expresado en el rito que se hace en muchas parroquias. En este día institucional queda expuesto el Santísimo a la adoración de los fieles en una capilla lateral.

VIERNES SANTO, ENTREGA GENEROSA

La lectura de la **PASIÓN** según San Juan, llena una parte importante de la liturgia de este día. Debería llenar también una parte importante en nuestra vida de creyentes. Se puede meditar concentrando la atención en lo dolorosa y cruel que fue la Pasión, intentando descubrir en cada paso, en cada gesto, en cada dolor, en cada palabra... un signo de la voluntad del Padre que Jesús quiso cumplir.

En este día prevalece la **ADORACIÓN DE LA CRUZ**. No es la cruz el contenido único del mensaje cristiano, pero sí es punto de convergencia y su mejor resumen, a condición de entenderla bien como la entiende San Juan. Para el evangelista, la hora de la cruz es la hora de la exaltación y glorificación de Jesús que con su muerte vence a la muerte.

Por eso es la señal del cristiano, y cargar con la cruz es condición del seguimiento de Jesús, entendiendo y subrayando bien que la cruz del cristiano no la forman dos palos cruzados y vacíos que nada pueden decir, sino el divino crucificado que de esos palos cuelga, si bien es verdad que no hay posibilidad de un crucificado sin una cruz que le sustente.

Cargar con la cruz no significa sufrir por sufrir. Llevar la cruz para el cristiano, significa todo el esfuerzo que cada uno acepta o voluntariamente se impone, «**por amor**», para ser fiel a la voluntad de Dios que tanto nos ha amado y nos ha demostrado ese amor en Jesús.

Se entiende mal la cruz cuando se la mira al revés y sólo permite ver dos palos cruzados. Hay que dar la vuelta a la cruz y ver al Crucificado que en ella pende y entonces todo cambia de sentido. La cruz tiene un palo vertical en dirección a Dios y otro horizontal que cobija a todos los hombres. Jesús, **con su sangre**, es el mediador y

reconciliador de los hombres con Dios. Porque nadie fuera de Jesús puede prometer con verdad: **«HOY ESTARÁS CONMIGO EN EL PARAISO»**

VIGILIA PASCUAL, ALELUYA, RESUCITÓ

La **SOLEMNE VIGILIA PASCUAL** es el momento cumbre de la liturgia de todo el **Triduo Pascual** y el centro del año eclesial. **No lo es la misa del domingo de Pascua**. Antiguamente no había misa en este domingo porque la celebración de la Vigilia se prolongaba hasta bien entrada la mañana del domingo.

En esta solemne Vigilia se dan cita y actualizan los grandes temas y momentos de la Historia de la Salvación. Las promesas se hacen realidad, los símbolos dan paso a lo simbolizado. Quizá no es posible un resumen mejor ni más audaz que el que se encuentra en el **Pregón Pascual** (Exulten los coros de los ángeles).

Las lecturas, van saltando de acontecimiento en acontecimiento cumbre de la **Historia de la Salvación**, para dejar más en claro a los neófitos y a todos los participantes en qué consiste, exactamente, el morir a la vida vieja para nacer a la nueva creación.

La cruz adorada el viernes es colocada ahora en lugar bien visible y preferencial **«ES EL SIGNO DE LA SALVACIÓN»**. Con el **cirio** que simboliza al Resucitado y con la fecundación de las **aguas bautismales** comienza la nueva vida, la **nueva creación**. Este triunfo de la vida en el Resucitado lo celebramos durante cincuenta días **«COMO SI FORMARAN UN SOLO DOMINGO»**.

Dos veces al año celebramos la alegría de una noche santa:

1. En **NOCHEBUENA** oímos el mensaje angélico: **«OS ANUNCIO UN GRAN GOZO. OS HA NACIDO EL SALVADOR, EL MESÍAS, EL SEÑOR»**. El Salvador que nos nace en Belén para morir en el tiempo en Jerusalén.
2. En la **VIGILIA PASCUAL** escuchamos el mensaje de otro ángel: **«¡¡¡ALELUYA!!! EI SEÑOR HA RESUCITADO. ¡ID A ANUNCIARLO!»**

SEMANA SANTA

VIVIR CON PASIÓN o VIVIR LA PASIÓN

A lo largo de la Semana Santa, al igual que en muchos pueblos y ciudades de nuestro entorno, paseamos por nuestras calles las imágenes doloridas de la pasión y muerte de nuestro Señor Jesucristo. En otros lugares, la gente del pueblo, representa escénicamente el drama de la pasión y otros rituales ancestrales que atraen visitantes y son calificados como de **“interés turístico”**. Esta atracción, medida por el número de participantes activos (Las largas filas de encapuchados) y también pasivos (la gente que sale a la calle a ver pasar los pasos) en las procesiones, no tienen correspondencia con la participación en las celebraciones litúrgicas de nuestras parroquias y de otros templos de la ciudad.

Bien es verdad que, de unos años a esta parte, ha aumentado el número de personas y de grupos que en estos días se retiran a monasterios y a otros lugares de descanso para celebrar, reflexionar y compartir la vivencia de este misterio central de nuestra fe: **la Muerte y la Resurrección de Jesús**. Las comunidades cristianas eclesiales, desde el comienzo de su existencia, trataron de celebrar este acontecimiento salvífico desde el acontecer de la vida cotidiana de cada creyente y de cada comunidad. De ahí la referencia bautismal que tiene esta semana todos los años: **nuestra vida de personas creyentes está para siempre sumergida en la muerte-vida de Jesús, el Hijo de Dios**.

La persona creyente, al modo de Jesús, aparece como diferente a todos los demás, porque vive siempre una vida que no es suya, que no le pertenece; una vida **«eterna»** que nos ha sido regalada por el Padre-Dios en su Hijo, animada y acompañada además con la fuerza y la pasión del Espíritu Santo. Por eso, cuando los creyentes nos tomamos en serio y aceptamos con gozo este regalo, nos sentimos dispuestos a todo: **a vivir nuestra vida a tope, a compartirla con cualquier persona que esté a nuestro lado y a entregarla, si fuera necesario, para que otros tengan la vida digna que merecen por ser hijos de Dios**.

Los habitantes de Jerusalén, que vieron pasar al Maestro montado en un borriquillo, intuían que en esa persona había vida de la buena; además, pronunciaba palabras que salían de un corazón apasionado por los sencillos, por los enfermos, por los niños, por los marginados, por... toda la gente que no era tenida en cuenta y salían de Él gestos sanadores que le llevarían a ser considerado el **Mesías de Israel**. Lo que les resultaría más complicado, como a nosotros, sería comprender que ese título no se lo iban a entregar las autoridades humanas, que tal honor correspondía al mismo Dios, que estaba disponiéndose a realizar la nueva y definitiva Alianza con toda la humanidad. No como la que había hecho con ellos en el pasado.

Es difícil entender el fondo tan importante para nosotros de esta Alianza, si no se conoce la tradición de los pactos de sangre: **«En la antigüedad los pactos se alcanzaban para bien de las dos partes, y su alternativa era la muerte, porque entre dos pueblos, dos grupos o dos familias enfrentadas, si no se establecía un pacto las tensiones terminaban en violencia, en muerte, destrucción y derramamiento de sangre. Por eso, en su celebración, la sangre era un elemento importante. Se recogía, al matar el animal que se sacrificaba, para firmar el pacto y señalar que esa sangre sustituía a la sangre humana que se hubiese derramado en caso de no alcanzar el pacto y una llamada de atención y un aviso de lo que ocurriría si no era respetado, porque de nuevo correría la sangre»**.

En esta nueva Alianza no hay sangre material de un cordero animal. Hay una víctima que nos sustituye a todos. Jesús, en la cima de su madurez personal y su compromiso solidario con la humanidad, acepta la cruz y se coloca en el lugar de todas las víctimas del mundo para acompañarlas y dar sentido de transformación al sufrimiento, un sentido de futuro a la vida, de esperanza a todos y la razón es sólo una, **AMOR**. Jesús nos convoca a aceptar esta Alianza, a continuar la realización de su mismo proyecto dando origen a un nuevo pueblo, una comunidad que quiere aportar una nueva forma de vivir uniendo libertad, justicia, amor y esperanza al árbol de la vida que es la cruz de Cristo.

Abrazar las pequeñas cruces de nuestra vida significa elegir la vida y el amor, resistir a la injusticia, al sistema opresor y creador de desigualdades inhumanas, amar la vida y la dicha para todos para así entender en profundidad y disfrutar la Resurrección.

DOMINGO DE LA RESURRECCIÓN DE CRISTO

1ª lectura: (Hechos 10,34a.37-43): *Nosotros somos testigos.*

2ª lectura: (Colosenses 3,1-4): *Buscad las cosas de arriba.*

Evangelio: (Juan 20,1-9): *Vio y creyó.*

¿Dónde estoy? Al despertar de un profundo sueño, al recuperar la consciencia después de una operación o de un accidente..., nos hacemos esta pregunta porque hay dificultad en orientarnos y hacernos una idea exacta de dónde nos encontramos y en adaptarnos a esa nueva situación. Esta misma pregunta, quizá, se la harían los discípulos después de su dispersión tras la muerte del Maestro. La misma pregunta que debemos hacernos los cristianos del siglo XXI: **¿Dónde nos encontramos, como creyentes, hoy?**

Celebramos juntos, toda la Iglesia universal, la gran solemnidad de la Pascua cristiana: **«JESÚS MURIÓ Y HA RESUCITADO»**. Juan habla de la tumba vacía y este hecho, detalladamente constatado por el evangelista, tiene una importancia capital de la Historia del Cristianismo en sus orígenes. Juan informa con precisión de las primeras horas del primer Domingo cristiano.

Van de madrugada las mujeres al sepulcro y lo encuentran vacío. No piensan en la Resurrección sino en el robo: **«Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto»** (Juan 20,2) y ese dato es el origen de todo. Pedro y Juan corren a examinar el sepulcro y encuentran todo menos el cuerpo. Juan ve, reflexiona, comprende y cree. Creyó porque no le vio: **eso es la fe**. El hecho nuclear de la fe cristiana. **La Resurrección del Señor**, misterio de fe, discutido, analizado, negado y afirmado desde distintas mentalidades y puntos de vista.

Los que lo niegan acuden a hipótesis naturalistas que van desde el robo del cadáver hasta la explicación de una muerte sólo aparente. Los que confesamos nuestra fe en Cristo resucitado entendemos bajo este hecho algo muy distinto de la reanimación de un cuerpo, o de una reencarnación... y afirmamos un hecho debido a la intervención de Dios. Es el hecho de fe fundamental para explicar el sentido de la vida humana.

A pesar de que ya se lo había anunciado: **«Mirad, el Hijo del Hombre va a ser entregado a los sumos sacerdotes y letrados: lo condenarán a muerte y lo entregarán a los paganos, para que se burlen de él, lo azoten y lo crucifiquen; pero al tercer día resucitará»** (Mateo 20,18-19; Marcos 10,33-34; Lucas 18,32-33). Los relatos de los evangelistas prueban que no les fue fácil a los discípulos creer en el hecho. Hay un largo, laborioso y progresivo proceso desde el inicial y obstinado **«no creyeron»** hasta la confesión entusiasta: **«¡Ha resucitado el Señor!»** Y Jesús, glorioso, se hizo visible a los suyos de diversas maneras y en diferentes ocasiones, desde la aparición a María Magdalena y al grupo de mujeres que lo anuncian, a los discípulos de Emáus que la confirman y a los apóstoles que la constatan oficialmente.

Esta es la fe que celebramos los cristianos, de una manera especial una vez al año y cada domingo en la Eucaristía, en donde Jesús se hace presente a nosotros, reunidos en su nombre para conmemorar su muerte y resurrección. La confesión de fe es la misma, aunque el camino recorrido sea muy diferente: son los caminos de la fe. **El de la Magdalena es el amor:** va al sepulcro a llorar, a pensar en la muerte sin esperar en la Resurrección. **“La noche anterior dejaron allí el cadáver y ahora no está.”** Corre desolada anunciando: **«Se lo han llevado»** no ve otra explicación más que el robo del cadáver. Más tarde ve al Resucitado en el huerto sin reconocerle, se siente interpelada por su nombre y es como si la llenara una luz que disipa todas las perplejidades. **Identifica y cree.**

Informados por María, Pedro y Juan corren al sepulcro. Primero llega **Juan** pero no entra. Luego llega **Pedro** que entra el primero en la tumba vacía, ve las vendas y el sudario pero no entiende. Después entra también **Juan**, ve dónde Él estuvo, ve las vendas por el suelo pero a Él no le ve porque ya no está. **Y cree. Juan** llega a la fe por una intuición del corazón. Es el amor, y no la razón, el que mejor puede comprender el misterio de la Resurrección. Pero esta fe no mueve todavía porque queda en el corazón. Los dos discípulos regresan a casa, reflexionan y comprenden las escrituras. Luego las visiones del Resucitado confirmarán esta fe teórica en las escrituras.

A la fe se llega de muy diversas maneras. El camino más universal para llegar a la fe es el de la herencia. Más a la fe se llega yendo a Jesús y la fe se pierde alejándose de Él. La fe comienza siempre por un contacto con Jesús. La fe nace, se conserva y crece en contacto con Jesús Resucitado. **¿CUÁL ES NUESTRA FE?**

DOMINGO SEGUNDO DE PASCUA

1ª lectura: (Hechos 5,12-16): *Crecía el número de creyentes.*

1ª lectura: (Apocalipsis 1,9-13.17-19): *Estaba muerto y ahora vivo para siempre.*

Evangelio: (Juan 20,19-31): *A los ocho días se les apareció Jesús.*

«**Muchas cosas que podrían escribirse no están escritas**» Las apariciones del Resucitado al grupo de apóstoles es un testimonio oficial de la resurrección. Cristo se les manifiesta en forma visible y audible para definirse como Resucitado, principio y fin de todo. En las apariciones se resalta el aspecto de un cuerpo ya no sometido a las leyes físicas de la materia. Como argumento de esta nueva realidad, invita a tocar sus heridas y costado.

Este realismo excluye todas las hipótesis racionalistas de fraude, naturalismo, simbolismo, alucinación o trastorno psíquico colectivo. El incrédulo Tomas cede ante la realidad sin necesidad de palpar y su reconocimiento «**Señor mío y Dios mío**» alcanza cumbres de revelación. Superadas las exigencias sensoriales llega a la convicción “**no racional**” de la fe. Las llagas son pruebas de una realidad, pero ni los ojos ni el tacto son las únicas potencias para el reconocimiento sensitivo. Por eso no es necesario palpar para creer.

Según el pasaje evangélico «**Todo esto se ha escrito para que creáis en Jesús y creyendo tengáis vida en su nombre**». Jesús tras el saludo «**Paz con vosotros**», sopló sobre los discípulos y ese soplo es alusión al principio de la creación (Génesis 2), donde Dios modela al hombre del barro y lo transforma en persona viviente con su aliento.

Los apóstoles se encuentran con el Resucitado, en el inicio de una nueva creación. Jesús repite «**Paz con vosotros**» y sopla sobre los discípulos reunidos en el cenáculo y con su aliento les comunica el comienzo de una nueva vida de reconciliación y de paz mediante el perdón de los pecados. «**Recibid el Espíritu Santo: a quienes les perdonéis los pecados, les quedarán perdonados...**» Porque sin perdón no hay paz.

A partir de este envío, los apóstoles dan un vuelco radical, dejan de ser seres apocados y pusilánimes y se convierten en paladines arrojados y valientes, cambia su cobardía en osadía, y se lanzan a propagar la Buena Nueva del Resucitado, a proclamar a los cuatro vientos un mensaje de paz, de amor y perdón «**Cristo nos deja su perdón como alegre noticia que debe ser anunciada a todo el mundo y se queda misteriosamente entre nosotros como signo de unidad, fraternidad y amor**». Y ya no les importa la persecución, ni el sufrimiento, ni el martirio, ni la muerte.

Su ministerio se centraba en la enseñanza que impartían en el pórtico del templo y esta enseñanza de palabra, la acompañaban con prodigios como prueba de la asistencia del Espíritu. Era un nuevo género de vida, consecuencia de la nueva fe en Jesús, que es el centro de todos los afectos y centraliza todas las miradas. Lógicamente, la unidad de fe exige cierta uniformidad de vida y como la nueva vida era en sí misma un “**signo**”, crecía el número de creyentes que se orientaban al Señor y adoptaban aquel estilo de vida.

Cualquier mínimo acontecimiento tenía eco inmediato en el reducido número de los creyentes de la primitiva comunidad de cristianos. Con diversos “**flash**” se describen, tal vez se idealizan, los rasgos de la primitiva comunidad en Jerusalén: **Bienes en común, comunidad en la oración, unidad de alma y corazones...** En aquella comunidad, el Resucitado ocupaba el centro afectivo, amalgamaba discrepancias y daba sentido a todo en una nueva visión de la vida inspirada en la fe.

En nuestras comunidades numerosas no es así, porque quizá no puede ser. Ni siquiera es posible conocerse bien todos los que nos reunimos a una misma hora, en una misma iglesia, para profesar una misma fe o celebrando una misma eucaristía. Pero una cosa es absolutamente cierta: ninguno de los presentes, conocido o no, debe ser ni resultar extraño para nadie. Porque es un creyente que invoca al mismo Padre, profesa el mismo Credo, persigue los mismos ideales y se nutre del mismo cuerpo de Cristo.

Un “**ideal**” de nuestras celebraciones debería ser conocernos progresivamente mejor porque del conocimiento brota el amor, distintivo de toda auténtica comunidad cristiana; del amor nace el perdón y sin perdón no hay paz y sin paz no hay verdadera vida.

DOMINGO TERCERO DE PASCUA

1ª lectura: (Hechos 5,27b-32.40b-41): *Testigos de esto somos nosotros y el Espíritu Santo.*

1ª lectura: (Apocalipsis 5,11-14): *Digno es el Cordero degollado de recibir el poder y la alabanza.*

Evangelio: (Juan 21,1-19): **Jesús tomó el pan y se lo dio; lo mismo el pescado.**

Si en el evangelio de Juan tenemos un prólogo, que tiene consistencia por sí mismo, no nos debe de extrañar que exista un apéndice final que parezca formar una unidad aparte. El relato de la aparición junto al lago está cuajado de recuerdos, enseñanzas, parábolas, signos... Los discípulos están allí porque el maestro se ha ido y la vida sigue imponiendo sus inaplazables exigencias. Para los apóstoles, la vida exterior es después de Pascua lo mismo que antes de ella: hay que vivir y para vivir hay que trabajar. Pero esta vez el trabajo no da para vivir.

Se trata de un fracaso profesional como en otras ocasiones antes de la Pascua (Lucas 5,1-11). Es evidente que la técnica profesional en el lanzamiento de las redes, conocimiento de mareas y bancos de pesca es inútil para los futuros **“pescadores de hombres”** sin la ayuda del Señor. El relato aúna los dos aspectos: duda y fe, inseguridad y certeza. Los discípulos, tras trabajar toda la noche sin conseguir ninguna captura, están cansados y cuando el Señor desde la playa les hace señas no le reconocen. Después nadie pregunta... ya saben todos que es el Señor.

Este relato sigue el mismo esquema repetido en todas las apariciones: una situación de depresión y desconfianza, una aparición repentina e inesperada, diálogo, reconocimiento, desaparición. Quiere expresar la identificación del Jesús resucitado con el de Nazaret y la firme convicción de que, aun en su nuevo estado glorioso, Jesús sigue vivo en medio de ellos. Pretende introducir a los discípulos en la nueva vida del Resucitado, en su nuevo modo de vivir y de estar presente. Ya no necesita comer, no necesita tiempo para recorrer distancias; aparecer no es llegar ni desaparecer alejarse. Así empieza la Iglesia como grupo de creyentes que se reúnen en nombre del Señor estando Él en medio aunque no visible.

Este juego de aparecer y desaparecer, no conocerle y reconocerle ha encontrado mucho eco y plasticidad en la devoción popular: el niño que pide pasar el río (San Cristóbal); el niño que con un cubito intenta trasvasar todo el mar al hoyo hecho en la arena (San Agustín); el hortelano del campo junto al sepulcro (María Magdalena); el leproso; el mendigo... **¿eran en realidad Jesús mismo y solo reconocido al desaparecer?**

De manera parecida se manifestó Dios a Abrahán en la figura de tres huéspedes que resultaron ser tres ángeles (Génesis 18), y en la conversión de Saulo, Jesús se queja de ser perseguido en la persona de los cristianos (Hechos 9,6). Estos datos conjugados llevan a esta única conclusión: Jesús está en medio de nosotros y tenemos que reconocerle en el niño, en el leproso, en los huéspedes, en los perseguidos... y en las tareas de la vida ordinaria.

La aparición junto al lago, igual que las demás apariciones, describe el proceso interior de la fe: Empieza por una ocupación que termina en fracaso profesional. Las circunstancias –aquí el fracaso– de la vida pueden llevar a la reflexión sobre **el porqué y el para qué** del propio trabajo.

Hay en la vida, vacíos inexplicables que no se pueden llenar. Cuando Jesús pregunta si tienen algo que comer, ellos reconocen su fracaso profesional y obedecen a su voz. Cuando uno se siente necesitado de pan, o cuando saciado de pan, se siente con hambre de **“algo más”** para realizar una vida plena, puede Jesús insinuar la conveniencia de lanzar nuevamente la red a otra parte, practicar nuevos métodos, ensayar nuevo estilo de vida pero haciéndolo en nombre del Señor.

Tres veces pregunta Jesús a Pedro si le ama y la respuesta de éste, hace que le confíe la dirección del nuevo pueblo con la plenitud de poderes. Con esto se establece que en la Iglesia existe un cargo pastoral supremo, un papa, al que se le dice que es piedra y se le promete que quedará atado o suelto todo lo que él ate o desate. Luego se le ordena: **¡Sígueme!** La vida cristiana es fidelidad en el seguimiento incondicional de Jesús resucitado.

La relación de Jesús con los hombres empieza siempre con un «SÍGUEME» No existe programa ni camino previo; no hay un ideal perfilado ni norma escrita a la que adaptarse. Los pescadores se convertirán en «pescados». Y nadie puede llamarse a sí mismo pretendiendo reemplazar esa llamada con otras iniciativas propias. La única pregunta es ésta: «¿ME AMAS?» (H.U.von Balthasar).

DOMINGO CUARTO DE PASCUA

1ª lectura: (Hechos 13,14.43-44): *Nos dedicamos a los gentiles.*

2ª lectura: (Apocalipsis 10,27-30): *El Cordero será el Pastor.*

Evangelio: (Juan 10,27-30): *Yo doy la vida eterna a mis ovejas.*

La imagen del Cordero y la del Pastor van íntimamente unidas. El Pastor no se separa de su rebaño, no se mantiene distante de la grey, hace el mismo camino, afronta los mismos riesgos, comparte la misma vida que sus ovejas en todos los aspectos. No señala el camino desde lo alto, sino que Él se hace camino. No está aislado, sino que es solidario hasta las últimas consecuencias. *«Mis ovejas escuchan mi voz, y yo las conozco, y ellas me siguen».*

- **«CONOCER»**, en el lenguaje bíblico, significa establecer una relación profunda de comunión con una persona. El conocimiento en este sentido, indica una intimidad bajo el distintivo del amor. El Pastor se autodefine como el que **“conoce”** a las ovejas. No genéricamente, sino personalmente, una a una. Cada uno de nosotros, a sus ojos, es un absoluto, no una minúscula parte de un todo.
- **«ESCUCHAR LA VOZ»**, es algo más que escuchar la palabra. Comporta una relación más estrecha. La **“voz”** expresa una llamada. Una invitación con un timbre personal, inconfundible, capaz de hacer **“reconocer”** a la persona amada y provocar una resonancia interior irrepetible en quien la percibe. **«Escuchar la voz»** implica, pues, una ligazón de pertenencia recíproca. Naturalmente en un clima de libertad y espontaneidad, que se traduce en un **“seguir”**, o sea **“adherirse”** al pastor, no con las palabras, ni siquiera con posturas puramente exteriores sino con la conducta y la vida en su totalidad.

La fe viene por el oído (Romanos 10,17). Así, pues, **“escuchar”** es aceptar la Palabra y esta **«PALABRA»** es Jesús y **«nadie puede ir a Él si no es atraído por el Padre»** (Juan 6,44). El Padre atrae a todos pero la decisión es libre. **“Seguir”** es ir detrás de alguien en fidelidad confiada y adhesión dinámica, mucho más que un problema especulativo o una investigación de laboratorio. Es comprometerse con Él y por Él.

Jesús se define como el **«BUEN PASTOR»** y sobre todo se identifica con el Padre (de ahí la acusación de blasfemia). El concepto de **“buen pastor”** comporta: conocimiento mutuo, dependencia, seguridad en el seguimiento. Las ovejas pertenecen al Padre, dueño de todo. El Padre se las da al Hijo y ambos las guardan. Estando Padre e Hijo identificados, tienen una misma naturaleza, unidad de bienes y de acción. Puede haber gente ajena que pretende arrebatar las ovejas. Pero el Pastor no lo permite: **«Nadie las arrebatará de mi mano»** Ni siquiera la muerte las logrará **“separar”**, nada logrará romper ese nexo de unión, porque la vida que el Pastor da a sus ovejas es la **“Vida”** definitiva.

En una sociedad plural como la nuestra hay necesariamente también pluralidad de voces y donde hay muchas voces, suele haber también alboroto y confusión. Hay muchas voces que prometen **“lo mejor”**: la verdad es ésta..., el camino es éste..., la vida está aquí... Son promesas de la vida comercial, política y social, que luego, ofertan toda clase de productos incluso religiosos y morales, ideas buenas, ideas contradictorias, ideas perversas, que no son precisamente las mejores para la vida social, familiar y privada. Todo el que anuncia algo lo hace con la pretensión de estar anunciando lo mejor, y, aunque lo diga convencido y esté persuadido de ello, no se puede garantizar siempre, que no incluyan bastardos intereses, sobre todo económicos.

No todas esas voces se parecen a la voz de Jesús. En medio del griterío de tanta oferta novedosa, de tantas opiniones diversas y encontradas, resulta o puede resultar complicado distinguir la voz de Jesús que llama a su seguimiento con la oferta de protección y plenitud de vida. Es necesario, tal vez más que nunca, un fino discernimiento para percibir, distinguir y reconocer su voz, qué es lo que se anuncia y ofrece, y cual es la oferta o contraoferta de Jesús.

Jesús, **«EL CORDERO DE DIOS»**, el **«BUEN PASTOR»**, que nos ama y nos conoce personalmente, promete vida y salvación y garantiza su presencia protectora entre los suyos con su nueva manera de estar y aceptarle conlleva un cambio de vida desarrollando especialmente la dimensión interior, la espiritual. Creer es dejarse conducir por el otro. El que conduce es Dios que deja oír su voz. Esa voz que es invitación a un intercambio de obras entre Dios y el hombre interpelado. Una fe sin obras es fe muerta y cuando las obras se debilitan peligra la fe.

DOMINGO QUINTO DE PASCUA

1ª lectura: (Hechos 14,21b-27): *Contaron lo que el Señor había hecho por medio de ellos.*

2ª lectura: (Apocalipsis 21,1-5a): *Dios enjugará las lágrimas de sus ojos.*

Evangelio: (Juan 13,31-33a.34-35): *Os doy un mandamiento nuevo.*

Una novedad radical nos describe hoy el Apocalipsis: *«Yo, vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra han pasado, y el mar ya no existe»*. La total renovación de las cosas representa la realización de la profecía de Isaías (65,17ss). *«Y vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén...»*. En vez de Babilonia, la ciudad rebelde y orgullosa, reducida a un cúmulo de ruinas humeantes, está la nueva Jerusalén, *«...que descendía del cielo, enviada por Dios»*. la nueva morada es don divino. *«Esta es la morada de Dios con los hombres»*. Dios vuelve a plantar su tienda en medio del pueblo. Y la ciudad santa *«arreglada como una novia que se adorna para su esposo»*. se convierte en signo de la nueva alianza del amor.

El primer gesto que Dios-Esposo realiza con su esposa-Iglesia es el de: **«Enjugar las lágrimas de los ojos de la esposa»**. Expulsando el mal, y borrando los sufrimientos, las angustias, los lutos, los miedos..., y la muerte, o sea, todos aquellos elementos negativos que han agredido a la humanidad. *«Porque el primer mundo ha pasado»*. Con la desaparición de la muerte, las lágrimas ya no tienen ninguna justificación. Y el rostro “**liberado**” del velo de las lágrimas ya puede contemplar a ese Dios que *«no ha creado la muerte»* (Sabiduría 1,13), a ese Dios que, por el contrario, **“ha creado todo para la vida”**. La inaudita novedad de este mundo nuevo es, pues, que la muerte no tiene la última palabra.

La nueva ley es Jesús mismo, como signo elevado que manifiesta y expresa el amor de Dios. Jesucristo es el nuevo comienzo de todo; todo en Él converge, es acogido y restituido al Creador de quien procede. La nueva alianza, que **CRISTO** está a punto de sellar con su muerte y resurrección, contempla una sola cláusula, un solo compromiso decisivo. La nueva comunidad, en su estatuto de fundación, posee un código que se resume en un único mandamiento, que sustituye a la ley antigua: **EL AMOR: «Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros; como yo os he amado, amaos unos a otros»**.

La norma ya no es, como en el antiguo testamento: *«amarás a tu prójimo como a ti mismo»*, sino con el amor mismo de Jesús, o sea, un amor traducido en actitudes, hechos y gestos concretos. En el nuevo mandamiento Jesús no pide nada para Él ni para Dios, sino solamente para el hombre. Sale de nuevo a la luz el hecho de que Dios–Padre no polariza en sí al hombre, ni lo acapara; al contrario, es un dinamismo expansivo de amor universal, cuyas ondas empujan cada vez más lejos. No es un amor cualquiera, es: *«...como yo os he amado»*.

Un amor, pues, creativo (que no mira los méritos de las personas). Un amor que debe llegar hasta dar la vida. Un amor que se traduce en el servicio a los demás (poco antes Jesús ha lavado los pies a sus discípulos). Un amor que elige la debilidad, rechaza cualquier forma de violencia, respeta la libertad, promueve la dignidad, reprueba cualquier discriminación. Un amor desarmado que se revela más fuerte que el odio.

Jesús quiere crear el espacio en que exista el amor, la alternativa a las tinieblas. Quiere que sus discípulos (la nueva comunidad), crean en la utopía: La primera demostración de amor hacia la humanidad consiste en manifestar que la utopía es posible, que Dios es Padre y que los hombres pueden ser hermanos... Por eso, Jesús antes de partir da a su comunidad, que ha de quedarse, un estatuto preciso y una identidad nueva.

No existe empresa humana, ni partido político, ni escuela de pensamiento, ni movimiento artístico o cultural que no tenga bien precisada su identidad, su marca de fábrica, su slogan, sus siglas o su logotipo. Así unos partidarios reconocerán si el orador de turno pertenece o no a tal proyecto político, los clientes sabrán si tal producto pertenece o no a tal firma, si lo que se está adquiriendo es de buena o mala calidad o si el espectáculo que vamos a presenciar es de tal o cual género.

El mandamiento nuevo no sólo constituye el compendio de la ley nueva, sino que se convierte en el distintivo de la nueva comunidad cristiana: *«En esto conocerán que sois discípulos míos, si os amáis los unos a los otros»* (Juan 13,35). Y, este mandamiento nuevo está a disposición de quien pretenda familiarizarse y aclimatarse, ya desde ahora, con *«el cielo nuevo y la tierra nueva»*.

DOMINGO SEXTO DE PASCUA

1ª lectura: (Hechos 15,1-2.22-29): *Hemos decidido, el Espíritu Santo y nosotros, no imponeros más cargas.*

2ª lectura: (Apocalipsis 21,10-14.22-23): *Me enseñó la ciudad santa, que bajaba del cielo.*

Evangelio: (Juan 14,23-29): *El Espíritu Santo os irá recordando todo lo que os he dicho.*

Por medio de símbolos y metáforas se da una descripción de la Iglesia, la ciudad santa bajada del cielo, que constituida sobre el cimiento de los doce apóstoles, es el lugar de encuentro del nuevo pueblo de Dios. Este templo del cuerpo de Cristo es el lugar de cita de Dios con los hombres, del que no está excluido nadie. Como miembros de la Iglesia formamos parte de un pueblo en marcha a través de la historia hacia la patria definitiva, hacia **«la nueva Jerusalén»**, al encuentro con la Verdad plena, que es Dios. En ese largo caminar Jesús es nuestro compañero de peregrinación; Él nos orienta y guía por su Espíritu a través del tiempo y sus tormentas durante todo el viaje.

«*Que no tiemble vuestro corazón ni se acobarde*». Jesús no entiende su despedida como tristeza, porque su “**alejamiento**” es al mismo tiempo “**llegada**” y es mucho más importante la venida que la despedida. «*El que me ama guardará mis palabras, y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él*». Porque esa “**desaparición corporal**” permite la presencia interior e íntima de las tres divinas personas en todos los que le aman. La ida de Jesús es la inmediata llegada de la Trinidad y por ella se convierte, nos convertimos cada uno, en misterio, en templo sagrado y objeto de meditación interior. Si Dios habita en nosotros, nuestra relación con Él debe basarse en la intimidad del amor, y el cumplimiento de sus mandatos procede más de una exigencia interior que de una imposición desde fuera.

Las tensiones dentro de la Iglesia no son ninguna novedad, ya en los primeros años de camino, en la comunidad de Antioquia, siguiendo opiniones personales conforme a la tradición de Moisés, pretendieron imponer ciertas prácticas que no estaban en consonancia con las enseñanzas de Cristo. La circuncisión de los paganos-convertidos era obligarlos a hacerse primero judíos, como condición previa para poder hacerse cristianos. Ello, motivó el Primer concilio. La actuación colegial de los apóstoles, con una gran apertura de miras, sirvió para dar unidad a las discrepancias doctrinales.

Nadie puede estar seguro de estar en posesión de la mejor explicación posible de las palabras de Jesús. La fe y devoción se formulan en dogmas y oraciones pero la verdad de la fe y de la devoción es otra cosa distinta de las fórmulas en que se ha expresado. Hoy, sabemos muchas más cosas que hace unos siglos y dentro de unos siglos sabrán muchísimo más que nosotros. La experiencia enseña que muchas veces no comprendemos todo a la primera lectura, a la primera información o en el primer encuentro. «*El Espíritu Santo, que enviará el Padre en mi nombre, será quien os lo enseñe todo y os vaya recordando todo lo que os he dicho*» Por eso pedimos tiempo para pensarlo. Pero una vez que creemos haberlo comprendido tendemos a proceder de manera exclusivista, resistiéndonos a admitir otras maneras de comprensión.

Hay verdades reveladas que nadie puede alterar: **Dios, la Trinidad, la Encarnación, la Redención...** Las verdades no cambian pero puede cambiar la explicación en otros términos más inteligibles a una época o cultura. Otras verdades no están expresadas tan claramente en la revelación, no están formuladas en definiciones y pudieron pasar algún tiempo inadvertidas. Llega un momento en que se descubren y *parecen* verdades nuevas. La acción del Espíritu Santo nos lleva al conocimiento de la verdad completa, nos hace “razonables” no “racionales” o racionalistas. El Espíritu Santo nos inicia en las cosas del espíritu, nos inicia en las cosas de Dios. El Espíritu Santo no nos hace ni más cultos, ni más lógicos, ni más inteligentes o más astutos. Hay personas con escasa cultura que son maestros en las cosas del espíritu y de Dios. La comunidad “modélica” de Jerusalén no parece que tuviera tiempo ni capacidad especial para elevadas especulaciones teológicas, pero vivía la perfección del amor.

Ser cristiano es seguir a Jesús tras una experiencia interior. El que ha tenido esa experiencia y ha oído la voz interior de Jesús, organiza toda su vida según las exigencias de esa voz y le sigue. Todo cambia. La obediencia se hace amistad, y los mandamientos se convierten en consecuencias del amor. Fue el amor lo que hizo a Jesús obediente hasta la muerte y Él nunca se sintió ni coaccionado ni esclavo sino perfectamente libre. No se es cristiano por creer en Dios sino por creer en el Dios revelado por Jesús, que quiere establecer su morada en el corazón de los que creen. De ahí nace la paz de Cristo que el mundo no puede dar.

LA ASCENSIÓN DE JESÚS

1ª lectura: (Hechos 1,1-11): *Se elevó a la vista de ellos.*

2ª lectura: (Efesios 1,17-23): *Le sentó a su derecha en el cielo.*

Evangelio: (Lucas 24,46-53): *Mientras les bendecía, iba subiendo al cielo.*

Aunque, ahora celebramos esta fiesta en domingo, pertenece a esos llamados: «**Tres jueves hay en el año que relucen más que el sol...**». Cuarenta días separan la ascensión de la resurrección. **¡Cuarenta días!**, número bíblico con simbolismo de plenitud. Cuarenta días fue la duración del diluvio (Génesis 7,12); cuarenta días fue el plazo dado a los ninivitas para su conversión (Jonás 3,4); cuarenta días fue la duración del camino de Elías hasta el Horeb (1º Reyes 19,8); cuarenta días ayunó Jesús en el desierto (Mateo 4,2; Marcos 1,12; Lucas 4,2) y cuarenta días parecen que fueron necesarios para confirmar la fe de los discípulos en su resurrección y en su nueva presencia invisible. Todavía dudaban algunos si sería llegado el momento de restaurar el Reino de Israel.

Todo está concluido. Está redimido el mundo y rescatada la obra del Padre. Está fundada la Iglesia con sus sacramentos y su sacerdocio. El nuevo pueblo de Dios está en marcha hacia la patria, bien provisto de doctrina y alimento. Era necesario este tiempo para completar algunas instrucciones dadas a los apóstoles **“sobre el Reino de Dios”**. Jesús ha concluido su obra y se va. Vuelve al Padre y en un último gesto de despedida, Jesús se aleja bendiciendo. El Evangelio que se debe predicar en su nombre consiste también en bendición **“para el perdón de los pecados”**. Hecho esto desaparece en una nube, signo bíblico de la presencia de Dios.

«Galileos, ¿qué hacéis ahí plantados mirando al cielo?» (Hechos 1,11). El toque de atención es bastante tajante, claro y necesario. Porque no podemos quedarnos ensimismados en nosotros mismos, imbuidos en nuestros sentimientos, complacidos en nuestra satisfacción interior. No podemos apropiarnos de Él, quedándonoslo para nosotros solos. Está claro, tenemos que proclamarlo a los cuatro vientos. Que todo el mundo lo conozca. Es nuestra misión: **«ahora os toca a vosotros»**. Y la conocemos perfectamente, pues Él mismo nos lo dijo: **«Id por el mundo entero pregonando la buena noticia a toda la humanidad. El que crea y se bautice, se salvará; el que se niegue a creer, se condenará»** (Marcos 16,15). Tenemos que anunciar que todo ha cambiado, que en Cristo hemos vencido todos los males, incluso la muerte y que somos llamados a la esperanza. Que con Cristo debemos y podemos afrontar a este mundo hostil llevando la paz, el amor y el perdón.

Esta misión nuestra, solo puede ser animada por la acción del Espíritu. Por eso no comenzará antes de su venida. La Iglesia, reunida por Cristo, tiene necesidad del soplo vital, que le será dado por el Espíritu. **«Juan bautizó con agua, vosotros, en cambio, dentro de pocos días seréis bautizados con Espíritu Santo»** (Hechos 1,5). Sin el Espíritu, no hay vida, no hay fuerza de expansión, no hay capacidad de testimonio. Sin el impulso del Espíritu, la comunidad queda como bloqueada, impedida, imposibilitada para transmitir el mensaje. Solamente el Espíritu **“habilita”** a la Iglesia para presentarse ante el mundo.

Con la Ascensión de Jesús da comienzo el tiempo de la Iglesia y se inaugura el tiempo de la esperanza. En un mundo cerrado en sí mismo, egoísta, limitado por los propios horizontes económicos, satisfechos de sus proyectos, que se contenta con ser **“realista”**, he aquí que aparece un grupito de individuos portadores de la única utopía posible. Un grupo que en medio de la gente, desorientada y harta ya de tantas palabras, se presentan como testigos de la esperanza declarando que **“el cielo no está al otro lado de las nubes, que está aquí. Que no es para mañana, que el cielo es hoy”**.

El mensaje de Pascua es: **«¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo?»** (Lucas 24,6). Y el mensaje de la Ascensión **«¿Qué hacéis ahí plantados mirando al cielo?»**. Mirad a la tierra y desarrollad ahí toda vuestra actividad.

Se trata de la feliz conclusión del camino que Jesús concluyó y que todo humano debe recorrer hasta llegar a Dios. Ni el camino de Jesús ni el nuestro desemboca en la nada, ni en la sombra, ni en el absurdo, sino en la luz y plenitud de Dios. El Señor se va una vez cumplida su misión a prepararnos un lugar, porque donde está Él quiere que también estemos los suyos. No hay muro de separación entre el allí y el aquí, entre el arriba y el abajo. Además, no nos deja solos, no nos abandona: **«mirad que yo estoy con vosotros cada día, hasta el fin del mundo»** (Mateo 28,20).

PASCUA DE PENTECOSTÉS

1ª lectura: (Hechos 2,1-11): *Se llenaron todos del Espíritu Santo y empezaron a hablar.*

2ª lectura: (Romanos 8,8-17): *Bautizados en un mismo Espíritu.*

Evangelio: (Juan 14,15-16.23b-26): *Yo le pediré al Padre que os dé otro defensor.*

Si la Pascua es “**paso del Señor**”, Pentecostés es permanencia y plenitud de la Pascua. Jesús promete el don de su Espíritu como una presencia permanente y dinámica, que interpela a cada uno solicitando decisiones libremente radicales: *«El que me ama guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él»* (Juan 14,24), aunque hoy, como entonces, haya siempre quienes no lo tomen en serio y hasta lo conviertan en motivo de burla.

En el lenguaje humano hay siempre posibilidad de incomprendiones y malentendidos y los que son capaces de comprenderse no siempre son capaces de marchar juntos en íntima colaboración. Sin embargo, estamos hechos para entendernos, para comunicarnos, para hacer cosas en común. La palabra “**espíritu**” significa **aliento, soplo, viento**...y, con ese aliento divino infundió Dios la vida de Adán al comienzo de la Creación; el mismo espíritu de Dios que planeaba sobre las aguas haciéndolas fecundas y el que, más tarde, inspira a los profetas para que hablen en nombre de Dios diciendo: *«ESTO DICE EL SEÑOR»*.

Los discípulos *«estaban todos reunidos en el mismo lugar. De repente, un ruido del cielo, como de un viento recio, resonó en toda la casa donde se encontraban. Vieron aparecer unas lenguas, como llamaradas, que se repartían, posándose encima de cada uno. Se llenaron todos de Espíritu Santo»* (Hechos 2,1...). Y es el **ESPÍRITU SANTO** el que, en el primer Pentecostés, hizo desaparecer las barreras del lenguaje y todas las diferencias basada en la raza, en el estado social, en el origen o el color, todo aquello que nos separaba.

El **ESPÍRITU SANTO** es artífice de **unidad**, pues siendo uno se comunica en la pluralidad de sus dones para manifestación de la grandeza de Dios y para edificación de la Iglesia; nunca para uso arbitrario en beneficio propio. Él crea **unidad** entre los miembros de un mismo cuerpo. La **unidad** dentro del pluralismo es signo de la presencia del **ESPÍRITU** porque su infinita riqueza no puede circunscribirse a formas rígidas ni encerrarse en moldes prefabricados. El **ESPÍRITU** es fuerza y se manifiesta en iniciativas y movimientos dinámicos que surgen para anunciar a Dios en el mundo.

En ese dinamismo pueden mezclarse elementos extraños, pero, al igual que sucede en el cuerpo humano, que cada miembro conserva su propia función y actividad específica en orden a la armonía de la función total. Así, somos *«bautizados en un mismo Espíritu, que nos permite gritar: Abba»*, nosotros, la Iglesia, cuerpo de Cristo en la pluralidad de funciones, testimoniamos la riqueza del **ESPÍRITU** que nos inspira y nos anima. El **ESPÍRITU**, *«don espléndido que ilumina, penetra y colma al hombre»*, no actúa como fuerza anónima sino como el **Espíritu del Padre de Jesús**, que Él nos da como ley interior y principio de una vida nueva en la que no cabe el pecado. Por esa ley interior se hace el hombre firme frente a la letra de la ley, frente al mal y frente a todo lo que le esclaviza.

Toda la vida y actividad de Jesús está conducida por el **ESPÍRITU**. Él, el **ESPÍRITU**, desciende sobre **María** en la Encarnación, sobre **Jesús** en el bautismo, sobre su cuerpo para resucitarlo y sobre la **Iglesia** en Pentecostés. *«Como el Padre me ha enviado, así os envío yo... Recibid el Espíritu Santo»* (Juan 20,21). Llenos de este mismo **ESPÍRITU**, fueron enviados los apóstoles a anunciar el comienzo de la nueva Creación, y, desde entonces, el **ESPÍRITU** ha transformado muchos corazones, ha inspirado muchas formas de vida y ha impregnado muchas estructuras. El Espíritu es quien ha realizado todo aquello que se conoce como “**civilización cristiana**”.

Si esa oferta del **ESPÍRITU SANTO** la hacemos realidad en nosotros, si de verdad recibimos los dones del **ESPÍRITU**, “**todo estará hecho**”. Seremos transformados según el mismo **ESPÍRITU**. Si el **ESPÍRITU SANTO** vive en nosotros, nosotros viviremos como Él y, haremos las obras del **ESPÍRITU**, si nos dejamos guiar por Él.

Ven, ESPÍRITU DIVINO, manda tu luz desde el cielo...

Ven, DULCE HUESPED DEL ALMA, descanso de nuestro esfuerzo...

Entra hasta el fondo del alma, DIVINA LUZ, y enriquécenos...

Reparte tus siete DONES, según la fe de tus siervos...

SALVA al que busca salvarse y danos tu GOZO ETERNO.

Amén»

LA SANTÍSIMA TRINIDAD

1ª lectura: (Proverbios 8,22-31): *Antes de comenzar la tierra, la Sabiduría ya había sido engendrada.*

2ª lectura: (Romanos 5,1-5): *Caminamos hacia Dios por medio de Cristo.*

Evangelio: (Juan 16,12-15): *Todo lo del Padre es mío. El Espíritu Santo lo tomará y os lo anunciará.*

«TRES PERSONAS, DE UNA MISMA NATURALEZA, EN UN SOLO Y ÚNICO DIOS»

Ninguna de las religiones monoteístas no-cristianas: **judíos** y **musulmanes**, acepta este misterio de la **SANTÍSIMA TRINIDAD**, que por lo tanto, viene a convertirse en un distintivo o contraseña teológica de la confesión cristiana. **Es un misterio**, quizá el más profundo misterio de toda nuestra fe. A él podemos llegar, exclusivamente, por la revelación progresiva de su existencia, quedando en el misterio la verdadera esencia de su realidad.

- **“DIOS PADRE” es el principio absoluto de todas las cosas.** Es el **SER** lleno de vida y perfecciones, que tanto amó al mundo, por Él creado, que le entregó a su propio Hijo para salvarlo. Creer en **Dios Padre** significa reconocer y confesar la grandeza de Dios que quiere comunicarnos su vida. En el Antiguo Testamento se revela como Padre que lleva a su pueblo en el corazón, lo libera de la esclavitud, lo protege en los peligros, establece con él una alianza y por amor le envía a su propio Hijo para que le salve.
- **“DIOS HIJO” acepta y asume esa voluntad del Padre.** Vive entre los hombres en comunidad con Él y cumple en todo su voluntad hasta el sacrificio de sí mismo. Creer en **Dios Hijo** es confesar a **Jesús** como el **Hijo de Dios** encarnado para compartir nuestra misma vida temporal en medio de nosotros y así, garantizar nuestra vida eterna. En **Jesús** reconocemos el argumento del amor de Dios.
- **“DIOS ESPÍRITU SANTO” don espléndido enviado a los hombres por el Hijo.** Como garantía de la culminación de su obra redentora en el mundo, Cristo nos envía su Espíritu para la santificación de la **Iglesia** y de los individuos. Creer en el **Espíritu Santo** significa reconocimiento agradecido de la presencia activa de **Dios** en el mundo, que ayuda a hacer realidad la obra de **Cristo** en el presente y estimula la esperanza en el futuro.

Dada la intimidad en la unidad de naturaleza de las tres divinas personas, no puede haber en ellas nada que no sea común. **Jesús** concluyó la obra de la redención, pero no ha concluido la revelación, función reservada a la acción progresiva del **Espíritu Santo**. Hay verdades sólo **“implícitamente”** reveladas, que se hacen revelación **“explícita”** por la acción continuada del **Espíritu Santo** en la vida de la **Iglesia**, especialmente por obra de los concilios.

La grandeza del **misterio** no lo aleja ni excluye de nuestra vida. Al contrario, son precisamente los momentos que más caracterizan y marcan nuestra vida de fe los que más explícitamente se administran en nombre y con la invocación de este **misterio**. Al comienzo de nuestra vida cristiana, el bautismo se nos administra en el nombre del **Padre** y del **Hijo** y del **Espíritu Santo**. En el sacramento de la reconciliación se nos perdonan los pecados en el nombre de la **Santísima Trinidad**, y ese nombre es el que invocamos siempre al comenzar la celebración de la Eucaristía, misterio de fe.

Los creyentes vivimos actualmente este misterio en la **“era del Espíritu”**, como anteriormente otros vivieron la **“era del Padre”** en el tiempo de las promesas y otros vivieron la **“era del Hijo”** en el tiempo de la realización de esas promesas. Pero el conocimiento del **Espíritu** es sólo superficial e inexistente en la mayoría de los creyentes, porque vivir la fe en la actualidad significa ir profundizando en el conocimiento de nuestro mundo interior de fe que es donde actúa el **Espíritu Santo**.

El camino del cristiano, en sus distintas etapas, es un proceso que nos va introduciendo en el **misterio de Dios** en relación con nuestra vida y que proyecta sobre ella su inefable amor. El amor humano tiene muchas formas de expresión, muchos grados y expresiones.

Considerando el **misterio de Dios** como un gran amor con triple rostro, encontramos la respuesta al más radical anhelo de nuestro corazón. Anhelo que nos invita a:

- 1º. **ESTABLECER RELACIONES FILIALES CON DIOS PADRE.** Aceptando y agradeciendo la obra creadora, en la que nosotros estamos, como mejor medio para conseguir el fin último al que se nos destina: **La vida eterna en la plenitud de su gloria.** Él es el **SER** en la plenitud independiente de la vida, del que desciende todo lo bueno, que nos envía por amor a su Hijo para nuestra redención y hace brillar el sol y caer sus lluvias sobre buenos y malos.
- 2º. **ESTABLECER RELACIONES FRATERNALES CON DIOS HIJO.** En su ofrecimiento de colaboración entusiasta para la difusión del Reino. Él nos ha mostrado el gran Amor que nos tiene el Padre y nos ha enseñado a comunicarnos con Él llamándole **“Abbá”**. Él es nuestra Luz, Él es nuestra Verdad, Él es nuestro Camino, Él es nuestra Puerta de acceso al Padre y Él es nuestro inseparable compañero de viaje.

3°. ESTABLECER RELACIONES DE INTIMIDAD DÓCIL Y ACTIVA CON DIOS ESPÍRITU SANTO.

Para un mejor conocimiento de Dios a través de las comparaciones en que se nos revela. Él nos da sus dones para que entendamos y comprendamos la voluntad de Dios con nosotros. Él nos ayuda a que demos los frutos esperados. Él es el alma de la Iglesia, el dulce huésped de alma, por su acción nos amamos los unos con los otros y el que puede realizar la obra de nuestra santificación.

Y así, poco a poco, nuestro camino de cristianos, seguirá su proceso y nos irá acercando, paso a paso, al **misterio de Dios** y su proyecto de amor destinado para nosotros: sus hijos.

CORPUS CHRISTI

1ª lectura: (Génesis 14,18-20): *Melquisedec ofreció pan y vino.*

2ª lectura: (1ª Corintios 11,23-26): *Cada vez que coméis este pan anunciáis la muerte del Señor.*

Evangelio: (Lucas 9,11b-17): *Comieron y se saciaron.*

“*Melquisedec*” nombre que significa “*Sedec es mi rey*”, parece haber sido un modesto rey de una población cananea llamada **Salén** (país de la paz) y sacerdote de “*Elyon*”, considerada como la mayor divinidad entre los cananeos. Cuando Abrahán regresa victorioso de la campaña emprendida para liberar a su sobrino Lot, Melquisedec sale a su encuentro y le ofrece los dones del pan y el vino, más dones de hospitalidad que materia de sacrificio.

Pablo, en su carta a los hebreos, al nombre de este personaje le da el significado de “**rey de justicia y paz**”, y añade misterio al misterio diciendo que no tenía padre ni madre, y sobre todo el misterio de este pasaje, Pablo ve la lectura cristiana de una prefiguración del sacerdocio sumo de Cristo, y el pan y el vino como preludios de la Eucaristía.

Ante el ruego de los apóstoles: «*Despide a la gente; que vayan a las aldeas y cortijos cercanos a buscar comida, porque estamos en descampado*» (Lucas 9,12). Jesús responde: «*Dadles de comer vosotros*» (Lucas 9,13). Con gran sentido de la solidaridad un joven puso los cinco panes y los dos peces que tenía a disposición de todos, los apóstoles pusieron sus personas y el Señor puso su poder. «*Comieron hasta quedar satisfechos todos, y recogieron doce cestos de sobras*» (Lucas 9,17). La reflexión sobre el “**milagro de los panes y los peces**” se puede hacer a diferentes niveles y orientar nuestro pensamiento en distintas direcciones. Se puede ver primero un signo, una prueba del poder sobrehumano de Jesús y de su amor, puestos ambos a disposición de los necesitados: “**me da pena de esta gente porque tienen hambre y pueden desfallecer en el camino**”.

Se puede establecer legítimos paralelismos con el maná del desierto, sacando como conclusión la limitación del hombre, necesitado y dependiente de la providencia amorosa de Dios. **¿Hay en el maná un preámbulo de eucaristía?** Los israelitas en el desierto no murieron gracias a que comieron aquel pan del cielo. «*Mi Padre es quien os da el verdadero pan del cielo, porque el pan de Dios es el que baja del cielo y va dando vida al mundo... El que se acerca a mí no pasará hambre y el que tiene fe en mí no tendrá nunca sed*» (Juan 6,32...) Y con el pan de su cuerpo sigue alimentando Jesús en todo el mundo a miles y millones de hambrientos de vida eterna a lo largo de las etapas por el desierto de la vida: «*Yo soy el pan vivo bajado del cielo: el que coma de este pan vivirá para siempre. Pero, además, el pan que voy a dar es mi carne para que el mundo viva*».

La víspera de su Pasión celebró Jesús la Pascua con sus discípulos. Tomó el pan y el cáliz, lo bendijo, y se lo dio diciendo: «*Tomad y comed...*», «*Tomad y bebed...*» Después de distribuirles el pan y el vino les dijo: «**Haced esto en memoria mía.**» Jesús se fue y los cristianos tenemos que seguir repitiendo su memorial y distribuyendo el pan de su cuerpo a los hambrientos de espíritu, así como el pan material a quienes van sin comer y que **pueden desfallecer de hambre en el camino.**

Vivimos en un mundo donde millones de seres humanos se acuestan sin probar bocado y ante ese hecho real, **¿cómo nos sentimos?** Podemos optar por la decisión más fácil y cómoda, desentendernos del problema y despachar a los hambrientos con un **¡Dios te ampare!**, para que se busquen su vida como puedan o sentirnos como los apóstoles, sin medios suficientes. El problema del pan y de “**las mesas**” es desde antiguo un problema de la Iglesia. Y puesto que no sólo de pan vive el hombre, el problema se bifurca en la manera de dar de comer al cuerpo y al espíritu: al cuerpo organizando las mesas por medio de todas las instituciones benéficas y exigiendo a los poderes públicos una mejor distribución de los bienes; y al espíritu exponiendo adecuadamente la **Palabra de Dios** y completando las enseñanzas con la distribución del **pan de vida de su Cuerpo.**

Jesús se fue y volverá de nuevo. Y entre ambos acontecimientos queda el tiempo de la Iglesia, cuya misión consiste en hacer llegar a todos los hombres las enseñanzas y el pan de Cristo. Es nuestra fe y nuestra tarea. Mientras, Él permanece en su Iglesia con una presencia que es simultáneamente futuro, presente y pasado:

- Es **FUTURO**. Porque está aquí como expresión de fe y esperanza ya que celebramos la Eucaristía como **anuncio de la Muerte y Resurrección del Señor hasta que vuelva.**
- Es **PRESENTE**. Porque asumimos el compromiso de propagar la buena noticia del amor de **Dios-Padre** y conformar el mundo según el pensamiento de Jesús.
- Y es **PASADO**. Por el recuerdo que mantenemos, pues la Eucaristía tiene detrás una historia muy larga y cada vez que la celebramos, cumplimos el mandato de Jesús: **HACED ESTO EN MEMORIA MÍA.**

DOMINGO XI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura: (2º Samuel 12,7-10.13): *El Señor perdona tu pecado.*

2ª lectura: (Gálatas 2,16.19-21): *No soy yo, es Cristo quién vive en mí.*

Evangelio: (Lucas 7,36-8,3): *Sus muchos pecados están perdonados porque tiene mucho amor.*

¿ESTÁ LA SALVACIÓN EN LA FE O EN LAS OBRAS DE LA LEY?

Esta duda teológica que inquietaba ya a la comunidad de Galacia, es la misma cuestión que atormentó a Lutero y que fue discutida hasta producir el desgarrón de la Iglesia. Sin embargo, a Pablo, no parece ocasionarle ninguna duda: **«La salvación consiste en la fe en Cristo Jesús y no en las obras de la Ley»**. Por el bautismo se muere a la Ley para renacer en Cristo como nueva criatura de la gracia configurada y crucificada con Él. La vuelta a esas prácticas de la Ley equivaldría a negar el valor de la redención de Cristo. Porque es más fácil esclavizarse a fórmulas legales que vivir intensa y libremente el don gratuito de Dios.

Durante mucho tiempo, sobre todo en el Antiguo testamento, se pensó que los hijos debían cargar con las responsabilidades de los pecados de los padres. Jesús nunca esquivaba el trato con los pecadores. Tampoco aprobaba ni seguía el criterio de las normativas legales que separaban simplistamente los pecadores a un lado y los justos a otro; gustaba incluso, a veces, de dar un rodeo en su camino para facilitar encuentros con personas necesitadas, por eso, alternaba y comía con pecadores y utilizaba las escenas de banquetes como telón de fondo para sus enseñanzas morales.

En este relato de Lucas, aparecen tres primeros planos de personas con rasgos bien definidos: Un fariseo rico, bien conocido, llamado **Simón**; una mujer pecadora, bien conocida, llamada **Magdalena**; y un **rabí**, maestro bien conocido, llamado **Jesús**. Cada una de estas tres personalidades, encarna una conducta diferente. Simón y Jesús discrepan, fundamentalmente, en la interpretación de la ley, y como consecuencia, en la valoración de la persona. Simón es partidario de la observancia de los detalles legales, guardando las debidas distancias respecto a los pecadores porque son impuros y por lo tanto intocables. Jesús ve, primero y por encima de todo, a la persona, no hace ascos de nada y se deja lavar los pies por una conocida pecadora.

No es lo exterior lo que mancha al hombre sino lo que sale del corazón **«Tus pecados están perdonados»** y el corazón de aquella pecadora ha sido purificado. Jesús, con su invocación absolutoria, llama a esta mujer de la muerte del pecado a la vida del espíritu y esto significa que entre Dios y esa mujer ya no hay barreras ni distancias, que esa mujer está libre del lastre del pasado y que el pasado ya no configura su futuro. **Magdalena** (al igual que el **Hijo Pródigo**), es un símbolo más que una historia. Es un gran corazón enamorado de la vida, con gran capacidad, por tanto, para ir a Dios que es amor y vida; aunque al mismo tiempo, también sea un riesgo, porque el amor, es una fuerza tan grande que puede conducir al heroísmo o a la perversión, igual que el agua que es capaz de fecundar o de arrasar, o el fuego apto para calentar o para producir incendios. Hay sin duda muchos más corazones desorientados que perversos y hay que agradecer y temer el don de la libertad.

«¿Ves a esta mujer?», - preguntó Jesús al fariseo. Naturalmente, desde el principio había visto Simón con recelo a aquella mujer y había condenado duramente su historia y su pasado de escándalo. Jesús también la ve, pero para Él cuenta más el presente que el pasado. Sobre esta mujer pesaba una larga experiencia de lucha por la vida y la felicidad no encontrada. Es una buscadora, una inquieta mujer en busca de la vida. Había oído hablar de Jesús y, según sus informes, quizá Él y nadie más que Él, podía darle lo que ella buscaba. Se desencadenó la lucha en el campo de su corazón. De una parte el miedo y el lastre del pasado; de otra la esperanza y lo mejor de sí misma. **La naturaleza y la gracia**. Venció la gracia y marchó decidida al encuentro con Jesús. Lo demás ya nos lo explica Lucas: un **encuentro**, un **perdón**, una **liberación**, y, una **vida nueva y feliz**.

Cristo es esencialmente libertador. **¿Pero hay muchos seres verdaderamente libres?** Quizá no somos tan libres como pensamos o creemos. Bajo una libertad incontrolada pueden esconderse cadenas de esclavitud. No es lo mismo libertad que libertinaje. Pablo proclama que el pecado es una esclavitud. Y Jesús declara: **«El que comete pecado es esclavo del pecado»**. La parábola del Hijo Pródigo y la historia de Magdalena pueden ser buen argumento. Todo el mundo es libre pero nadie es independiente. El Pródigo sólo fue libre después de regresar a casa y Magdalena sólo después de su encuentro con Jesús, en casa del rico Simón y con ocasión de un banquete.

LA NATIVIDAD DE JUAN BAUTISTA

1ª lectura: (Isaías 49,1-6): *Tú eres mi siervo, de quien estoy orgulloso.*

2ª lectura: (Hechos 13,22-26): *Viene uno detrás de mí a quien no merezco desatarle las sandalias.*

Evangelio: (Lucas 1,57-66.80): *Él pidió una tablilla y escribió: „Juan es su nombre..*

«Y A TI, NIÑO, TE LLAMARÁN PROFETA DEL ALTÍSIMO PORQUE IRAS DELANTE DEL SEÑOR A PREPARAR SUS CAMINOS» (Lucas 1,76...)

Celebramos este año la natividad de san Juan Bautista que, al caer en domingo, prevalece litúrgicamente al correspondiente del Tiempo Ordinario. De la importancia de este personaje, nos da una clara imagen el que, aunque, la Iglesia celebra siempre a los santos el día de su muerte o sea el de su nacimiento a la vida eterna, dentro de la liturgia celebra solamente la natividad de tres personas, porque los tres nacieron en gracia.

Estas tres únicas natividades son: la de **Jesús, Hijo de Dios**, el Mesías, el Señor, nuestro Redentor; la de **María su Madre**, Inmaculada y preservada de toda mancha y la de **Juan Bautista**, el precursor, que fue santificado en el seno de su madre. Cuando María acudió a visitar a su prima Isabel, esta llena de Espíritu Santo, a voz en grito, dijo: *«¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre! ¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor? En cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre. Y ¡dichosa tú, que has creído! Porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá»* (Lucas 1,42).

Zacarías, su padre, sacerdote recto a los ojos de Dios, rogaba al Altísimo pidiéndole un hijo. Cuando el ángel le anunció que su ruego había sido escuchado, le dijo: *«Isabel, tu mujer, te dará un hijo y le pondrás por nombre Juan... Se llenará de Espíritu Santo ya en el vientre de su madre... Irá por delante del Señor, con espíritu y poder para reconciliar a los padres con los hijos... y preparándole al Señor un pueblo bien dispuesto»* (Lucas 1,14...) y, cuando el desconfiado Zacarías le pidió “**garantías**” fue castigado a permanecer mudo hasta cumplirse el acontecimiento.

«Una voz grita: En el desierto: preparadle un camino al Señor; allanad en la estepa una calzada para nuestro Dios; que los valles se levanten, que montes y colinas se abajen, que lo torcido se enderece y lo escabroso se iguale. Se revelará la gloria del Señor y todos los hombres verán la salvación de Dios» (Isaías 40, 3-5). Es curioso que quien había de convertirse en el portavoz de la **PALABRA** se forma en el silencio. Su padre, permanece mudo hasta el momento de su nacimiento y, mucho antes de iniciar su cometido, Juan se retira a la soledad del desierto para, en el silencio, ser educado por Dios. En ese silencio, Juan reconoce que toda su vida está al servicio de Jesús.

Que el nacimiento de Juan sea conmemorado cuando los días disminuyen (el 24 de junio) y el de Jesús cuando comienzan a aumentar (el 24 de diciembre), conlleva un significado simbólico. Es normal que la claridad de Juan disminuya para que la de Jesús aumente. Cuando la muchedumbre lo tomaba por el Mesías en razón de sus muchas virtudes: *«¿Eres tú el que tenía que venir?»* Juan, revela él mismo el secreto de esta diferencia. *«Para que Él crezca es necesario que yo mengüe»* La humildad de Juan nace del conocimiento profundo del Señor. *«Yo bautizo con agua; entre vosotros está ése que no conocéis y que viene detrás de mí; yo no merezco desatarle la correa de la sandalia»* (Juan 1,27). Él, se conoció a sí mismo conociendo a su Señor.

Nadie está aquí por casualidad. Existimos porque Dios nos ha amado. Dios siempre tiene un plan para cada una de sus criaturas, plan al que estamos predestinados y que conseguiremos siempre y cuando seamos dóciles y fieles a sus designios; ese plan lo vamos descubriendo, poco a poco, en nuestro interior, conforme nos vamos configurando con las enseñanzas de su Evangelio y las directrices con que el Espíritu, día a día, nos va transformando.

Ciertamente que nuestra vida no va acompañada de hechos tan extraordinarios como los que acompañaron el nacimiento de Juan, pero, igualmente, podemos leer en nuestra historia personal, múltiples indicios por los que el Señor nos va indicando un camino, solamente tenemos que estar atentos a ello. Cualquier conocimiento que deseemos tener de la voluntad de Dios sobre nuestra vida es imposible alcanzarlo sin el silencio interior. **Queremos saber qué hacer, pero no estamos dispuestos a dedicar tiempo de silencio para escuchar la voz de Dios.**

DOMINGO XIII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura: (1º de Reyes 19,16b.19-21): *Eliseo se levantó y marchó tras Elías.*

2ª lectura: (Gálatas 5,1.13-18): *Vuestra vocación es la libertad.*

Evangelio: (Lucas 9,51-62): *Te seguiré a donde vayas.*

De regreso del Horeb para escapar de Jezabel, se da cuenta Elías de que han muerto los profetas y de la gran responsabilidad que tiene por ser el único superviviente. Necesita un colaborador que continúe su misión profética. Encuentra a Eliseo a quien “**invita**” a imitar su género de vida y a quien traspassa su espíritu con el gesto de echarle el manto encima (el manto es expresión del hombre que lo lleva y así, por este gesto, Eliseo recibe el espíritu de Elías). Eliseo responde a la llamada de Elías y como señal de su decisión firme de seguir la llamada superior, quema, no las naves, pero si sus aperos de labranza.

Jesús se dirige a Jerusalén para cumplir allí su destino. También Él, como cualquier ser humano tiene su camino salpicado de incidentes. El camino de Jerusalén pasa por Samaria y los samaritanos vivían tradicionalmente en mala vecindad con los judíos. Recordemos el diálogo de la samaritana con Jesús, junto al pozo de Jacob: «**¿Cómo tú, siendo judío, me pides agua a mí, que soy samaritana?**» (Juan 4,9). De ahí su negativa de hospedaje, ya que van peregrinos a Jerusalén, y eso, equivalía a menospreciar su templo en Garizín. Se trata pues, de un caso de fanatismo religioso: “**rivalidad de culto y rivalidad de templo**”.

Ante esa intolerancia, Santiago y Juan, quieren responder con otra intolerancia de abuso de fuerza. Dan por supuesto que Jesús accederá a usar su poder para mandar bajar fuego del cielo contra ellos, utilizando los antecedentes bíblicos que acaecieron en la suerte de Sodoma y Gomorra (Génesis 19,24), o en el caso de los soldados que conducían preso a Elías, devorados por fuego bajado del cielo (2ª Reyes 1,19...). Lo que Jesús pide no es fuego devorador sino respeto y tolerancia porque ése es el espíritu nuevo que ellos todavía no conocen. La violencia hay que ponerla en el esfuerzo de la voluntad para cumplir las exigencias de la nueva ley del amor.

Jesús, va camino de Jerusalén donde consumará su obra redentora y de camino se le presentan tres candidatos, aparentemente con buenas intenciones de seguirle. Jesús se muestra exigente en sus condiciones porque la necesidad de anunciar el Reino de Dios es urgente. «**Te seguiré a donde tú vayas**», le dice el primero. Jesús pone sordina de reflexión a este entusiasmo inicial, diciéndole que el camino es largo y duro. «**Piensa bien a qué quieres comprometerte – le dice -, porque las aves del cielo tienen nidos pero yo no tengo ni casa ni familia**».

Más adelante ve Jesús a otro, al parecer con manifiestos deseos de seguirle pero sin atreverse a manifestarlo. Y le llama. El interpelado pide una tregua para enterrar a su padre. Pero Jesús no le da tiempo porque, esta expresión no debemos interpretarla al pie de la letra como asistencia al funeral y sepelio, sino como una moratoria indefinida para cuidar de su padre en los años de su ancianidad. La razón de esta aparente intolerancia de Jesús consiste en que «**El anuncio del Reino de Dios es urgente y tiene exigencias radicalmente prioritarias**». Dios, por otra parte, que recompensa con el ciento por uno ya en esta vida, es providente y cuida también hasta de los pájaros del cielo.

El tercer candidato solicita igualmente tiempo y Jesús le responde aludiendo a la vocación de Eliseo (1ª lectura), pero siendo más exigente. Jesús no permite a este candidato lo que autorizó Elías a su discípulo. Porque piensa que el que pone la mano en el arado mirando hacia atrás no es apto para el Reino de los Cielos. Poner la mano en el arado significa desprenderse de las ataduras del pasado y comprometerse de inmediato con el anuncio del Reino.

Jesús tenía sentimientos de piedad y demostrando, con palabras y con obras, un perfecto humanismo en la comprensión de las realidades y problemas humanos, amando sin duda a su familia y, ayudando en toda ocasión a los necesitados. Pero cuando se plantea la cuestión de la conducta humana en relación con el Reino de Dios, establece una clara y fundamental distinción entre los valores, intereses e ideales, **objetivos relativos** y entre los valores, intereses e ideales, **OBJETIVOS ABSOLUTOS**. Jesús tuvo una familia, vivió y creció en ella pero, llegada la hora de anunciar el Reino de Dios, lo dejó todo para dedicarse de lleno al cumplimiento de su misión.

Dios quiere siempre servidores libres porque ante Él vale más un acto de amor que todos los servicios posibles arrancados con amenazas. **Jesús busca seguidores libres**, incondicionales y sin ataduras, dispuestos a la entrega total, al cumplimiento de la voluntad de Dios como lo hizo Él mismo.

DOMINGO XIV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura: (Isaías 66,10-14c): *Yo haré derivar hacia ella, como un río, la paz.*

2ª lectura: (Gálatas 6,14-18): *Llevo en mi cuerpo las marcas de Jesús.*

Evangelio: (Lucas 10,1-12): *Vuestra paz descansará sobre ellos.*

Mientras el pueblo, «**el pequeño resto de Israel**», se siente cansado y desbordado por las tareas materiales en la construcción de la vida, de la ciudad y del templo al regreso del destierro, sienten que Dios parece estar ausente y no deja sentir su presencia. Isaías se hace consciente de la situación y se constituye en animador del pueblo deprimido recordando los caracteres maternales del amor de Dios. «*Como una madre, tampoco Él se olvida de sus hijos*». Los días del destierro son tristes pero el futuro se presenta luminoso, pleno de alegría y de paz.

Jerusalén es nombre de paz aunque históricamente haya sido manzana de discordias. Es la capital espiritual del mundo y tiene vocación de paz aunque su historia esté plagada de guerra. La Iglesia, nueva Jerusalén, tiene promesas de persecución pero su misión es de paz.

En otra parte del Evangelio, se enumeran las instrucciones dadas por Jesús a los doce enviados en misión (Mateo 9-10). Aquí, Lucas se refiere al número ampliado de los “**setenta y dos**” que tiene perspectivas más universales (simbólicamente el número “*setenta y dos*” significa plenitud. Hay quienes ve en este número el conjunto de pueblos enumerados en Génesis, 10), y quiere decir que Jesús envió a todos los discípulos que tenía en ese momento disponibles porque para aquella misión, los doce apóstoles eran insuficientes.

Jesús designa a los “**setenta y dos**” para enviarlos por delante de Él. El mensaje que deben llevar es el anuncio del Reino de Dios y para ello los equipa con plenitud de poderes sobre las fuerzas del mal, opuestas a este Reino. Los consejos que les da siguen actualmente válidos en toda misión:

- **De dos en dos como expresión de colaboración y corresponsabilidad evangelizadora.**
- **A donde Él mismo iba a ir, en función de precursores que preparan el camino.**
- **Como ovejas entre lobos pero protegidos por el buen pastor y provistos de lo necesario.**
- **Sin saludar a nadie en el camino, es decir, sin perder tiempo porque el anuncio del Reino apremia.**
- **Sin llevar nada consigo como signo de una fe incommovible en la providencia que vela hasta sobre las aves del cielo y los lirios del campo.**
- **Mensajeros de la paz con la que deben iniciar siempre su saludo. Esa paz llenará también la vida de quienes los reciban como enviados suyos.**
- **Sacudir el polvo de los zapatos es un serio aviso contra la indiferencia espiritual.**

«*La mies es abundante y los obreros pocos*». Haciendo la correspondiente transposición temporal, la misión hoy no se limita al ámbito de los sacerdotes, clérigos o sectores eclesiales. «*Rogad, pues, al dueño de la mies que mande obreros a su mies*». La misión recae hoy sobre todos los discípulos de Jesús, **hombres y mujeres bien equipados de entusiasmo** por el Reino de Dios que, sin complejos, testimonien su fe **de palabra y con obras** colaborando en comunidades y parroquias en acciones de ayuda humanitaria y de transmisión de fe.

Dios ha querido necesitar a los hombres para evangelizar a los hombres. La obra de la salvación es como una abundante cosecha que nadie solo, ni pocos solos, pueden realizar; es obra de todos. La evangelización es corresponsabilidad y colaboración, cada vez más necesaria por cuanto que cada vez escasean más los “**profesionales**” – misioneros de la evangelización– y la “**mies**” se hace cada día más diferenciada. «**La sociedad de consumo, aleja a muchos del “consumo” de Dios**». Ser cristiano es sentirse parte activa de la comunidad de quienes orientan su vida hacia la santidad, poniendo a disposición de los demás todo lo que ellos mismos han recibido.

Un buen deseo, una buena noticia, unas buenas palabras son cosas que se oyen con gusto y nos hacen bien. Al celebrar la Eucaristía, cuando nos reunimos como comunidad de creyentes para hacer memorial de la Muerte y Resurrección del Señor, experimentamos su presencia sacramental, nos damos fraternalmente la paz, pero al terminar, **¿NOS SENTIMOS ENVIADOS POR ÉL A ANUNCIAR EN NUESTRA VIDA QUE HA LLEGADO EL REINO DE DIOS?**

DOMINGO XV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura: (Deuteronomio 30,10-14): *El mandamiento está muy cerca de ti: cúmplelo.*

2ª lectura: (Colosenses 1,15-20): *Todo fue creado por Él y para Él.*

Evangelio: (Lucas 10,25-37): *¿Quién es mi prójimo?*

«—Maestro, ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?

— *Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón y con toda tu alma y con todas tus fuerzas y con todo tu ser. Y al prójimo como a ti mismo».*

No es necesario ir muy lejos, ni al Tíbet, ni a Egipto, ni a Atenas, ni tan siquiera a Jerusalén o Roma; tampoco hace falta recurrir a ningún “gurú” o enrolarse en movimientos esotéricos, para descubrir el contenido de la ley y cumplirla. La ley reside en el interior del hombre y se concibe como “**principio inspirador**” de toda la actividad exterior del ser humano. Letra y espíritu van juntamente. Esta ciencia no habita más allá de los mares. Bajó del cielo y se encarnó en el corazón de cada hombre, ley interna, que clarifica y dicta la bondad o maldad de las acciones externas y que llamamos: **VOZ DE LA CONCIENCIA**.

La infidelidad del hombre trae como consecuencia su ruina, mientras que su arrepentimiento consigue la renovación, cuando procede del corazón donde ha sido aceptada la voluntad de Dios, pues los preceptos sin aceptación interior se quedarían en un puro “**rito sin valor**”.

«**¿Quién es mi prójimo?**» No hay respuesta directa a la pregunta formulada por el doctor de la ley, pero en la parábola de Jesús, queda claro quién se portó como verdadero prójimo con el viajero herido. El “**buen samaritano**” cumple una obra que no cumplieron ni el levita ni el sacerdote. La parábola es, por tanto y al mismo tiempo, una enseñanza y una crítica. La enseñanza es la ley universal del amor; la crítica condena el clasismo que pone límite a las acciones inspiradas en ese amor.

Desde nuestra catequesis infantil conocemos esta parábola y por saberla de memoria podemos caer en la superficialidad de pasar de largo sin detenernos a mirar el núcleo y amplitud de su mensaje. Es verdad que la hemos reflexionado más de una vez, pero **¿la conocemos de verdad en todo su alcance?**

El levita y el sacerdote, pasan de largo, porque tienen una ley por la que han de permanecer “**puros**” y no contaminarse con el contacto de la sangre. Jesús perfecciona la letra de la ley antigua llenándola del espíritu de la nueva ley del amor plasmando sus enseñanzas en la parábola.

El buen samaritano, para nosotros, tiene muy buena imagen: es un hombre de corazón, bueno y ejemplar. En tiempo de Jesús no era así. La palabra “**samaritano**” sonaba como desentonada, desafinada, tenía una referencia peyorativa, como perteneciente a un ser de otra raza, de una casta inferior, despreciada, no incluida por los judíos en el concepto de la palabra “**prójimo**”.

Pero este hombre, real o símbolo creado por Jesús como vehículo pedagógico de sus enseñanzas, viene anunciando desde siglos, de manera irrefutable, en qué consiste el verdadero amor y quién es para quién su verdadero prójimo. De otra manera, las elucubraciones teóricas pueden desvirtuar y hacernos perder de vista las inaplazables necesidades reales.

En una ocasión a **Teresa de Calcuta** le hicieron, con cierto escepticismo, una pregunta sobre sus acciones caritativas: **¿Piensa usted que la caridad compasiva puede transformar en profundidad las estructuras sociales?** A la que la Madre Teresa contestó: «**Cuando me encuentro con un moribundo abandonado considero más urgente y provechoso para él prestarle la ayuda inmediata que ponerme a discutir sobre la justicia y sobre la transformación de las estructuras sociales**».

El amor cristiano, efectivamente, incluye también compromisos políticos y sociales, discusiones a más elevado nivel sobre la reforma de las estructuras, pero las necesidades reales suelen precisar una inmediata y urgente acción caritativa, cuanto más en los casos “*sin relieve*” que se nos presentan en las pequeñas necesidades de la vida de cada día.

San Vicente de Paúl decía a sus colaboradores: «**Ser cristiano y ver a un hermano afligido, sin llorar con él, sin estar enfermo con él. Es no tener caridad, es ser cristiano en pintura, es no tener lo más mínimo de humanidad**». Para el “**Apóstol de la Caridad**” no solamente se tenía que socorrer al necesitado sino que teníamos que amarlo, agradecerle su atención y pedirle perdón por la materialidad de nuestra ayuda asistencial: «**NADA MÁS QUE POR TU AMOR, POR TU AMOR SOLAMENTE TE PERDONARÁN LOS POBRES EL PAN QUE LES DAS**»

DOMINGO XVI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura: (Génesis 18,1-10a): *Señor, no pases de largo junto a tu siervo.*

2ª lectura: (Colosenses 1,24-28): *El misterio escondido en Dios lo ha revelado a su pueblo.*

Evangelio: (Lucas 10,38-42): *María ha escogido la mejor parte.*

La semana pasada, la parábola del buen samaritano hacía recaer la atención sobre la urgencia de la ayuda al necesitado. Hoy nos habla la **Palabra** de encuentros, al parecer fortuitos que se convierten en encuentros con Dios. La vida se compone, entre otras cosas, de encuentros, y un encuentro, si es auténtico, no se produce nunca en la superficie, sino en lo profundo del corazón. Esta clase de encuentros suceden cuando los hombres nos esforzamos por buscar con sincero corazón a Dios, el **“ÚNICO IMPORTANTE”**.

El encuentro de Abrahán con el Señor, en unos huéspedes que resultaron ser mensajeros suyos, es un encuentro de **caridad-hospitalaria**. El relato nos habla de tres ángeles con figura humana, y en su esfuerzo por servirles, Abrahán lo convierte también en un encuentro de fe, pues sirviendo a los tres, adoró al Único.

En el episodio de Evangelio se nos llama la atención sobre la necesidad de dedicar más tiempo a escuchar la **Palabra de Dios** con preferencia a otras actividades. Bien es verdad que, en una ocasión interrumpió Jesús su predicación para dar de comer a una multitud hambrienta y, mandando sentar a la gente por grupos, ordenó a los apóstoles distribuir el pan y pescado. **«No sólo de pan vive el hombre»** pero también necesita pan para vivir. **Palabra de Dios** y pan son alimento completo.

En el caso de María y Marta sucede lo contrario que en el desierto. Aquí el invitado y servido es Jesús en el bienestar de la casa de unos amigos. A la recepción perfecta de un invitado pertenecen la acogida personal y los detalles de una mesa bien puesta: María ha adoptado la aptitud de escucha para asimilar y transmitir, mientras que Marta se afana sobre las cosas materiales sin prestar atención directa a la persona. Las dos acogidas de Jesús son buenas: **“persona y detalles”**.

En la casa de Betania, las dos hermanas se reparten los roles y, mientras Marta se afana en las cosas de la cocina, María acompaña en la conversación al huésped. Un huésped, maestro de Israel, debía hablar, necesariamente y sobre todo, de temas religiosos. Como maestro le correspondía el puesto de honor en la casa y en la mesa y los demás debían escuchar sus palabras en respetuoso silencio a sus pies. Que esta escucha sea permitida a María es una distinción para una mujer judía.

Hasta aquí todo va bien. El equilibrio es perfecto. Sólo se desestabiliza en el momento en que Marta se pone nerviosa y salta la queja indignada, reclamando la presencia de su hermana en la cocina, para lo cual tendría que dejar al invitado solo. Marta procede con buena voluntad, actúa con la ilusión de que Jesús se sienta bien en su casa y piensa que su hermana no colabora en nada. Jesús interviene para pedir sencillez en la mesa y dar más importancia a la comunicación espiritual de la conversación.

Si en el episodio de Betania en casa de Marta y María no se tratara más que de una anécdota familiar de puertas adentro, nada habría que añadir. Pero las dos hermanas de Betania representan dos estilos, dos maneras de vivir las relaciones con Dios. Jesús no condena la buena hospitalidad sino el desbordante activismo que no deja tiempo libre para Dios, lo principal y mejor. A sus discípulos, enviado en misión, les había aconsejado la sobriedad en el hospedaje. Estas dos hermanas se afanan y distribuyen los roles de la hospitalidad perfecta y han pasado a la historia de la espiritualidad como la encarnación de prototipos representantes de dos actividades de la Iglesia: **“acción y contemplación”**. El Maestro hace la valoración en la conclusión final: **«María ha escogido la mejor parte»**.

Podemos hacer una apreciación de nuestras relaciones con Dios a partir de nuestras relaciones humanas. Cuando recibimos una visita, **¿qué consideramos lo principal?**, la persona o los detalles de la mesa. **-Mejor es una conversación animada junto a una mesa sencilla que una mesa desbordante pero sin ninguna otra cosa que comunicar-**. Sucede también así en nuestros encuentros y relaciones con Dios. Cuando asistimos a la Eucaristía y vamos a encontrarnos con el Señor, **¿a qué damos mayor importancia?**, a lo externo que sucede a nuestro alrededor, en la iglesia o a la preparación interior para el encuentro con Dios y con los hermanos.

Dios, en sus visitas, no viene sólo ni primariamente para recibir algo de nosotros sino, ante todo llega, para colmarnos de sus bienes. **PODEMOS TRAER LAS MANOS LLENAS DE DESEOS QUE VACIAR ANTE EL SEÑOR, PERO DEBEMOS DEJARLAS VACÍAS Y ABIERTAS PARA QUE ÉL NOS LAS LLENE.**

DOMINGO XVII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura: (Génesis 18,20-32): *No se enfade mi Señor si sigo hablando.*

2ª lectura: (Colosenses 2,12-14): *Os dio vida en Cristo.*

Evangelio: (Lucas 11,1-13): *Pedid y se os dará.*

Los ángeles, huéspedes de Abrahán, partieron hacia Sodoma y Gomorra para castigarlas y Dios y Abrahán quedan frente a frente. Esas ciudades bíblicas han pasado a la historia como prototipos de degradación moral. Dios revela a su siervo el castigo impuesto a las ciudades pecadoras para provocar en él sentimientos de intercesión. La familia de Abrahán se salva de la catástrofe y su encantadora oración llega hasta nosotros encontrando su mejor comentario en el texto del evangelio de hoy: **«Orar es hablar con Dios como con un amigo como con un padre»**

Los discípulos de Jesús, que eran judíos, tenían una larga tradición de oración. Los Maestros espirituales de la antigüedad enseñaban sus métodos de oración como también el Bautista se los había enseñado a sus discípulos. Jesús dedica largos espacios a la oración y sus discípulos lo saben, pero también habían visto algo especial en Él, algo muy distinto de los demás, y le presentaron esta petición: **«Enséñanos a orar»**. Y a esta petición debemos la oración del Señor. La oración del **Padre Nuestro**, que aprendimos de memoria en la infancia y la hemos repetido innumerables veces, al menos con los labios, y una vez en cada misa. Es la oración sin duda perfecta y modelo de todas las oraciones.

Desde entonces se han publicado infinidad de artículos y de libros sobre métodos de oración. Hay movimientos y grupos que quieren **aprender a orar** y entender el difícil lenguaje de la oración y se preguntan ¿cómo? y buscan maestros de oración a los que piden como los apóstoles: **«enséñanos a orar»** Pero, realmente **¿qué es orar?**

La oración es el arte de la comunicación con Dios. Es un camino para llegar a Él y, teóricamente, pueden existir tantos caminos como personas. Hay caminos experimentados por los grandes místicos (el método de los “Ejercicios Espirituales de san Ignacio”); hay oraciones modélicas en la tradición litúrgica, expresadas por los santos y repetidas por los fieles, que pueden ayudar; pero lo mejor es que cada uno encuentre su método personal aprendiendo a hablar con Dios como con un padre. El que lo logra está practicando, quizá sin darse cuenta, el mejor método de oración.

Jesús dio un modelo formulado y repetido en la Iglesia por todos los creyentes desde sus orígenes y es la oración universal para todos los hombres que creemos en algo superior. Desde una perspectiva universal, esta palabra **«PADRE»** aplicada a Dios, puede servir bien de invocación a todos los hombres y de todas las religiones. Los peregrinos en Tierra Santa visitan una capilla sobre el monte de los olivos en cuyos muros está escrito el **Padre Nuestro** en todos los principales idiomas del mundo. Es efectivamente la oración de todos y para todos. Nada hay en ella que impida recitarla a un musulmán, a un judío, a un budista, a un católico o a un protestante. Solo se requiere ser hombre o mujer, ser persona y creer.

No es una fórmula fría. La oración del Señor expresa las más hondas aspiraciones del corazón y las más elementales necesidades que tenemos los humanos. Es la oración que nos hace tomar conciencia de nuestra condición, origen y destino, y el camino que debemos seguir para llegar a Él:

EL PADRE NUESTRO es:

- **la oración de la fe:** en un Padre del cielo que nos hace a todos los hombres hermanos;
- **la oración de la alabanza:** santificado sea tu nombre;
- **de la confianza:** venga a nosotros tu Reino;
- **de la sumisión amorosa:** hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo;
- **del anhelo:** danos el pan de cada día;
- **de la humildad:** perdónanos nuestras ofensas como nosotros también perdonamos;
- **de la esperanza:** no nos dejes caer en la tentación;
- **y del consuelo:** y líbranos de todo mal.

Compromete al ser humano en su totalidad con alma y cuerpo. Tiene por contenido la alabanza confiada y familiar con Dios. Junto a la llegada del Reino de Dios como petición principal, se exponen con realismo las necesidades humanas. A la oración hecha así promete Jesús la eficacia aunque no sea de inmediato ni según la formulación de nuestros deseos.

Orar consiste pues, en relacionarse con Dios, reconociendo su paternidad, asumiendo nuestra dependencia y agradeciendo su Amor.

DOMINGO XVIII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura: (Eclesiastés 1,2; 2,21-23): *¿Qué saca el hombre de todo su trabajo?*

2ª lectura: (Colosenses 3,1-5.9-11): *Buscad los bienes de arriba.*

Evangelio: (Lucas 12,13-21): *Lo que has acumulado, ¿de quién será?*

El “**Eclesiastés**” es un libro donde se analiza la vida y se cuestionan algunas de sus realidades. El autor recoge sus propias experiencias, las suma a la de los sabios que le han precedido y, en un gesto de desencanto, zanja sin titubeos, “**todo es vanidad**”. Y con esta palabra, que también podemos traducirla por *inconsistencia o volatilidad*, quiere expresar la radical incapacidad de las cosas para dar al hombre la felicidad que su corazón ansía. El existencialismo ateo agudiza el pesimismo y dogmatiza: “**el mundo es un absurdo**”.

Pero la filosofía del aparente desencanto que Qohelet (seudónimo del autor) enseña no es tan negativa y drástica como puede parecer a primera vista por la máxima que lo resume. El humor negro inicial va tiñéndose posteriormente de tonos más claros y optimistas que el autor expresa con otra máxima más matizada y aceptable: “**no hay en la tierra un bien capaz de llenar el vacío que deja la ausencia de Dios en el corazón del hombre**”. Entonces, **¿para qué afanarse por las cosas de este mundo con olvido de Dios?** Otros se aprovecharán de lo que hayas acumulado con tu trabajo.

Es la misma conclusión que nos da Jesús en la parábola del Evangelio. **El trabajo es para el hombre y no al revés**. El trabajo es la colaboración del hombre con Dios-Creador. La ley mosaica prohibía la parcelación de la herencia paterna y así el primogénito heredero quedaba dueño de la herencia total (todavía esta norma rige en algunos medios rurales). Incluso de los bienes muebles divisibles, el hermano mayor se quedaba con la mejor parte. Razón por la que un hermano menor, acude a Jesús, solicitando su mediación para recibir de su hermano indemnización o benevolencia (los rabinos aceptaban gustosamente las funciones de abogados o mediadores), pensando que la autoridad moral de Jesús puede inclinar la balanza económicamente en favor suyo.

Jesús, tras declararse ajeno a estas cuestiones, nos da una visión superior de las realidades humanas. Riqueza y avaricia son dos grandes y permanentes tentaciones humanas. El rico de la parábola (contrario al epulón), ni despilfarra ni tiene un corazón duro, pero es insensato porque nadie tiene seguro de vida para una “**vida ilimitada**” y hay que estar preparados para el encuentro con Dios el día que Él disponga.

En la respuesta dada al anónimo que le pide interceder en cuestiones de herencia, Jesús delimita sus competencias y consiguientemente las de la Iglesia. Ni en la cuestión del tributo al César ni en las de la herencia, quiso Jesús hacer de juez por considerar el asunto fuera de su competencia. Otra cosa es su interés por los problemas de los hombres, porque siendo la Iglesia una sociedad de hombres, nada de lo humano puede serle extraño: «**Los problemas, angustias y esperanzas del mundo son problemas, angustias y esperanzas de la Iglesia**» (Gaudium et spes).

Aunque la parábola recoja y refleje algunos usos habituales de una sociedad agraria y del próximo Oriente, podríamos aplicarla, tal vez con más razón, a nuestra sociedad occidental de hoy, en el contexto del llamado “**Primer Mundo**”, altamente industrializada y en donde acumulamos excedentes y limitamos la producción para mantener los precios, mientras que en el “**Tercer Mundo**” están muriendo de hambre otros humanos hermanos nuestros. Quizás es, que en nuestras modernas metrópolis, llenas de fastuosos bancos, de lujosas sedes de firmas comerciales, de estaciones de ferrocarril de alta velocidad y de aeropuertos que son hervideros de gente que buscan la vida y aun más, el “**sentido de la vida**”. Gentes que van y vienen con nerviosismo, tras la búsqueda ansiosa de negocios, posición, riquezas y posesión de poder. Hemos construido enormes rascacielos que se elevan “*provocativamente*” hacia las nubes, dejando casi imperceptibles y humilladas las torres de nuestras iglesias que antes parecían dominarlo todo y que constantemente nos recordaban: “**Hombres: sois iguales, hermanos unos de otros y todos hijos de Dios**”.

El avaricioso poseer sin límites es tal vez hoy más que nunca el ideal de muchas vidas, **¡QUE ERROR!** La filosofía de la **plenitud del ser** debe primar siempre sobre la filosofía de la **plenitud de poseer**. La planificación de la vida y la previsión del futuro son razonables y es bueno, pero siendo el hombre, por naturaleza, un ser social, debe compartir y compartirse solidariamente con los demás. Sólo las buenas relaciones con los hermanos y con Dios pueden dar lo que más ardientemente anhela su corazón: satisfacción, alegría, paz, plenitud y dicha. El que piensa que puede lograrlo pensando sólo en sí mismo, merece el calificativo del Evangelio: «**¡¡NECIO!! Esta noche acabará tu vida. ¿Para quién será todo lo que has acumulado?**»

DOMINGO XIX DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura: (Sabiduría 18,6-9): *Nos honrabas llamándonos a ti.*

2ª lectura: (Hebreos 11,1-5.8-19): *Por su fe, son recordados los antiguos.*

Evangelio: (Lucas 12,32-48): *Estad preparados. Tened ceñida la cintura y preparadas las lámparas.*

El contacto con las culturas vecinas hace que muchos sabios de Israel se dejen contagiar de sus principios filosóficos. El autor del libro de la sabiduría sentencia: **«no hay sabiduría comparable con la fe de Dios y las realidades humanas deben ser valoradas con criterios divinos.»** En las manos de Dios todo es providencia y en cualquier momento podemos aprender las lecciones de los tiempos pasados.

Dios no nos ha creado para el temor sino para que con espíritu filial podamos dirigirnos a Él y llamarle **Abba-Padre** (Romanos 8,15). Los bienes de la creación de Dios y los bienes de la cultura son simplemente buenos. El hombre debe apreciar y amar lo que Dios mismo ama y Jesús quiere mantenernos en esta línea de apreciación y conducta. Hay una gran diferencia entre ver el mundo con ojos de desconfianza y temor, como determinadas sectas que predicán el miedo cuando anuncian un **“fin del mundo”** ya inminente. Es un error que también cometió en algún tiempo la Iglesia cuando anunció con amenazas el Reino de Dios haciendo de **“la alegre noticia”** una amenazadora noticia.

Pablo en su carta a los Hebreos, nos hace un elogio de la fe a manera de reflexión sobre todo el Antiguo Testamento a partir de Abrahán, padre de los creyentes. Es como un desfile de héroes de la fe. Como sucedió con Abrahán así sucede con todo creyente: **“será necesario estar en disposición de abandonar muchas cosas poseídas para entrar en el mundo de las promesas con la esperanza puesta en Cristo. Los misterios de la fe sólo se esclarecen a la luz de esa misma fe”**. Así, la Iglesia, en el Vaticano II nos previene: **«La apertura de la Iglesia al mundo no debe hacernos confundir las realidades ni invertir el orden de valores»** (*Gaudium et spes*. 37).

Parecida es la situación descrita por Jesús en su parábola. La vigilancia que Él solicita, no es renuncia a ninguno de los legítimos goces de los encantos de la vida porque son buenos y Dios nos los ha dado. Se trata de recordar, la fundamental verdad sobre la limitación de nuestro tiempo y de la vigilancia necesaria para no perder las perspectivas del fin, ni sucumbir a la tentación de falsificar los valores de la vida, porque esta falsificación nos alejaría peligrosamente de Dios con riesgo de nuestro destino final. Las palabras de Jesús suenan siempre como invitación a elegir entre la verdad de Dios o las verdades humanas, entre los falsos valores y los verdaderos valores.

Las imágenes y expresiones de Jesús evocan situaciones y experiencias comunes en tiempos de espera. Alguien anuncia su visita, y esta información no aterroriza normalmente ni quita el sueño a nadie. La visita se prepara y se espera sin angustia. Un caso significativo puede ser el tiempo de espera en los que pronto van a ser padres. Desde el momento en que se anuncia el gran acontecimiento, se viven días de tensión vigilante pero no de angustia ni miedo. Tal vez deciden renunciar a algo pero no se sienten con ello coartados ni amenazados sino bendecidos.

A veces nos sorprende el Evangelio con advertencias que parecen fuera de tiempo. Estamos en verano, en vacaciones, donde los *días son más largos* y el Evangelio nos habla de *brevidad de la vida* y del *fin del tiempo*. No parece sino que Jesús fuese enemigo de la vida, **Él que es la plenitud del tiempo**. Si alguna vez nos pareciera así, no sería sin embargo razonable recortar el Evangelio ni eliminar textos por la simple razón de que no se acomodan a una circunstancia dada. **Jesús avisa**, pero sus avisos son siempre saludables. Van además envueltos en promesas de bienaventuranza: **«dichoso el criado al que su señor encuentre vigilando cuando vuelva»**. La vigilancia es virtud cristiana, la angustia no es virtud.

Sin embargo, estas precauciones con que nos previene no deben empañar la alegría de vivir ni turbar el descanso de las vacaciones. La vigilancia espiritual no es jarro de agua fría sobre un necesario descanso y un legítimo disfrutar de la vida. Se parece más bien a los avisos de peligro y recomendación de prudencia existentes en puntos bien visibles de las playas. **La advertencia de peligro en una playa o la bandera roja en días de resaca, nada tienen en contra de los encantos del mar**. Jesús previene de los peligros para evitar mayores males aconsejando una actitud vigilante: **«CON LA CINTURA CEÑIDA Y LAS LÁMPARAS ENCENDIDAS, PERO SIN TEMOR.»**

LA ASUNCIÓN DE LA VIRGEN MARÍA

1ª lectura: (Apocalipsis 11,19a; 12,1.3-6a. 10ab): *Apareció una figura portentosa en el cielo.*

2ª lectura: (1ª Corintios 15,20-17a): *El último enemigo aniquilado será la muerte.*

Evangelio: (Lucas 1,39-56): *¿Quién soy yo para que me visite la madre de Señor?*

Un arca, no es más que una caja-mueble que utilizamos para guardar algo importante para nosotros y que queremos conservar preservándolo de la erosión del tiempo o de su pérdida. La figura del arca domina la liturgia de esta solemnidad. El arca es signo de la alianza establecida entre Dios y su pueblo, y de la presencia de Dios en medio de la humanidad, y, **María** ha sido siempre considerada, en la tradición cristiana, como el **arca de la nueva alianza**. Las palabras con que Isabel saluda la entrada de **María** en su casa recalcan exactamente las expresiones de David referidas al arca que viaja en dirección a Jerusalén (2º Samuel 6,9).

María posee y contiene en sí misma todo lo que los demás humanos deseamos, ansiamos y esperamos poseer. El pueblo católico en una oración que es un canto de vida y esperanza y que llamamos “**SALVE**” la invoca llamándola así: *vida, dulzura y esperanza nuestra*. El Misterio ha encontrado su justa colocación en la pequeñez, en la profundidad y en la limpieza de una criatura que tiene predilección por permanecer en la penumbra y pasar desapercibida. La humilde esclava del Señor es colmada de gracia (una humildad que debemos imitar). La asumpta al cielo, señuelo fiel de nuestra esperanza, es la llena de gloria.

De hecho nos pasamos, gran parte, de nuestra vida ansiando, deseando y esperando nuevas metas. Deseamos que llegue el verano con las vacaciones y, una vez pasadas empezamos a esperar que llegue otra cosa. Ansia el niño ser joven, vigoroso y fuerte... el joven, espera consolidar su vida... y el anciano desearía, poder volver a empezar siendo otra vez niño y no se equivoca en este presentimiento. No puede volver a nacer en el sentido cíclico que da Nicodemo, pero sí en el sentido del nacimiento para la nueva vida en Dios sin metas ni esperanzas porque todo es ya posesión.

No debe extrañarnos que el Evangelio esté salpicado más que de palabras y apariciones de **María**, de su silencio y de su esconderse. El **arca** que custodia y lleva la **Palabra** es espléndida porque está labrada con la rara materia del silencio. Un Dios que se hace hombre, que se manifiesta visiblemente en nuestra carne, encuentra una madre que se atribuye la parte de la “*no visibilidad*”.

El Evangelio nos presenta a **María** de Nazaret como una criatura de reconcentrado silencio, que elige la sombra, casi la ocultación. **María** es la que “*no aparece*” en primer plano. Su presencia está bajo el signo de la discreción, que no estorba para nada. La **Madre** que desaparece totalmente en el **Hijo**. Es el “**Verbo**” quien tiene que hablar, no ella. No dice “*escuchadme*”, sino “*escuchadlo*” y en las bodas de Caná nos pide: «*Haced lo que Él os diga*».

La **Virgen**, en la narración de la anunciación, es lo opuesto a Zacarías. El sacerdote pretende signos, lo que quiere decir: ver, tocar, controlar, tener pruebas. **María**, por el contrario, no pretende nada. Precisamente porque es una creyente, no tiene necesidad de signos. Se fía de la **Palabra** y se abandona declarándose disponible. Su aceptación expresa: humildad, modestia, actitud de servicio y una gran capacidad de “*desaparecer*” para convertirse en *transparencia de Alguien*. Y nosotros, debemos encontrar fuerzas para, fijándonos en su silencio, aprender de ella a escuchar y así llegar a merecer y alcanzar la plenitud.

María a diferencia de Jesús que ascendió fue llevada, subida e introducida en cuerpo y alma en la gloria del cielo junto a Dios, después de cumplir su misión en la tierra. Llegó ya a la meta gloriosa a la que está destinado todo ser humano. La ascensión de **María** en cuerpo y alma a la gloria del cielo, subraya la existencia y el triunfo de lo espiritual. Certifica que el hombre no ha sido creado para la destrucción en el tiempo, sino para la **glorificación en la eternidad a través del paso por el tiempo**. Este dogma invita al optimismo frente a la vida y llena la vida de optimismo y esperanza.

«*En María se encuentra de forma perfecta el fruto de la redención. En ella está inaugurada y representada la Iglesia gloriosa del mundo que nos espera*» (Vaticano II). La fe en el cielo compromete a tomar en serio las realidades de la tierra. Donde hay esperanza en algo hay también ánimo para la lucha. Todo cuanto hacemos tiene su valor. El primer valor es el hombre, todos los hombres, cualquier hombre. El “**ser humano**” es el centro y la cima de todos los valores: es mayor que el templo, mayor que el sábado, mayor que la ley. El Hombre, comprendido en su totalidad de origen, realización y destino. Dios se hizo servidor del hombre y **María** se declaró esclava del Señor en beneficio del mundo.

DOMINGO XX DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura: (Jeremías 38,4-6.8-10): *Ese hombre no busca el bien del pueblo, sino su desgracia.*

2ª lectura: (Hebreos 12,1-4): *Corramos en la carrera que nos toca, sin retirarnos.*

Evangelio: (Lucas 12,49-53): *No he venido a traer paz, sino división.*

El profeta Jeremías, hombre de rica interioridad (aunque muchos lo consideran un derrotista), intervino en la reforma del pueblo en una época de opresión política. Lo religioso y lo político tienen implicaciones *de hecho*. De una parte estaba el grupo de colaboracionistas con los opresores babilónicos y por otra los partidarios de una alianza con Egipto para sacudirse el yugo de aquellos. Jeremías que figura entre los pro-babilónicos, levanta su voz viendo en los sufrimientos del pueblo un castigo por sus pecados. Es acusado por los pro-egipcios de oportunista y traidor a la causa nacional, y piden su cabeza. Como en el caso de Herodes, aquí el rey Sedecías estima al profeta pero, por miedo al pueblo, le pone en manos de sus enemigos (imagen de Juan Bautista-Herodes y Jesús-Pilatos). El profeta va a parar al fango de una cisterna (como Jesús al sepulcro) de donde es liberado. Jeremías quería una vida tranquila, pero levanta su voz en gesto de obediencia a Dios y, aunque él le gustaría “*vivir en paz*”, “*corre*” la suerte de los profetas

Si el “*lodo*” es el lugar a donde la palabra es condenada a morir de un modo ignominioso, el “*fuego*” es el medio mediante el que se propaga la Palabra. «*He venido a prender fuego en el mundo, ¡y ojalá estuviera ya ardiendo!*» declara Jesús en el evangelio. Si las palabras de Jesús son generalmente armonía, aquí suenan con inusitada disonancia. Por poco familiarizado que se esté con el Evangelio, es sabido que la paz es un componente importante de su mensaje. Jesús es decididamente pacífico y pacifista. Su nacimiento se enuncia en clave de paz: «*PAZ en la tierra a los hombres de buena voluntad*», llama dichosos a los artífices de la **paz**, a los discípulos los envía como mensajeros de **paz** y se despide de los suyos dejándoles su **paz**, bendiciéndoles con la **paz**.

Sorprendentemente, casi todo cuanto se lee en el corto pasaje del Evangelio de hoy resulta al menos chocante. Con palabras que suenan a contradicción y a escándalo afirma Jesús que no ha venido a traer la paz y habla de fuego, de división y de guerra. La paz de Jesús se relaciona con el fuego y el fuego es una fuerza que alternativamente ilumina y quema, que da vida o la destruye. El fuego es bíblicamente un elemento purificador: Elías frente a los baales (1º Reyes 18,38) o la destrucción de Sodoma y Gomorra (Génesis 19,24). Juan y Jesús hablan en repetidas ocasiones también del fuego en este sentido, pero no podemos admitir esta lectura relacionándola con las acciones divinas de castigo. Si Jesús lo entendiera así, significaría que el fin de su venida al mundo es castigar. Por razones obvias no se puede admitir esa interpretación porque Jesús «*no ha venido para juzgar al mundo sino para que el mundo se salve por Él*» (Juan 12,47).

Siendo Jesús ante todo salvador, el fuego de que habla y trae no puede entenderse en sentido negativo y destructor, sino en sentido positivo de salvación y de vida. No olvidemos que el “*fuego*” es, en ocasiones, una forma de manifestarse la divinidad. Así se manifestó Dios a Moisés en el pasaje de la zarza ardiendo sin consumirse en el Sinaí (Éxodo, 3), y en los tiempos nuevos se manifestó el Espíritu Santo en formas de fuego en Pentecostés (Hechos, 2,3). El fuego que Jesús trae, es la presencia de Dios a la tierra para recrearla con su Espíritu. El fuego es la fuerza de su mensaje, que provoca al mismo tiempo ardientes entusiasmos y apasionada oposición.

La división y guerra que ha venido a traer no son fin o consigna de la venida de Jesús, pues Él no quiere directamente ni división ni guerra. Es anuncio y profecía de lo que va a suceder por su causa. Jesús es signo de contradicción. Ante Él se dividen los espíritus optando unos por Él y otros contra Él. Eso puede suceder entre los miembros de una misma familia. Pueden surgir conflictos y crearse tensiones entre padres e hijos por cuestiones de cumplimiento religioso (con la educación religiosa que le he dado, mi hijo no va nunca a misa). Y no es ni novedad ni un caso aislado la “*guerra*” familiar en casos de opción por la vocación religiosa.

Jesús ha venido a traer una fe que debe convertirse en incendio. Consiguientemente el anunciador de la palabra debe ser un “*apasionado*” devorado por un “*fuego*” incontenible que, “*la Palabra*” alberga en su propia persona, y aunque sus enemigos puedan incluso reducir a cenizas el rollo del libro (como sucedió también a Jeremías), no podrán jamás apagar el fuego de la palabra atizado en su corazón. Para ello tendrá que liberarse de cuanto le ata; despojarse de todo lo que le estorba; correr en la carrera que le ha tocado, sin retirarse; renunciar al gozo inmediato y soportar su cruz. No hay que extrañarse, una gran pasión lleva necesariamente a la **Pasión** y, el ser “*apasionados*” significa padecer.

DOMINGO XXI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 66,18-21): *Vendré para reunir a las naciones.*

2ª lectura (Hebreos 12,5-7.11-13): *Aceptad la corrección, porque Dios os trata como a hijos.*

Evangelio (Lucas 13,22-30): *Señor, ¿serán pocos los que se salven?*

Un anónimo de entre la masa de los que oían a Jesús levanta mano y voz para preguntar: **-¿Son muchos los que se salvan?-** Es una pregunta que interesa directamente a todos, y que para nosotros, cristianos del Siglo XXI, no parece estar lo suficientemente clara.

¿Qué actitud tenemos y cómo reaccionamos? Mientras que para conciencias estrechas la salvación es un problema que les ocasiona angustia, para otros en cambio (demasiado liberales), es una cuestión inexistente, un problema resuelto, porque Dios es bueno y misericordioso.

Una respuesta concreta por parte de Jesús, hubiera sido algo peligrosa. Por ello, se sirvió del método de la diplomacia y no dio una respuesta directa. Si hubiese dicho: **son todos o muchos los que se salvan**, hubiera dejado la puerta abierta a una falsa seguridad y a un comportamiento irresponsable pensando que todo está ya hecho. Si por el contrario hubiese dicho: **son pocos**, entonces hubiera engendrado sentimientos de pesimismo y desesperación, pensando que no hay nada que hacer. Algo así como el que oposita y sabe que forma parte de cinco mil aspirantes que van a competir por cinco plazas.

La respuesta de Jesús desvía la pregunta sobre el “**número**” porque las estadísticas aquí no cuentan, y llama la atención sobre la “**preparación**” y el “**esfuerzo**”, porque en esta competición por la vida eterna hay un alto nivel de exigencias pero no hay limitación de plazas: **todo el que se prepara a conciencia obtiene con seguridad su plaza, independientemente del número de concursantes.**

Para entender la respuesta de Jesús hay que pensar que Él no vino ni pretendió nunca, facilitar inútiles e innecesarias informaciones sobre la vida eterna en Dios. Entre otras razones, porque careciendo de conceptos propios y adecuados, todavía no podemos entenderlo. Jesús, vino a informarnos del amor con que nos ama el Padre. No se trata pues, de darnos una información estadística sobre el número de los que llegan a destino, ni de un especulativo saber teológico, sino de la **FIDELIDAD** en el seguimiento de **Él** que es el camino y la puerta para la Vida con el Padre. Además, esta respuesta no da pie al pesimismo ni a la duda.

Quizá la pregunta debiera formularse mejor de otra manera: Maestro, tú eres el camino, **¿qué tengo, qué puedo y qué debo de hacer yo, para alcanzar la vida en el Padre?** Sólo una falsa o sesgada lectura puede dejar en el alma sedimentos de tristeza, temor o angustia. La lectura correcta, enseña que Dios quiere la vida para todos y toma la iniciativa asumiendo la parte principal, pero pide al mismo tiempo del hombre algo razonablemente exigible. No es, por tanto, el hombre el que con **su nada** tiene que lograrlo **todo**, ni es el **todo de Dios** el que debe salvar la **nada del hombre**. Es una actuación conjunta, obra del amor, en la que Dios ha amado primero y asume la parte principal pero sin hacerlo todo. Esta fidelidad en el seguimiento pone por condición el esfuerzo y es asunto personal: **Esforzaos todos**. No hay nada predeterminado a priori. El logro depende del esfuerzo, es posible para todos y no está previamente garantizado a nadie.

Y, **¿Cómo pensamos que afectará a los provenientes de otras razas, culturas y religiones?** Según Isaías, la amistad con Dios es asunto personal y nada tiene que ver con cuestiones raciales. Los emigrantes que no visitan, cada vez con más profusión, nos ponen en contacto con otras mentalidades y culturas, nos abren los ojos a nuevas perspectivas más universales y nos enriquecen. Igual sucedió en el destierro de los israelitas. El Dios de Israel es único, pero es Padre y Dios de todos. Tiene por tanto que hacer posible a todos, la realización de su destino.

La promesa es que la venida del Señor implantará el bien en la tierra y reunirá a todos sus hijos desde todos los puntos cardinales y, abrirá a todos la puerta de la salvación. Salvase es realizar en Dios el destino último personal. Salvase o no salvase depende, por tanto, de una decisión libre y personal. El hombre que no ha sido libre para nacer, ni para escoger padres, sexo, patria o color de la piel, sin embargo, es libre para elegir y decidir sobre su destino.

El destino no es consecuencia de ser blanco o negro, hombre o mujer, sino obra del que elige libremente el amor de Dios y lo acepta en su vida **en la forma y grado en que Dios se le ha revelado**. Hay una revelación imperfecta en la que Dios habla por la Creación y por la voz interior de la conciencia y, los que la siguen y, aceptan a Dios en la forma en que Él se ha revelado, se llaman cristianos anónimos o paganos de buena voluntad y están en el buen camino. Hay otra revelación plena en Jesucristo, Hijo del Padre, camino, verdad y puerta.

Pero una pertenencia a Cristo, nominal y sin obras, no basta. La parábola de Jesús los excluye de la sala del festín: **«No os conozco, ni sé quiénes sois. Alejaos de mí, malvados».**

DOMINGO XXII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Eclesiástico 3,19-21.30-31): *Hazte pequeño y alcanzarás el favor de Dios.*

2ª lectura (Hebreos 12,18-19.22-24): *Os habéis acercado al monte Sión, ciudad del Dios vivo.*

Evangelio (Lucas 14,1.7-14): *El que se enaltece será humillado.*

«*La modestia va acorde con la grandeza y la simplicidad no complica las relaciones con los otros, pues, quién hace cosas bien hechas, no tiene necesidad de inflarlas y sonorizarlas para llamar la atención y la admiración del público, le basta con la gratitud de los hijos de Dios*». La sabiduría del Eclesiástico es clara, equilibrada, empapada de sentido común y está muy bien anclada en la concreción de la vida cotidiana. El sabio se define por su deseo de entender y por su capacidad de escuchar, o sea que, la actividad principal del sabio no es la enseñanza sino la reflexión.

Jesús, al hilvanar la parábola de los invitados que pierden los estribos corriendo hacia los primeros puestos, se manifiesta observador atento de las debilidades de la sociedad de su tiempo y, en su discurso, partiendo de las costumbres de aquí abajo, nos traslada a un plano distinto: **el del Reino**.

Los fariseos habían quedado como único grupo religioso después de la destrucción de Jerusalén y reaccionaron cerrando filas en torno a la ley, se acrecentó en demasía su orgullo y excluyeron de la sinagoga a los que no pertenecían a su grupo. Jesús observa sus comportamientos y al percibir la avidez por figurar de algunos invitados al correr para escoger los primeros puestos en la mesa, nos advierte que la vanidad es censurable y que la sencillez se lleva siempre la mejor parte. Aplicándolo a nosotros los cristianos quiere decir: **los orgullosos son así, vosotros guardaos de ser como ellos**.

El protocolo establece normas rigurosas en las recepciones oficiales y en los grandes banquetes. Hace algunos años se comentó mucho el caso, a todas luces ridículo, que sucedió cuando los políticos negociaban en París el fin de una de tantas guerras. Transcurrieron varios días sin que las delegaciones se pusieran de acuerdo sobre las cuestiones previas de protocolo: **¿En qué orden debían colocarse los miembros de cada delegación? o ¿La mesa debe ser redonda o rectangular?** Fue una larga “*batalla protocolaria*” antes de iniciarse la “*batalla diplomática*”. En tiempos de Jesús, los puestos a la mesa no estaban señalados de antemano con una cartulina y se hacían valer mucho esta clase de detalles de orden preferencial. Podía suceder que algún puesto privilegiado o de distinción, fuera observado con codicia simultáneamente por varios invitados, creándose con ello situaciones llenas de absurdas e innecesarias tensiones.

La ambición y el orgullo desencadenan luchas que envenenan las relaciones de convivencia entre los humanos. La lucha por lo mejor ha sido siempre origen de conflictos. Hay una inclinación natural a lo dominante, a ser el primero de la clase, ser el número uno en los negocios o en cualquier competición, a tener cada día más... Esta aspiración, que es en principio buena, queda viciada cuando se hace en comparación y a expensas de los demás a los que se intenta humillar y explotar. La lucha por “*lo mejor*” no es simplemente “*un más*”, sino “*un más que*”: “*ser más que*”, “*tener más que*”, “*figurar más que*”... los otros que, lógicamente, deben ser menos. La humanidad padece secularmente una lamentable ambición de preferencias: El saber, el tener y el figurar, puede provocar admiración y aplauso, pero raras vez provocan amor. Se dice: “*sí, pero...*” y esa reticencia está dando a entender algo con lo que no se está totalmente de acuerdo. La modestia nunca suele crear conflictos. Se dice que “*la modestia es la aristocracia del espíritu, es... calidad humana*”.

«*Cuando des una comida o cena, no invites a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a los vecinos ricos; porque corresponderán invitándote, y quedarás pagado*». Las relaciones humanas, en general, suelen basarse en un contrato tácito de intercambio: **te doy para que tú me des**; una invitación o regalo conlleva, como respuesta, otra invitación o regalo. Son convencionalismos sociales que Jesús no condena, pero su enseñanza sobre el amor abre horizonte más amplio a la acción de ese amor cristiano que se manifiesta, tanto más puro, cuando se efectúa sin esperar nada a cambio, cuando se realiza en ámbitos donde la reciprocidad no es posible.

«*Cuando des un banquete, invita a los pobres, lisiados, cojos y ciegos; dichoso tú, porque no pueden pagarte; te pagarán cuando resuciten los justos*». En el banquete eucarístico, anticipo del banquete celestial, hay invitación y puesto para todos, sin distinción alguna de niveles económicos o categorías sociales. Pobres y ricos son igualmente invitados porque ante Dios no hay diferencias. A priori, todos somos pobres necesitados de su amor. Así pues, «*Hijo mío, en tus asuntos procede con humildad, porque Dios revela sus secretos a los humildes*».

DOMINGO XXIII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Sabiduría 9,13-19): *¿Quién comprende lo que Dios quiere?*

2ª lectura (Filemón 9-10.12-17): *Recíbelo no como esclavo sino como hermano querido.*

Evangelio (Lucas 14,25-33): *Jesús pide para sí un amor preferencial.*

Parece haber tantas maneras de seguir a Jesús como personas y eso es porque a cada persona, se le dirige la llamada con matices personales y diferentes en las sucesivas etapas de su vida. Pero cualquier palabra de Jesús, es una llamada de atención a la pureza, sinceridad y veracidad de nuestra existencia.

Desde el principio de su actividad pública, Jesús comenzó a reclutar seguidores que le acompañaran en calidad de discípulos. En aquel tiempo, el concepto de discípulo englobaba la aceptación de la doctrina del maestro y la imitación de su estilo de vida. Jesús quiere “discípulos” y a los dispuestos a serlo les va indicando sus condiciones sin disimulos ni atenuantes, “en toda su radicalidad”. Les expone las condiciones exigidas mientras va camino de Jerusalén, cuando ya se ha liberado de todos los vínculos para ir decidido a consumir su destino en cumplimiento a la voluntad del Padre y desea de sus seguidores, una decisión semejante. Los que le siguieron, se fueron haciendo cada vez más numerosos y, años más tarde, en Antioquia, comenzaron a llamarles «cristianos».

Ser cristiano, por tanto, es haber optado por Cristo con preferencia a otras posibilidades, esa opción incluye compromisos de por vida, y, este seguimiento, impone renunciar a algunas cosas que podemos experimentar como costosas, pero que en ningún caso son odio ni desprecio de los valores objeto de dicha renuncia. Quizá la palabra clave sea “preferencial”. Se pueden amar todas las realidades creadas, pero debe haber un orden de prioridad. Jesús exige para sí un amor mayor “un amor preferencial”. «*San Francisco de Asís, el hombre más desprendido de las cosas de este mundo, es al mismo tiempo el hombre más enamorado de toda la Creación*». Por tanto, no es que se renuncie a amar, es un cambio de perspectiva: *Hay primero una disposición de renuncia por amor a Cristo y después una disposición para amarlo todo desde Él.*

A los cristianos del tiempo de Lucas, seguramente les sucedía lo mismo que a muchos cristianos de hoy. Habían iniciado el seguimiento con entusiasmo y se habían cansado o debilitado en su primer fervor y el evangelista les escribe para recordarles que la vocación cristiana tiene simultáneamente todos los encantos y dificultades del heroísmo, pero que las exigencias impuestas en su compromiso, no se limitan a unos elegidos sino que se fijan para todos.

La primera exigencia es al mismo tiempo condición que hace inteligibles y posibles todas las demás: *es el “amor mayor” y preferencial por Jesús* en cuya comparación todo lo demás pierde valor. «*Todo lo estimo como estiércol con tal de ganar a Jesucristo*» (Filemón 3,8). El “amor menor” tiene explicación en las realidades humanas. Dos jóvenes se enamoran y deciden unir su vida y destino. Esta decisión no disminuye el amor a los suyos ni a las demás cosas que antes amaban, pero queda “antepuesto” a todo, es “amor preferencial”. Así, también para ser verdadero discípulo de Jesús es necesario preguntarse si Jesús es lo principal en la vida o sólo una cosa accesorio reservada sólo para ciertos tiempos y circunstancias; si a Jesús lo amamos con todo o sólo con medio corazón.

«*El hombre es creado para alabar y servir a Dios. Y todas las demás cosas están creadas para que le ayuden a conseguir ese fin. Por eso debe usarlas en la medida que le ayuden y prescindir de ellas en la medida en que le impidan o dificulten el camino hacia el fin de Dios*» Este texto escrito por Ignacio de Loyola en el principio y fundamento de sus Ejercicios, son un perfecto eco del texto evangélico, en él se significa un amor subordinado al amor preferencial.

Cuando Jesús es lo principal en la vida de un cristiano, se comprende la necesidad de seguirle por amor cargando con la cruz o cruces y la necesidad de renunciar a todo lo que puede convertirse en obstáculo para el seguimiento. Supone una decisión deliberada y marcadamente personal.

Un cristiano adulto necesita hoy ser inteligente y proceder con conocimiento y talento. Nuestra sociedad es culturalmente múltiple y moralmente permisiva, en ella, coexisten muchas y diversas opiniones, usos y caminos de los que... no todos parecen ser “los caminos de Dios”. Sobre este riesgo prevenía severamente Jesús: «*esforzaos en entrar por la puerta estrecha*»; debe también, saber distinguir la voz de Dios de las voces que no hablan su lenguaje ni en su nombre: «*No os dejéis convencer por los enemigos de la cruz*»; y sobre todo debe pensar: «*Entre mí y Dios existe un punto en que me encuentre solo, como individuo libre, ante Dios mi creador y, ante Él tengo que responder de mis decisiones*»

DOMINGO XXIV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Éxodo 32,7-11.13-14): *El Señor se arrepintió de sus amenazas.*

2ª lectura (1ª Timoteo 1,12-17): *Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores.*

Evangelio (Lucas 15,1-32): *Habrà mayor alegría en el cielo por cada pecador que se arrepienta.*

Queda total y absolutamente demostrado a través de la lectura de todos y de cada uno de los libros que componen la Biblia que, de entre todos los seres de la Creación, Dios siente una predilección especial por el “hombre”. No hay ningún otro ser por el que Dios sienta una “debilidad” semejante. Así vemos y contrastamos que sucede una y otra vez a lo largo de toda la “historia de la salvación”.

A éste domingo de hoy, por el contenido de sus lecturas, deberíamos llamarle: “**Domingo de la misericordia**” si no fuera porque en todas nuestras reuniones dominicales, celebramos precisamente eso: “**LA MISERICORDIA DE DIOS**”.

En los textos de hoy, no se nos dice como debe ser la conducta observada con el prójimo: *-no juzguéis-, -no condenéis-, -amaos unos a otros-, -amad a vuestros enemigos-*. Lo que aquí se nos describen son las relaciones directas y personales de cada ser humano con Dios su Padre y Creador, en espíritu de ilimitada confianza filial. - **¿Cómo puedo yo hablar con Dios?, -¿hasta qué punto puedo confiar en Él?, -¿qué virtud debe caracterizar mi vida de creyente?**

No es posible, de manera adecuada, poner de relieve toda la riqueza de estos textos. En el libro del Éxodo (primera lectura), Yahvé, bajo la apremiante y angustiosa petición de Moisés, perdona al pueblo infiel e idólatra. Pablo en la apertura del escrito dirigido a Timoteo (segunda lectura), interpreta toda su propia aventura a la luz de la misericordia divina. Cristo ha tenido con él misericordia, cuando todavía era: «**un blasfemo, un perseguidor y un violento**», y, porque «**se fió de él**», le ha llamado a ser anunciador de un “**evangelio de misericordia**”, por eso «**podéis fiaros y aceptar sin reserva lo que os digo: que Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, y yo soy el primero**».

El amor perdonador, anunciado en las dos primeras lecturas, toma cuerpo emotivo y con un desarrollo más amplio en las parábolas de Lucas. Jesús aparece como instrumento de la misericordia de Dios, porque va a buscar y a recuperar lo que estaba perdido («**ese acoge a los pecadores y come con ellos**», murmuraban escandalizados escribas y fariseos), y revela, a través de las tres parábolas del capítulo 15, el verdadero rostro del Padre (un rostro... *materno*) y su “*incurable debilidad*” frente al «**pecador arrepentido**».

Un elemento común en todas las lecturas es el “*alejamiento*”:

- El pueblo se aleja pronto de la adoración del único Señor («**...pronto se han desviado del camino que yo les había señalado**», se lamenta Yahvé).
- Saulo se ha alejado convirtiéndose en «**blasfemo**». El mismo, incluso, reconoce que ha estado –aunque sin saberlo- «**lejano de la fe**». Había puesto su celo «**perseguidor**» y «**violento**» al servicio de la causa de Dios. Solo que aquella no era más que una imagen deformada de Dios. Descubrirá el verdadero rostro de Dios cuando experimente su misericordia.
- La **oveja** se extravía después de haberse alejado del redil.
- Luego está la **mujer** que pierde una de sus diez monedas.
- Finalmente ahí está el **hijo pródigo** que se ha alejado de la casa paterna.

Pero no basta. Tenemos, también, al **hijo mayor** que es el que, aunque jamás haya dejado la casa y el trabajo, está “*más lejano*”. Su fidelidad es puramente formal: su obediencia está privada de alegría y de amor; su corazón se manifiesta mezquino, incapaz de perdonar, de aceptar al hermano que se ha equivocado. Lo rechaza y se lo “remite” al padre, él no lo reconoce: («**ese hijo tuyo...**»); y el padre se lo devuelve, no como su hijo, sino como el hermano al que ha de amar: («**este hermano tuyo...**»). Por consiguiente también él se ha alejado, es más, permanece obstinadamente alejado, porque es extraño a la misericordia del padre.

El “*hallazgo*” en las tres parábolas, termina con una explosión de alegría incontenible. La fiesta es la conclusión de las tres aventuras. La conversión y el perdón desembocan, no en una penitencia punitiva, en una sala oscura en donde están puestos en fila, con los rostros tristes y sombríos, sino en un clima festivo. Pero esto no es bastante. Es importante que todos se sientan implicados en la fiesta: «**Alegraos conmigo...**» la alegría del encuentro ha de ser compartida, sin reservas, por todos.

La única fiesta que queda suspendida es la última. Frente a los refunfuños del hijo (todo casa, trabajo y cumplimiento de los reglamentos), los preparativos del Padre se interrumpen, se suspenden los bailes, cesa la música; que sólo volverá a sonar si él, el lejano, se atreve a traspasar aquél umbral, o sea, si logra “**entrar en la fiesta**”.

DOMINGO XXV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Amós 8,4-7): *No oprimáis nunca al pobre.*

2ª lectura (1ª Timoteo 2,1-8): *Dios quiere que todos los hombres se salven.*

Evangelio (Lucas 16,1-13): *El que es honrado en lo menudo también es de fiar en lo importante.*

En toda la Palabra revelada abundan las serias advertencias sobre el peligroso poder de las riquezas. Los profetas saben que el poseer obliga a los hombres a ejercer *de hecho* sobre los demás un dominio no querido por Dios. Una cosa es tener medios suficientes o abundantes para vivir y otra es acumular riquezas para dominar.

En una época caracterizada por la estabilidad política, paz y prosperidad, entra en escena Amós, un profeta social, **voz de los que no tienen voz**, que profetizó en tiempos de Ozías en Judá y de Jeroboán en Israel. Muchos ricos aprovecharon la coyuntura para ampliar desmesuradamente sus latifundios, construirse magníficos palacios, celebrar fastuosos banquetes y bacanales utilizando, incluso en ellas, los objetos de culto. Sucedió lo que sucede siempre: **los ricos se hicieron más ricos y se multiplicó el número de los pobres.**

Amós levanta la voz contra los aprovechados, denuncia su irreligiosidad, su falta de conciencia profesional y su falta de amor a Dios. ***La violación del orden social se considera como un ultraje también a Dios.*** Amós clama contra la negación de los derechos del hombre, enumera concretamente la explotación del pobre, la especulación, el fraude, las estructuras injustas, la falta de conciencia y de amor. ***La justicia de Dios protege a los explotados.***

Una sociedad estructurada sobre el consumismo crea, necesariamente, una atmosfera propicia para el desarrollo de la ambición desmesurada, la cultura del pelotazo, la competencia y el orgullo que pone su confianza en las riquezas, con olvido de Dios y despreocupación por el prójimo, al que se ve sólo o principalmente como “*un cliente posible*”, es decir, un sujeto potencialmente explotable. Es muy distinta a la concepción social que nos da el Evangelio sobre los bienes.

El pensamiento sobre el futuro (muchos se hacen un seguro particular para la vejez) es para todos una preocupación en el presente. Del futuro del hombre en relación con los bienes naturales trata la parábola de hoy y Jesús confronta a sus oyentes con una incongruencia: **los hijos de las tinieblas son más sagaces para el mal que los hijos de la luz para el bien.** Como vehículo de esta enseñanza utiliza un personaje bíblico conocido como «**el administrador infiel**».

¿Qué hacer? Las alternativas no le convencen. Ni trabajar ni mendigar. En consecuencia acude a la trampa, al fraude, al soborno, en una hábil maniobra tal como se cuenta en la parábola. «***Y el amo felicitó al administrador injusto por su astucia.*** **¿Qué barbaridad!** Hay aquí algo a primera vista desconcertante. El señor que alabó la astucia del administrador es Jesús mismo. Eso es lo extraño.

¿Puede pensarse en el fraude como alternativa para el trabajo? La disposición del dinero ajeno en beneficio propio es fraudulenta pero hay en ello algo positivo: La preocupación por el futuro. De ahí argumenta Jesús: ***«pensad en vuestro futuro, poned en juego todos los medios para granjearos amigos en el cielo porque utilizar los bienes temporales para asegurar los eternos es una buena operación financiera».*** Los bienes de Dios se nos dan para vivir de ellos en este mundo a condición de no perder de vista el objetivo final de la eternidad.

Leyendo la parábola hacia dentro hay que preguntarse primero: **¿Qué bienes me ha confiado Dios para su administración? ¿Qué aptitudes, que cosas, que personas...?** Si Dios me los ha dado, debo hacer uso de ellos para mi vida, **¿pero cómo?** El uso correcto de los dones de Dios depende en parte de la época y medio social en que cada uno vive, pero “*sagazmente*” solamente procede el que los usa sin perder la perspectiva de los bienes eternos.

No somos propietarios sino administradores de los dones de Dios. El despilfarro, la indiferencia ante las necesidades ajenas, la corrupción, el fraude... son reproducción y copia de la conducta del personaje de la parábola. Es una conducta “*sagaz pero infiel*”, como corresponde a los hijos de las tinieblas. La posesión y uso de los bienes con proyección social es uso “*sagaz*” con miras al Reino de los Cielos. La vida y todos los valores son una gerencia confiada de cuya fidelidad habrá que dar cuenta exacta. **En el Evangelio hay una palabra clave y esa palabra es: “SERVICIO”.**

DOMINGO XXVI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Amós 6,1.4-7): *Los que lleváis una vida disoluta iréis al destierro.*

2ª lectura (1ª Timoteo 6,11-16): *Guarda el mandamiento hasta la venida del Señor.*

Evangelio (Lucas 16,19-31): *Tú recibiste bienes y Lázaro males; ahora es al contrario.*

Sigue el profeta Amós denunciando los escándalos de las élites sociales de Israel, la instalación cómoda en el lujo, la ostentación, los banquetes y la irresponsabilidad social. Y anuncia el castigo de esos abusos. El que vive en la abundancia con desprecio del pobre no cae en la cuenta de su propia desgracia hasta que los hechos vienen a sacudirle de su modorra. La deportación los sacará del sueño, irán al destierro como los demás.

Al cuadro de vicios denunciado por Amós opone Pablo un cuadro de virtudes que Timoteo, hombre de espíritu encarna de manera ejemplar en su vida y le convierten en testigo del Señor. Esas virtudes son la fe, la caridad y la perseverancia (esperanza), trío de virtudes clásicamente llamadas teologales, insistentemente recomendadas por Pablo en otros textos de sus cartas. Recomienda también la justicia, en su sentido bíblico de perfección, la mansedumbre y la vida piadosa.

En nuestro caminar hacia Dios no vamos solos. Avanzamos en caravana de solidaridad y los ejemplos de unos influyen en la conducta de los otros. Unos viven a lo humano teniendo por dios al vientre, mientras que otros dan con su vida valiente testimonio de fe. Lázaro y el epulón han venido a representar dos eternos tipos humanos en situaciones existenciales antagónicas. Dos vidas, dos corazones, dos filosofías de la vida.

Pobreza y riqueza, necesidad y responsabilidad social. ¿Qué postura adoptar ante estas realidades antagónicas e inevitables? La mentalidad judía veía en la riqueza un signo de las bendiciones divinas, Jesús previene sin embargo de sus peligros. Pobreza y riqueza son en sí mismas indiferentes, pero la riqueza favorece la autosuficiencia con endurecimiento de corazón, mientras que la pobreza predispone para la humildad y confianza en Dios.

El epulón es aquí significativamente un innominado. Al carecer de nombre se convierte en un personaje universal, abierto y representativo de todos los que, desde su bienestar, pasan de largo indiferentes a las necesidades ajenas. Tampoco se dice que el epulón injuriara al pobre o que le arrojara de su presencia, pero hacía algo más doloroso quizá: no se fijaba en él, el pobre no era nadie ni nada, ni siquiera algo que molesta, menos que los perros de la casa. Y es también la indiferencia quizá la mayor prueba de la dureza del corazón de piedra del rico.

Jesús nunca se manifestó despectivo respecto a los bienes de este mundo, ni culpó a las riquezas directamente de sus males. Pero si quiso prevenir contra el aislamiento de espíritu y endurecimiento del corazón a que puede llevar. **«Corazón de carne en vez de corazón de piedra»**, es la transformación que Dios pide cuando quiere cambiar radicalmente una situación y obrar la conversión de los hombres. Llamó también la atención sobre la precariedad y bondad sólo relativa de todo lo que se acaba. Es por tanto absolutamente necesario organizar la vida según una escala de valores.

La vida humana, mucho menos la cristiana, no consiste en un disfrute de cuanto uno pueda poseer, en solitario, sin los demás, sino en comunicación con ellos a corazón abierto. Riquezas, fama, imagen... pueden seducir hasta el punto de hacer creer que son el principal factor en la escala de los bienes que llevan a la dicha. Jesús enseña: *los bienes materiales no dan calidad de vida. La felicidad no se compra con dinero porque la dicha, si es verdadera, consiste en algo interior.*

¿Cómo deben vivir en la tierra los que tienen su esperanza en el cielo? La fe en Cristo comporta responsabilidades ante Dios respecto a las necesidades humanas. Los mendigos que alargan la mano por la calle o en las puertas de nuestras iglesias no suelen ser representativos de los actores de la parábola, y quienes alargan una ayuda tampoco saben siempre si la da a quien realmente la necesita. Más violentos son los contrastes a nivel social colectivo entre el poderío y lujo de ciertas zonas urbanas y sus cinturones de chabolismo y miseria en nuestras ciudades.

Los que se identifican con lo que poseen son cada vez menos hombres, su vida pierde calidad y es por lo tanto cada vez más pobre. Por el contrario, cuando más se crece en humanismo y se abre el corazón a los demás se gana en amor y por lo tanto en dicha. Existe en el corazón un sentimiento innato de justicia y tenemos que empeñarnos en la lucha por construir un mundo en donde la haya. El epulón se condena no por rico sino por dureza de corazón. Y el pobre se salva no por pobre sino por haber conservado el corazón libre de odio y lleno de confianza en el Padre celestial.

DOMINGO XXVII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Habacuc 1,2-3; 2,2-4): *El justo vivirá por su fe.*

2ª lectura (2ª Timoteo 1,6-8.13-14): *No temas dar la cara por nuestro Señor Jesucristo.*

Evangelio (Lucas 17,5-10): *Si tuvierais fe...*

Si hay fe se ve todo con ojos nuevos. El profeta (primera lectura) se enfrenta a un problema de fe ante la presencia del mal y su fidelidad es puesta a prueba. Pablo previene de la necesidad de permanecer fiel a los compromisos adquiridos (segunda lectura) **“La ocasión no hace al héroe pero le descubre. El heroísmo de la fe ante la adversidad consiste en guardar con fidelidad el depósito confiado”**

Los rabinos de Israel sostenían que la planta más difícil de arrancar es el sicomoro (hoy probablemente, se referirían a las butacas, o mejor, a quienes se han “emparedado” en ellas), Jesús nos facilita la tarea contentándose con un árbol un poco menos robusto. Pero no puede concedernos una ulterior reducción en lo que se refiere a la fe. También porque sería arduo encontrar algo más pequeño que la punta de un alfiler (el del granito de mostaza, obviamente). Casi invisible, de acuerdo. Pero no inexistente.

Recuerdo en mi infancia ir a la estación de ferrocarril, en donde existían algunas moreras, para arrancar sus hojas y llevárselas a mis gusanos de seda, estos la roían incesantemente para almacenar el precioso material que después habrían de devanar en delicados hilos. Han pasado los años y el chaval que desnudaba las moreras de sus hojas ha crecido. Pero ciertamente no debo afirmar que la fe haya aumentado hasta alcanzar las dimensiones considerables de un “granito de mostaza” (casi invisible), esa fe indispensable para hacer caminar a las moreras o trasladar las montañas (Marcos 11,22-23; Mateo 17,20; 21,21).

Fe, fidelidad, seguridad forman una secuencia. Jesús informa a sus discípulos de las dificultades que pueden sobrevenir después de su muerte y que deberán ser afrontadas con valentía por ellos solos. La lucha puede compararse al servicio fiel de un criado que deberá ser equipado con el escudo de la fe. La fe es la chispa que produce el incendio, es la semilla que crece y se convierte en árbol frondoso.

Arrancar de raíz una morera o trasladar de su base una montaña no son quizá prodigios mayores que cambiar una vida o transformar un corazón. Jesús dice que esos prodigios son posibles cuando hay fe, pero la fe es don de Dios que hay que pedir con humildad. Si no se veía fe no hacía Jesús “milagros” (Mateo 13,58) y cuando hacía “milagros” los atribuía a la fe (Mateo 5,34; Lucas 7,50). Todo esto lo sabían bien los discípulos y por otra parte habían confrontado su propia limitación e impotencia ante ciertas enfermedades (Mateo 17,19). La fe crece con el ejercicio y es objeto de la oración. De ahí su petición de aumento de fe, es decir, de mayores facultades, mayor poder frente al mal: **¡Señor, aumenta nuestra fe!**

A los padres que llevan a su hijo a la pila bautismal se les pregunta: ¿Qué pedís de la Iglesia de Dios para vuestro hijo? Y responden: la fe, porque la fe da la vida eterna. Sin fe no hay posibilidad de vida cristiana. La fe del bautismo queda como una semilla en el alma, que debe desarrollarse progresivamente hasta producir el milagro de cambiar el corazón y transformar la vida. La fe lo ilumina todo y hace que todo se vea de distinta manera, con los ojos de Dios. Transforma las dudas en certezas, la depresión en confianza, la timidez en audacia, el *no* en *sí* a los proyectos divinos. **¿Quién puede, por ejemplo, perdonar setenta veces siete, o superar con amor el odio, o aguantar apacible una larga enfermedad o soportar resignado una muerte prematura?** Para el que cree es todo posible (Marcos 9,12).

A la gratuidad del don de Dios, debe corresponder una postura por parte del hombre hecha de dedicación apasionada y humilde, diligente y modesta. Nosotros somos los “siervos”, que debemos identificarnos con el comportamiento del siervo que trabaja con empeño, amor y humildad, y, después que ha obedecido las órdenes con seriedad, reconoce que no ha hecho sino cumplir simplemente con su deber: **«Lo mismo vosotros: cuando hayáis hecho todo lo mandado, decid: “Somos unos pobres siervos, hemos hecho lo que teníamos que hacer”»**

La relación con Dios está bajo el signo de la gratuidad, y no bajo el signo de un contrato. Como las moreras caminan al impulso de un preciso y potente mandato de la fe, a nosotros, trabajadores en el campo del Señor, tras efectuar diligentemente nuestro trabajo y reconociendo que sólo hemos hecho lo que teníamos que hacer, sólo nos queda, como los apóstoles, y con toda humildad, insistir pidiendo: **“¡SEÑOR, AUMENTA NUESTRA FE!”**

DOMINGO XXVIII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (2º Reyes 5,14-17): *Volvió Naamán a Eliseo y alabó al Señor.*

2ª lectura (2ª Timoteo 2,8-13): *Si perseveramos, reinaremos con Él.*

Evangelio (Lucas 17,11-19): *¿No ha vuelto más que este extranjero a dar gracias?*

¡Dar gracias! ¡Ser agradecidos! Saber agradecer es un sentimiento profundamente cristiano y extremadamente humano. Decir «*muchas gracias*» es una cosa que cuesta poco, pero si sale de dentro, es una de las más nobles expresiones del corazón humano. Saber decir “*gracias*” cuando, por ejemplo, se recibe un regalo es una de las cosas que primero nos enseñan nuestros mayores como parte de una buena educación, y el que no sabe decir oportunamente “*gracias*”, **¿qué sabe?**

El que no es agradecido es en realidad sumamente pobre, lo mismo en la apreciación humana que en su valoración ante Dios. El agradecimiento es muchas veces lo único que podemos devolver por los beneficios recibidos y, cuando es sincero, es un reconocimiento por parte de un corazón noble. Cada día, cada hora, hay motivos más que sobrados para dar gracias.

La Iglesia celebra una vez al año, el “*día de acción de gracias*”. Es una tradición antigua, un día al final del verano y pretende agradecer los frutos y las cosechas. Pero ni en la sociedad agrícola ni en la industrial puede la actitud de agradecimiento a Dios limitarse a un gesto, una vez al año y un día determinado. El que no da gracias a Dios, será porque en el fondo no está convencido de deberle nada. Sin embargo, a Dios se le debe todo aun sin saberlo.

La “*lepra*” hacía del enfermo un muerto civil, que debía vivir sólo, sin contacto humano con nadie: «*El que ha sido declarado enfermo de lepra andará harapiento y despeinado, con la barba tapada y gritando: “¡Impuro, impuro!”*. Mientras le dure la afección seguirá impuro. Vivirá apartado y tendrá su morada fuera del campamento» (Levítico 13,45). Si quedaba curado, podía reintegrarse en la sociedad mediante “*certificado médico*” extendido por el sacerdote, tras realizar el “*rito de purificación*”.

Naamán (general sirio) es un pagano bien dispuesto, tocado por la enfermedad de la muerte (lepra), y, en busca de su curación acude, sin titubear, a cuantos remedios le sugieren. A pesar de que el ritual, propuesto por Eliseo, para su curación, - lavarse en el Jordán - le parece decepcionantemente simple, obedece. El general, se lava y queda curado: «*Su carne se torna como la de un niño*». Es un nuevo nacimiento, nace como un hombre nuevo del agua y de la fe. Naamán reconoce que su curación se debe al poder del único Dios de Israel y se dispone a rendirle culto: «*Ahora reconozco que no hay Dios en toda la tierra más que el de Israel*». A partir de aquí empieza la meditación religiosa. **La analogía con las aguas del bautismo que purifican y dan origen a una nueva criatura es evidente.**

Más, dar las “*gracias*” solamente, parece que no le basta. Al agradecimiento hay que añadirle otro elemento, la “*memoria*”, pues, sólo recordando el hecho, se tiene presente la gratitud debida por los beneficios recibidos. Así, Naamán, ante la imposibilidad de poder permanecer permanentemente allí, en aquél lugar, decide llevarse a su país un poco de la tierra de Israel: «*Pues en adelante tu servidor no ofrecerá holocaustos ni sacrificios a otros dioses fuera del Señor*».

Las enfermedades suele ofrecer ocasión de malestar y quejas contra Dios, pero, a veces, puede ser que resulten necesarias como tiempo de reflexión y medicina del espíritu. Entonces también hay que decir “*gracias*” por la enfermedad. Pensándolo bien, lo único que el hombre puede dar a Dios, es el agradecimiento, pero éste, no puede imponerse, como tampoco se puede imponer el amor. El agradecimiento, tiene que salir del corazón como expresión de la persona y eso agrada a Dios.

Entre los hombres se acostumbra a decir: «*El que no es agradecido, no es bien nacido*». Donde hay poco pero hay agradecimiento, allí hay un alma noble: «*“Un rabino oraba y daba gracias a Dios por todo”*. Uno que le oyó replicó: -*¡Pero si no tienes nada!*- A lo que respondió el rabino: “*Yo necesitaba precisamente la pobreza y Dios me la ha dado*»». El que no da gracias a Dios es simplemente un ciego y un insensato, pues todo cuanto tenemos procede de Él. Especialmente debemos agradecer su amor y su perdón.

En el caso del Evangelio diez leprosos fueron curados por Jesús, pero “*no todos fueron curados de forma igual*”. Efectivamente, todos fueron curados de su “*enfermedad corporal*”. Ahora bien, Jesús se interesa por el hombre en su “*totalidad*” y solamente uno, “*un samaritano*” vio en su curación algo más que la liberación de la lepra, y cuando iba con los demás, a presentarse a los sacerdotes, “*vio el amor de Dios*” y volvió lleno de fe a dar gracias. Y, Jesús le dijo: «*LEVÁNTATE, VETE; TU FE TE HA SALVADO*».

DOMINGO XXIX DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Éxodo 17,8-13): *Mientras Moisés tenía las manos en alto, vencía el pueblo.*

2ª lectura (2ª Timoteo 3,14-4,2): *El hombre de Dios debe estar equipado para toda obra buena.*

Evangelio (Lucas 18,1-8): *Dios hará justicia a los elegidos que claman a Él.*

Hay en el campo del espíritu una peligrosa enfermedad que desvirtúa el encanto de las cosas, es “**la rutina**”. El cansancio es generalmente una lacra de todo lo humano. Lo que un día fue deseo febril o posesión gozosa puede degenerar en aburrimiento y tedio insoportable. Así sucede en la vida profesional, en la vida matrimonial y también en el trato con Dios por la oración. Las verdades que un día enardecían y hacían sentir cercano a Dios, pueden convertirse en tópicos que ya no dicen nada. Entonces se abandona la oración con alguna expresión muy parecida a esta: «**Dios no me hace caso; Dios no me oye**».

Es generalmente la desilusionada queja de quienes sufren una larga enfermedad, no tienen suerte con los hijos o, simplemente, no les salen las cosas como ellos quisieran. En consecuencia dejan de rezar. Pero, **¿es verdad que Dios no nos oye?** Para los que se desaniman y abandonan la oración propuso Jesús la parábola del Evangelio: “*La insistencia de una viuda ante un juez irresponsable*”. Si a uno se le ocurriera comparar a Dios con el juez injusto aquí aludido, sería tenido por blasfemo. La parábola no establece una comparación sino una antítesis, según la conclusión sacada por Jesús mismo: «*Si ese juez, siendo malo, terminó por oír la súplica de la viuda, ¿cuánto más Dios, que es bueno, escuchará las súplicas de sus hijos?*».

Nadie mejor que Jesús pudo comprobar la aparente *lejanía* de Dios mientras moría en la cruz y en otros momentos de su vida. Nadie tampoco oró tan confiadamente: «*yo sé que siempre me escuchas pero lo digo para que la gente crea*» (Juan 11,42). Jesús nos invita a orar en toda circunstancia, aun contra la aparente lejanía o indiferencia divina.

En el Éxodo (primera lectura), no se nos describe la batalla en Rafidín, contra Amalec, pero sí el elemento determinante de la victoria: “**la oración perseverante de Moisés**”. El conjunto del relato y la posesión del bastón, símbolo del poder otorgado por Dios a Moisés, dan a entender la eficacia de la oración. La ayuda del Señor conecta simbólicamente con el pueblo por medio de “**las manos levantadas**”. Así cumple Moisés la bella función de ser mediador entre Dios y el pueblo.

Pablo (segunda lectura) insiste nuevamente en la perseverancia en la transmisión del mensaje, que debe ser anunciado a tiempo y a destiempo, enseñando, exhortando y corrigiendo con valentía y fidelidad. Timoteo debe transmitir las verdades recibidas porque nadie puede predicarse a sí mismo ni está autorizado para anunciar como mensaje de Dios su propio mensaje humano. La Palabra de Dios tiene primacía sobre toda palabra humana, y la fidelidad a la fe nos da la clave para leer la Palabra de Dios e interpretar a su luz los signos de los tiempos.

Hoy se habla mucho de la necesidad de la oración y al mismo tiempo de la imposibilidad de orar en el mundo moderno. El cristiano consciente de serlo, debe partir ante todo del hecho de la oración frecuente de Jesús (Mateo 14,23; Marcos 1,35; Lucas 9,18) y de que la oración es una práctica normal en el Nuevo Testamento. **¿Qué sucede cuando un hombre ora? ¿Qué espera o qué le mueve a ponerse, de rodillas, ante un crucifijo, para vocalizar una oración?** Siempre es lícito abrir el corazón a Dios, pedir, exponer, insistir. Dios no reacciona con enfado o mal humor. No se siente molesto ni aburrido por la insistencia suplicante. Por eso no se debe formular la pregunta sobre si se debe orar o no, sino sobre la manera de hacerlo: **¿Cómo debe ser mi oración?**

Como introducción a toda oración se debería citar siempre la enseñanza de Pablo: «*No sabemos a ciencia cierta lo que debemos pedir, pero el Espíritu en persona intercede por nosotros con gemidos sin palabras; y aquel que escruta el corazón conoce la intención del Espíritu, porque éste intercede por los consagrados como Dios quiere*» (Romanos 8,26). Hay muchos desilusionados de la oración. Suelen serlo quienes sólo han practicado la oración de petición de objetivos materiales concretos y, al no haber sido satisfechas sus peticiones, han dejado todo. La oración no es sólo petición. La oración es diálogo con Dios para identificar criterios y objetivos, naturalmente acomodando los deseos humanos a la voluntad divina para que ésta se cumpla también en la tierra como se cumple en el cielo. Los que entienden así la oración nunca se decepcionan, porque contra todo escepticismo, establece Jesús un principio universal: «**No hay oración bien hecha que llegue hasta Dios en vano y vuelva al hombre vacía**».

DOMINGO XXX DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Eclesiástico 35,12-14.16-18): *Los gritos del pobre atraviesan las nubes.*

2ª lectura (2ª Timoteo 4,6-8.16-18): *Ahora me aguarda la corona merecida.*

Evangelio (Lucas 18,9-14): *El publicano bajó justificado a su casa, el fariseo no.*

Pablo, en el ocaso de su vida, confía como confidencialmente algunos sentimientos sobre su actividad en el pasado: «*He combatido bien mi combate, he corrido hasta la meta, he mantenido la fe*» y su esperanza en el futuro para el que aguarda, como premio, la corona merecida: «*El Señor seguirá librándome de todo mal, me salvará y me llevará a su reino del cielo*».

Dios es autor y sancionador de la ley, que juzga imparcialmente sobre el bien y el mal sin acepción de personas. Por tanto, aunque eso no nos guste, Dios es también juez y así nos lo recuerda el texto del Eclesiástico: «*El Señor es un juez justo que no puede ser parcial*».

Jesús insiste nuevamente, a través del vehículo pedagógico de la parábola «*Dos hombres subieron al templo a orar*», en sus enseñanzas sobre cómo debe ser nuestra oración.

Dios no se deja engañar ni sobornar por nadie, y si alguien es objeto de sus preferencias es precisamente el débil, el pobre, el oprimido. La oración del necesitado, hecha en humildad es la que perfora el cielo hasta llegar a Dios.

Los dos hombres de la parábola fueron al templo a orar. Pero la oración de uno no era diálogo sino monólogo. «*Hablaba consigo mismo*». No daba gracias por los dones recibidos sino por sus propios logros y se miraba complacido en ellos como en un espejo. Se comparaba con el publicano para sentir la satisfacción de verse mejor que él, afea la imagen ajena para mejorar la propia.

En la vida del fariseo había cosas positivas “*paga el diezmo de todos sus bienes y ayuna dos veces por semana*”, pero se lo atribuía a sí mismo y no creía necesitar nada de nadie. Cuando el fariseo hace su propio elogio, es sincero en lo que dice, pero eso mismo es, espiritualmente, su flanco débil porque cree poder atribuírselo a sí mismo y justificarse sin necesidad de Dios. Y se queda consigo mismo, es decir, en su engaño, en su pobreza espiritual.

El publicano es también sincero pero, a diferencia del fariseo, espera la justificación no de las propias obras, que reconoce malas, sino de la misericordia de Dios. Es lo que le salva. Como la justificación es obra de Dios, el fariseo volvió a casa sin aceptarla, mientras que el publicano volvió justificado.

Cierta corriente de opinión puede disculpar al fariseo o incluso aceptar que se comporta bien y el publicano mal. Jesús puntualiza lo contrario. Entre el fariseo “*honorable*” y el publicano “*corrupto*”, abre Jesús nuevas perspectivas de opinión según el criterio de Dios, que mira al interior y lee en el corazón, que nada se escapa a sus ojos y además es juez justo e insobornable.

No son los gestos exteriores ni las propias obras lo que justifica al hombre; es la actitud humilde del corazón lo que hace al hombre grato ante Dios.

- **ORAR** es dialogar con Dios, confrontar nuestra pequeñez con su grandeza, nuestra realidad con el ideal a que nos llama y solicitar su gracia para alcanzarlo.
- **ORAR** es vaciar ante Él nuestros deseos, aspiraciones y fracasos, agradecer sus dones y pedir perdón por las infidelidades.
- **ORAR** es ponerse total e incondicionalmente a su disposición en toda circunstancia.

Con esta parábola, Jesús se está dirigiendo a todos aquellos cristianos que, teniéndose por “*justos*” es decir “*cumplidores*”, lo importante es la letra o el número de prácticas religiosas y no su calidad. Siempre es verdad que vale más un acto intenso que mil remisos, que nadie tiene derecho a sentirse superior a los demás y que cumplir ciertas prácticas, repetir y multiplicar el número de devociones no santifica automáticamente.

También la dirige, a aquellos otros, a quienes les gusta ver las montañas desde abajo, los toros desde la barrera, o las iglesias desde fuera, y desde allí, lanzan piedras contra los que están dentro justificando hipócritamente los propios pecados con las supuestas o reales imperfecciones de los demás: «*Nadie tiene derecho a lanzar piedras contra nadie si no está seguro de estar sin pecado. Ni puede indignarse contra la paja en el ojo ajeno mientras no se quite la viga del propio*».

El hombre, rehúye la confrontación consigo mismo en sinceridad para verse como es realmente. Hace falta buena dosis de honradez, sinceridad y humildad para contemplarse en el espejo de la verdad y aceptarse tal y como se es. Hay quien prefiere ponerse en el lugar del fariseo mejor que en el del publicano, aunque subestime esta figura y, para condenar al otro, le llame, indignado: **¡FARISEO!**

TODOS LOS SANTOS

1ª lectura (Apocalipsis 7,2-4.9-14): *Una muchedumbre inmensa, que nadie podía contar.*

2ª lectura (1ª Juan 3,1-3): *Mirad que amor nos ha tenido el Padre...*

Evangelio (Mateo 5,1-12a): *Estad alegres y contentos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo.*

Existe en todo ser humano una inclinación a considerarse mejor y superior a los demás. Pero si preguntásemos en la calle a cristianos “normales” si son o quieren ser “santos”, observaríamos reacciones de inhibición y desconcierto. Los más reflexivos nos dirían que procuran ser “buena personas”, cumplir con Dios y con sus obligaciones en la vida, ser honrados..., pero nunca se han planteado la cuestión de ser “santos”. Aunque quizá sean “santos” sin saberlo.

La “santidad” no es fácil, pero tampoco es terreno acotado para algunos privilegiados, héroes de la vida que se han entregado a las obras de caridad en el Tercer Mundo o que la gastan en los conventos. Mártires, vírgenes y confesores son modelos de vida cristiana, dando testimonio de la victoria de la gracia sobre el pecado y de la fuerza de Dios sobre la debilidad humana, y, siendo válidos intercesores ante Dios a favor de los hombres. Más “SANTOS” no son sólo los oficialmente declarados como tales por la Iglesia sino todos aquellos que viven en Dios. Por eso, al celebrar a los “santos” estamos glorificando ante todo a Dios, «*siempre admirable en sus santos y santo en todas sus obras*». La “santidad” es perfección que desemboca en la plenitud de Dios. Todo el que se afana por la dicha está deseando esa perfección que introduce en la plenitud de la vida: **LA SANTIDAD**.

«*Sed santos como vuestro Padre del cielo es santo*». La vocación primaria, verdadera y me atrevo a decir “única” de todo cristiano es (al menos debiera ser), la de ser “santos”. Al distribuir Dios sus dones, no todos los usan y aprovechan por igual. Hay “santos” (personas santas) que se hacen ante todo admirar; otros se hacen principalmente querer. Pero admirados y/o queridos todos cantan la grandeza del amor de Dios, origen de todo bien. En unos brilla la “santidad” de forma espectacular y figuran en los catálogos de “santos” oficialmente canonizados. En otros la “santidad” permaneció más bien oculta, no deslumbró, no hizo ruido, ni tuvo promocionadores, pero vigorizó al pueblo de Dios y quizá sólo después de la muerte nos dimos cuenta de que el desaparecido era un “SANTO”. Y ésta es la “santidad” que celebramos principalmente en éste día. Porque la “santidad” **NO** consiste en ser imitadores de otros “santos”: Pablo, Javier, Teresa, Vicente, María Luisa, etc., sino en llegar a ser “*eso que Dios ha pensado de mí*”. Dios no pide nada más, pero tampoco nada menos.

¿Y cómo me ha pensado? Ante todo: pobre de espíritu; capaz de presentarme ante Dios con corazón limpio para que Él deposite sus riquezas; capaz de compadecerme ante la necesidades ajenas; de luchar sin odio por la paz y de indignarme sin ira ante la injusticia; dispuesto a aceptar desprecios por confesar mi fe..., y todo esto con alegría. Así nos los revela el evangelio de éste día: «**Dichosos..., alegres..., dichosos...,**».

Existe una incompatibilidad absoluta entre santidad y tristeza. El “santo” no es (como lo imaginamos con frecuencia) un individuo sombrío, triste, con cara estirada, los ojos bajos, el aire severo, el dedo amonestador, la sonrisa difícil; al contrario, es un candidato a la alegría. El “santo” no renuncia a alegrarse ni siquiera cuando le caen encima insultos y otras cosas poco agradables.

Cierto que la alegría de los “santos” es una alegría “diferente”. Se trata de una felicidad desde el punto de vista de Dios. Es la **alegría** de quien tiene el alma pobre; la **alegría** de los mansos; la **alegría** de los constructores de la paz; la **alegría** de los que tienen corazón para la miseria del hermano; la **alegría** de los padecidos por la justicia; la **alegría** de los apasionados por la causa del Reino; la **alegría** de los que son limpios de corazón. El “santo”, tanto el conocido como el anónimo, va a buscar la alegría en los alrededores de la «*montaña*», a la que, significativamente, se llama «*monte de las bienaventuranzas*», desde que ha resonado en ella un mensaje insólito

Los “santos”, antes de ser consagrados en el cielo, “*allá arriba*”, se han examinado “*aquí abajo*”, en la tierra. Han tropezado en su camino con el mismo prójimo “*difícil*” y desagradable que nos encontramos nosotros; han dado el “*callo*” en su trabajo “*aburrido*” y repetitivo como el nuestro; han encontrado las mismas o mayores “*incomprensiones*” y dificultades que nosotros; su fidelidad tenía el mismo “*precio*” y valor que la nuestra; para ellos los sacrificios tampoco resultaban agradables, no obtuvieron ningún descuento ni encontraron devaluación alguna. La paciencia, la mansedumbre y la dulzura, no eran “*optativas*” para ellos, lo mismo que no deben serlo para nosotros.

Sí, hoy es la fiesta de la “*santidad ordinaria*”, de la “*santidad anónima*”, pero no por ello menos alegre, luminosa y gloriosa.

DOMINGO XXXI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Sabiduría 11,22-12,2): *Señor, te compadece de todos porque amas a todos.*

2ª lectura (2ª Tesalonicenses 1,11-2,2): *Que Jesús sea vuestra gloria y vosotros seáis gloria para Él.*

Evangelio (Lucas 19,1-10): *He venido a salvar lo que estaba perdido.*

Dios es el autor de todo y no odia nada de lo que ha creado porque todo es precioso para sus ojos. El hombre es como un grano de arena ante Dios en su doble aspecto físico y moral. Y es precisamente esa grandeza de Dios que le hace inclinarse sobre sus criaturas con amor, la que explica su paciencia y su perdón sin límites.

La comunidad de Tesalónica se ha mostrado fiel ante los falsos profetas que anuncian, entre misterios, la inminente venida del Señor. Los catastrofistas anuncian la muerte de Dios, el fin de la fe, la autodestrucción del mundo. Pablo quiere poner serenidad en la tribulación: **«más que inquietarnos por las desventuras anunciadas por falsos profetas, debemos pedir que vengan santos que hagan creíble el Evangelio»**. La preocupación del cristiano debe consistir en vivir las exigencias de la fe y glorificar a Dios en la propia vida, intentando implantar en este mundo en evolución, las virtudes que caracterizan el Reino de Cristo: **justicia, paz, amor y perdón**.

El amor y perdón de Dios se hacen visibles en Jesucristo, que acogía a los pecadores y no se desdenaba en aceptar banquetes con ellos. Zaqueo era un enfermo necesitado de médico.

Zaqueo, jefe regional de aduaneros, tenía un complejo de inferioridad de estatura, compensado por el volumen de sus riquezas de dudoso origen. Un caso de corrupción que hace de él ante los “*piadosos*” judíos, un hombre cuyo contacto había que evitar, y ante Jesús, un enfermo al que hay que curar.

Comienza la historia por el pequeño detalle de subirse al árbol para superar el complejo de estatura, desde allí ve y puede ser visto. En el Evangelio, “*ver*” puede significar la voluntad de “*creer*”, como los griegos que deseaban ver a Jesús (Juan 12,21). En la auto-invitación de Jesús, Zaqueo ve una compensación, se siente honrado a la vista de todos y vence su complejo de inferioridad moral.

La historia de este hombre tiene ribetes de cuento: Zaqueo es rico pero pequeño, influyente pero no querido, notable pero no apreciado por los hombres por pertenecer a una profesión odiosa, la de recaudador de impuestos para la potencia de ocupación. Es uno de tantos que tienen mucho pero les falta más, arcas llenas y corazón vacío, dinero sin estima ni amor, deseos de una dicha que no se vende en los mercados.

Había que negociar algo nuevo. La decisión de subirse al árbol es... infantil y pudo ser señalado con el dedo entre risas. Pero en aquella decisión había un profundo deseo más que una simple curiosidad. Dios nos ve antes de ser visto, nos conoce antes de dirigirnos a Él. Jesús miró, vio y llamó. A continuación vino el cambio de vida.

En el banquete dado por Zaqueo, Jesús estaba allí sin forzar nada, no violentó nada, no impuso nada. Solamente calentó su corazón. El corazón endurecido por las riquezas se ablandó, se abrió, se vació de todo para llenarse de Dios. Zaqueo no necesitó nada y estaba dispuesto a darlo todo para significar la sinceridad de su cambio. Dio mucho pero recibió mucho más: **«Entró la salvación en su casa»**.

Jesús defendió siempre en su vida la causa de los pobres y previno seriamente contra los peligros de las riquezas cuando estas llegan a adueñarse del corazón. Pero nunca se dice que despreciara las riquezas en sí mismas ni que odiara a los ricos. Dios no odia nada de lo que ha creado, Jesús no pasó indiferente ante ninguna necesidad:

- El epulón de la parábola era rico y las riquezas habían endurecido su corazón. *Jesús lo condena.*
- El llamado “*joven rico*” tenía buen corazón pero no fue generoso. *Jesús le vio alejarse triste.*
- Zaqueo era un rico por corrupción y fraude. *Encuentra la salvación por un buen deseo.*

Es verdaderamente sedante y llena el corazón de esperanza, el contenido de las tres lecturas litúrgicas que parecen una sinfonía de esperanza en tres tiempos, para vivir alegres en un mundo en donde tantas cosas parecen ser malas sin remedio:

«Dios es amigo de la vida.» Dios ama todo lo creado aunque parezca pequeño, nos anuncia entusiasmado un sabio del Antiguo Testamento. **«No debemos perder la cabeza ni dejarnos turbar por falsas alarmas.»** La preocupación de un creyente consiste en ver cómo puede dar gloria a Dios en su vida, viviendo en la serenidad y esperanza de la fe, confirma Pablo. Y Lucas pone el dato pintoresco de la llamada de Jesús a un pecador para comer con Él porque **«el Hijo del Hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido.»**

DOMINGO XXXII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (2º Macabeos 7,1-2.9-14): *El rey del universo nos resucitará para una vida eterna.*

2ª lectura (2ª Tesalonicenses 2,16-3,5): *El Señor, que es fiel, os dará fuerzas y os librará del maligno.*

Evangelio (Lucas 20,27-38): *Dios no es Dios de muertos, sino de vivos.*

Individual o colectivamente, a nuestro lado o a distancia, cada día nos confronta con la realidad inexorable de la muerte. **¿Dónde están ése o ésa cuyos despojos llevan al cementerio?**

Nuestra sociedad ha perdido sensibilidad ante esta pregunta pero nadie es indiferente al contenido del problema. Por muy distraído, indiferente o agnóstico que uno se confiese, apenas existirá nadie que no se haya preguntado alguna vez: **¿Es el fin de todo?**

Los días de otoño nos dan una imagen viva de lo que somos. En otoño muere la naturaleza, el invierno es aparente y temporal desaparición de la vida, que luego reaparece con nueva vitalidad en primavera. Todo el mundo está lleno de signos de esperanza.

¿Qué hay para el hombre detrás de la muerte? Para nosotros los cristianos que celebramos nuestra fe en una vida futura, tal y como confesamos en el Credo y proclamamos en la Eucaristía, misterio de fe y signo de esperanza, después de la consagración. *«Anunciamos tu Muerte, proclamamos tu Resurrección, ¡ven, Señor, Jesús!»*, ¡está muy claro!

Dios es nuestro Padre... y es siempre fiel. Nos ha amado tanto que nos envió a su Hijo para que, por medio de Él, conociéramos su amor, su perdón y su misericordia para con nosotros sus criaturas, y, nos ha regalado el consuelo y la gran esperanza de que *«Estamos destinados a la vida eterna junto a Él»*.

Pero esta esperanza no puede acunarnos y hacernos dormir en la ilusión y en la pereza. Estar destinados a la vida eterna significa, principalmente, estar muy vivos en el presente, ya que, el futuro inmortal de gloria se siembra echando aquí, en el terreno fecundo de hoy, los gérmenes de *«Toda clase de palabras y de obras buenas»*.

Lo que hayamos “sembrado” en esta tierra de amor auténtico, de amistad, de fraternidad, ciertamente no podrá desaparecer, al contrario, todo encontrará su plenitud y su máxima expresividad en la transfiguración.

Estar “encaminados-destinados” hacia una meta significa ante todo... CAMINAR. Y la “brújula” que asegura la orientación ha sido puesta por Dios mismo en el corazón de los creyentes y traza dos líneas esenciales: *«El amor de Dios»* y *«la paciencia de Cristo»*. El amor de Dios impide que nos perdamos a lo largo del camino. La paciencia de Cristo representa un antídoto contra el cansancio.

Muchos se imaginan la otra vida con representaciones de espacio y tiempo, como si fuera una continuación de la vida presente y según esa representación les parece una vida imposible y además indeseable.

No se pueden imaginar cómo se reunirán en el cuerpo resucitado las partículas de materia dispersa en el sepulcro, o en la incineración, o en el vientre de las fieras. Ni el aburrimiento de estar toda la eternidad viendo siempre lo mismo, haciendo siempre lo mismo.

Los egipcios proveían a sus muertos de joyas y alimentos para el viaje; los musulmanes sueñan con jardines, hurfes y banquetes; los agnósticos que entienden la inmortalidad como la supervivencia en el recuerdo de los hombres, erigen estatuas y monumentos...

Todo es un vano intento de expresar a Dios en conceptos humanos, de ver el futuro de la vida como una continuación de lo presente, de definir el espíritu en términos de materia y de interpretar en broma lo que Jesús dijo en serio.

Dado que la muerte acaba con todo en esta vida y que Dios es dueño de la muerte, la fe en la resurrección es el gran argumento del señorío de Dios sobre todo el universo: *«¿Dónde está tu muerte, dónde tu victoria?»*, pregunta triunfador san Pablo.

Dios es la fuente y el fin de la vida. El creyente que vive *«con Él»* y *«por Él»*, después de haber recibido *«de Él»* el don de la existencia, es arrancado del dominio de la muerte. Todos somos hijos de Dios y nuestra vida en el “otro mundo” estará (al igual que los ángeles) consagrada a la alabanza y a la acción de gracias, en la plena comunión con Dios entre nosotros.

Seremos como los ángeles del cielo, pero de otra manera. *“No podemos imaginarlo”*, porque nuestras representaciones van condicionadas por las experiencias de espacio y tiempo, caducidad, tensiones, noche y día, enfermedad y muerte. *“No es posible imaginarlo”*, porque si todo fuera como nos es viable imaginar, no habría vida sin muerte, ni alegría sin tristeza, ni encuentro sin despedida. Al ciego de nacimiento es muy difícil hablarle de colores, porque *“no le es dable imaginarlo”*. El mañana, será una vida nueva y no una prolongación de la presente. *“No nos es factible el imaginarlo”*. Mientras tanto, *“vivimos guiados por la fe y la esperanza.”*

«EL ÚNICO TIEMPO CIERTO ES EL DE LA CONVERSIÓN»

123/18 Noviembre 2007

DOMINGO XXXIII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Malaquías 3,19-20a): *Os iluminará un sol de justicia.*

2ª lectura (2ª Tesalonicenses 3,7-12): *El que no trabaja, que no coma.*

Evangelio (Lucas 21,5-19): *Con vuestra perseverancia salvaréis vuestras almas.*

El mes de noviembre suele ser un mes gris, marcado desde el principio por el recuerdo de los difuntos y el sentimiento de impotencia humana ante la muerte. Nos acercamos al fin del año eclesiástico y los textos litúrgicos llaman nuestra atención sobre la caducidad de las cosas creadas y sobre la manera coherente de comportarse ante este hecho. Hay que tener fe en la presencia de Dios a nuestro lado, y desde esta convicción interpretar con sentido providencialista cuanto sucede.

El día de la revelación y Juicio es tema frecuente en los profetas de Israel y se suele expresar con imágenes cósmicas de nubes y fuego. Aquí lo importante es «*El día del Señor*» que lleva la salud en las alas y nos trae la implantación de la justicia en la tierra en su doble vertiente de *adoración a Dios* y reconocimiento de los *derechos humanos*.

«*El día del Señor*» era tema de preocupación apocalíptica entre la comunidad de fieles de Tesalónica. Hubo una reacción de brazos cruzados: “*si todo va a acabar pronto, ¿para qué trabajar?*” La ley del trabajo no es un precepto especial sino una ley humana que lo impregna todo. El hombre debe imitar y continuar la acción de Dios sobre el mundo dominando la materia porque “*cuanto más trabaja el hombre, más creador es Dios*”, de ahí, la sentencia de Pablo: «*El que no trabaja, que no coma.*»

Los misterios y contrastes en la vida no lo son todo, ni significan el fin por muy desoladores que parezcan. Los grandes logros que la humanidad ha conseguido a todos los niveles: la desaparición de muchas de las enfermedades que asolaban al hombre, la mejora del nivel y la ampliación de las expectativas de vida, los avances espaciales y los adelantos de la ciencia en todos los campos (medicina, física, química, electrónica, etc.), contrastan con la impotencia de los hombres para evitar las hambrunas y las catástrofes naturales que nos visitan periódicamente (Mitch, Turquía, Taiwán, Méjico, Miami, Sumatra, Singapur, etc.).

Las personas que leen los periódicos, escuchan la radio o ven por televisión estas noticias, lo hacen también con sentimientos contradictorios. En unas predomina un sentimiento de inquietud y miedo, en otras (y para nosotros los cristianos), prevalece la confianza de que estamos en manos de Dios: «*No perecerá ni un cabello de vuestra cabeza.*» La fe y la superstición andan muy cerca y el que no cree en Dios suele estar dispuesto a creer en todo. Nuestra sociedad “*ateizante*” abunda en gentes que creen en horóscopos, astrología, agoreros, brujas y profetas de desventuras, que sienten morbosa complacencia en anunciar el fin del mundo en fechas que nunca llegan, pero se resisten a creer en la verdad y compromisos del amor de Dios.

Nadie puede estar seguro de que un loco no provoque un día una catástrofe a escala mundial, pero el regusto de algunos en anunciar catástrofes, dice mucho más del mundo interior de esos profetas, que de la realidad misma del mundo y de la providencia de Dios.

«*El día del Señor*» es en el Nuevo Testamento el día de Jesucristo, descrito alternativamente como “*juetz benigno*” o como “*guerrero vencedor*”. Los cristianos destinatarios del texto de Lucas participaban algo de esa angustia. Estaban cansados de persecuciones, de sufrimientos, de la vida. En sus celebraciones litúrgicas suspiraban: ¡*Ven, Señor!* El evangelista cree necesario desengañarlos asegurando que el fin del mundo no llega de inmediato y que lo importante hasta que llegue es vivir ardientemente la esperanza y el testimonio cristiano.

Vivir en cristiano es descubrir a Dios activo en todos los acontecimientos de la historia e interpretar su sentido. Este mensaje no tiene por qué angustiar a nadie y sí infunde fundados motivos de esperanza. Si al leer una página del Evangelio siento miedo o me asusto, es porque no la he leído bien. Dios dice todo por amor, lo mismo cuando promete que cuando previene. Así hay que leer sus mensajes. La existencia del cristiano encuentra su punto de equilibrio en lo concreto del compromiso cotidiano serio y sereno, evitando los extremos opuestos de fanatismo y de inercia.

Por último, Jesús nos pone en guardia contra los falsos mesías y los pseudos-profetas portadores de anuncios catastróficos: «*Cuidado con que nadie os engañe. Porque muchos vendrán usando mi nombre diciendo: “yo soy” o bien “el momento está cerca”; no vayáis tras ellos*» Antes del día del Señor, están los días de los hombres, y está el tiempo de la Iglesia. El único tiempo cierto es: “**EL DE LA CONVERSIÓN.**”

JESUCRISTO, REY DEL UNIVERSO

1ª lectura (2º Samuel 5,1-3): *Ungieron a David como rey de Israel.*

2ª lectura (Colosenses 1,12-20): *Nos ha trasladado al Reino de su Hijo.*

Evangelio (Lucas 23,35-43): *Señor, acuérdate de mí cuando llegues a tu Reino.*

“*El año litúrgico es un camino que recorre y actualiza las etapas de la salvación*”. Pues bien, este camino tiene una desembocadura obligada: «**CRISTO**». Un itinerario cristiano, lógicamente, tiene que estar orientado hacia Él. No solamente el culto, sino también la espiritualidad en sus diversos signos y expresiones, la piedad, las varias formas de devoción, la moral... toda la vida del cristiano debe estar orientada hacia Él y desembocar necesariamente en Él.

Como conclusión del año litúrgico celebramos la fiesta de “**CRISTO REY**”. La nueva liturgia ha mantenido esta fiesta y con razón. Debemos celebrar a “**CRISTO REY**” con entusiasmo y emoción religiosa, pero comprendiendo bien lo que celebramos. Para ello es necesario precisar y deslindar los conceptos de rey y reino. Estas palabras arrastran connotaciones de tradición y cultura con alusiones a sangre real, aristocracia, boato y frecuentemente con guerras y batallas.

Una sencilla evocación de la historia de Jesús en su nacimiento, vida, programa y muerte nos sitúa en una óptica muy diferente:

- Jesús de Nazaret tiene, como hombre, una historia fácilmente imaginable, que se celebra en la alegría de la Navidad.
- Su vida, sus enseñanzas y su programa “*las bienaventuranzas*”, la inmensa mayoría la contemplamos como una utopía casi imposible de seguir y de alcanzar.
- Su muerte tiene también sus cronistas y se celebra en el fervor religioso de la Semana Santa.
- Jesús resucitado es menos imaginable, tiene menos aparato festivo, pero es el objeto de nuestra fe.
- Jesús como Rey del universo es más confuso y confundible porque no es directamente traspasable a nuestros habituales conceptos humanos de la realeza.

Los textos bíblicos subrayan en Jesús la descendencia del rey David y ante Pilatos afirma Jesús mismo: «*Yo soy rey y para eso nací*», precisando inmediatamente: «*pero mi reino no es de este mundo. Si fuera de este mundo ahora mismo estarían mis soldados luchando para rescatarme*».

En el intento de precisar el verdadero sentido de la realeza de Jesús nos sirven de orientación y guía los textos de la liturgia. La primera lectura nos habla de la unción de David, figura de Jesús, como rey de Judá. Esta unción reconcilia en la persona de David al pueblo de Dios dividido hasta entonces en dos reinos y crea la unidad. La función de unificador y reconciliador de Dios con los hombres y de los hombres entre sí afecta íntimamente a la misión de Jesús. Jesús es esencialmente reconciliador.

El tema de la reconciliación centra el contenido de la segunda lectura. Pablo, en el entusiasmo de un himno, nos canta la realeza y primacía de Cristo por su muerte reconciliadora y su función de dar unidad en Él a toda la Creación. Él es imagen de Dios invisible, primogénito de los resucitados y en Él habita la divinidad en su plenitud, y por medio de Él fueron creadas todas las cosas visibles e invisibles, Tronos, Dominaciones... Todo fue creado por Él y se mantiene en Él. Por consiguiente, Él es superior a todo.

El único señor del mundo es Jesús, Hijo de Dios. En su mano están los destinos de la humanidad. Las funciones sociales y los poderes humanos son necesarios en el mundo pero no son absolutos. Todos están sometidos y son responsables ante Dios como Jesús se lo hizo notar a Pilatos: «*No tendrías autoridad alguna para actuar contra mí si no te hubiera sido dada de lo alto*». Jesús es, por tanto, Rey del universo y cabeza del cuerpo de la Iglesia en la que hemos sido introducidos para cooperar con Él en la obra de unidad y reconciliación.

El Evangelio, paradójicamente, relaciona la fiesta de “**CRISTO REY**” con el Viernes Santo. Cristo, en la Cruz, se halla rodeado de “*su corte*” compuesta de dos ladrones, corazones llenos de odio y de desprecio. Sus atributos reales son la impotencia y el perdón y, ante su figura “*humillada*” están los líderes del pueblo, los soldados y el pueblo mismo. “*Hay divisiones y es necesario pronunciarse*”.

El Rey agonizante en su cruz habla con el ajusticiado a su derecha. Desde aquél diálogo a media voz entre Jesús y el “*buen ladrón*” hay esperanza en el mundo. Le desafiaban: -“*¡Baja de la cruz y crearemos en ti!*”- **No bajó**. Si hubiera bajado habrían quedado allí dos hombres muriendo sin esperanza, dos símbolos de la humanidad desesperada, porque nadie podría decirles con verdad lo que sólo Jesús puede decir: «*esto va a cambiar. ¡HOY ESTARÁS CONMIGO EN EL PARAÍSO!*». Sí, la fiesta de “**CRISTO REY**” es la gran fiesta de nuestra esperanza.